

Pedro de Lorenzo Los álamos de Alonso Mora



Lectulandia

Si todos los libros de Pedro de Lorenzo nos hablan de la radical soledad del hombre —a la manera pavesiana—, de la soledad sin remedio, «Los álamos de Alonso Mora» nos remiten a una soledad casi químicamente pura, desnuda y temblorosa, en una desolada intimidad con la tierra, los paisajes y los objetos más queridos. Alonso Mora vuelve a sus rañas y a su finca maldita en una recomposición del rompecabezas mítico de su niñez, en un esfuerzo por recuperar su propia entidad y por explicarse a sí mismo desde las primeras vivencias y raíces.

«Los álamos de Alonso Mora» son algo más que esta evocación-recuperación de la infancia... El autor extremeño, al dejarse la fantasía en el bolsillo y amarrar debidamente la imaginación, nos ofrece el niño más ingenuo y más patético a la vez de toda la reciente novela española.

Lectulandia

Pedro de Lorenzo

Los álamos de Alonso Mora

Novelas del descontento - 1

ePub r1.0

Titivillus 27.09.2017

Título original: *Los álamos de Alonso Mora*

Pedro de Lorenzo, 1970

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Éstas son las historias del álamo. Todos los días iba yo contándoselas, aliviadas, caída la tarde, frente al mar.

—Pero... ¡dime si es verdad!

Cumplía los años a cuya edad el protagonista hace su tercera salida por los caminos del descontento. Terminó el verano y él se quedó sin la palabra que todas las tardes deseaba y temblaba de oír:

—No era ningún álamo, corazón...

Era la noche azul de Alonso, el atamiento y donaire de un niño, hijo único, en el reino de los mimos: los años chicos, la jaula dorada.

Si hoy las traigo y digo, CARLOS ANDRADA DE LORENZO, el nombre de su primer lector, es que ya esas historias por sólo él las escribía.

... pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde a las táticas [preguntas], aclara las dudas, resuelve los argumentos; finalmente, los átomos del más curioso deseo manifiesta.

QUIJOTE, 2.^a parte, cap. XL

... sin que él lo dejase anotado en alguna parte, ¿cómo era posible que llegase hasta nosotros la noticia de lo que le había pasado por el pensamiento?

FR. GERUNDIO, lib. IV, cap. II

Unas historias ilusionadas; y patéticas: porque Alonso exclamó: *Álamo blanco* y, mientras, Catalina oía: *Corazón amargo*... Quizá muchos niños sean ese niño y el hacerles sufrir constituya una atroz injusticia.

CUATRO DE FAMILIA, Apuntaciones, 2

PRIMERA PARTE

LA CASA DE LOS RAYOS

1

EL INVENTOR

BLANCO

Wer zeigt ein Kind, so wie es steht?

RILKE

La camisa es de franela, amarilla; amplia de pecho, los puños arremangados. Escuecen las vacunas, pero él no se inmuta de la vacuna. Tiene seis años y juega en el patio, al sol. Corre tras la rueda, una vuelta, otra vuelta, y se imagina esta vuelta montado en la rueda, al aire, en el clavileño de la rueda, ingrávido. Ha inventado la rueda voladora.

La rueda es un disco, pesada, enorme: es una tapa de tonel. Pica el sol de la mañana, sol de rabia con que Extremadura abre este febrero. Suda, pero viste su comedia: es inventor. La rueda, a veces, se le sale del mango: averías. Ya en los brazos se le van secando las escoriaciones. Por la vidriera que da al patio, seguro que están viéndole; repara el eje de la rueda, y les oye. Va madre de un momento a otro a venir, va a decirle:

—No te quedes al sol, quieto.

Baja de la torre un repique de campanas llamando a misa. Hoy celebra el pueblo la fiesta de las Candelas: no llueve... Si las velas de la procesión las apagara el agua, el invierno estaba fuera. Cuando llegue el cestero, empezarán los cantares —“Si no plora, ni dentro ni fora...”—, los refranes.

Todavía está don Angel; lo ha visto al ponerse él en marcha, de nuevo, aeronauta de su rueda. Don Angel es el médico que hace un rato le vacunó; él, un niño feliz: Alonso. Alonso ¿qué? Su padre es don Pedro, pero se llama Pedro Mora; su madre, Isabel. ¿Alonso? Un niño solo, un niño débil, ávido. Ha llegado tarde, en matrimonio maduro, sin más hijos. ¿Le gustaría un hermanito? Cayetano, el cestero, dijo: “En febrero busca la sombra el perro”. ¿Cuándo le traerá el aguador un perro?

Siente Alonso el orgullo de no asustarse de las solemnidades: las protagoniza; se crece, heroico, en esas ocasiones que a los demás dan llanto. No lloró Alonso en la iglesia el día de la confirmación; le sonrió al señor obispo. No ha llorado esta mañana cuando le puso don Angel la vacuna.

Todos los niños de Centenera se habían vacunado; los vacunaba el practicante en la escuela de niñas. Para vacunarle a él ha venido en persona el médico del otro pueblo, un pueblo como el doble, o más, pero mucho más, que Centenera. El médico es don Angel y muy negro el santo de ese pueblo; con su fiesta, andado noviembre, llega el frío.

De ese pueblo también, a media tarde, viene el correo: Zacarías, cartero. Da el pueblo nombre a la estación: un apartado caserío cenizoso. El otro año él fue a la estación; no vio el tren, y Zacarías lo llevó a su casa, la casa de los buzones, en el pueblo grande. No era aún de día y en la niebla se estampaban, lívidos, los fantasmas del Torviscal. Zacarías vive cerca de la plaza, donde por el santo se corre el jubillo, una fiesta bárbara. Habían presenciado por la mañana el homenaje a un maestro, y el discurso de ese maestro desde los balcones de la escuela. Todo era grande en el pueblo de San Martín. Luego, a la noche, en la plaza, era la rueda de carros y una hoguera en los medios; ardían el once de noviembre los suelos del pueblo grande. Un toro, placeado, cubierto de barro, enfundada la cuerna en unos hierros y en los hierros estopas empegadas... Desamarrado el toro, antorcha viva, rojea en el horno de la noche. Estrellas fugaces, las más lucientes, rasgan el firmamento. El toro arremete ciego de terror, chorreante de lodo, abrasando su furia en las candelas, mugiendo al infinito su brama que rebota en la tiniebla inmensa. El ritmo, las llamas, el humo, aquella fusión de olores, el leño quemado, la carne torrada, le vuelven recuerdo arriba, a compás de la rueda en el patio de lanchas inundado de azul y sol.

Alonso no se ha vacunado en la escuela porque no va a la escuela. Apareció allí una tarde, sin decir nada en casa, a la hora de siesta. El maestro dijo que eso era mandarlo como un lío. Después le llamó, porque se rebullía y mudaba de asiento, y le dijo: "Aquí hay que entrar por el aro". Cuando Alonso aquella tarde escapó de la puerta de casa para irse con los muchachotes a la escuela, no tenía los años de ir a la escuela. Se lo llevaron para que el maestro viera cómo ya Alonso leía manuscrito segundo. En la escuela habrán llorado todos de la vacuna. La escuela es una sala enorme donde los niños lloran. ¿Por qué lo contó en casa?

—Le pateábamos y le tiramos del pelo... Y no se moría.

Vive su vida Alonso muy junto a los mayores. Le llevan muchos años sus mayores. Su casa, que es la casa de los rayos, no le asusta. Por el verano, las tardes de tormenta se las pasa a la espera del rayo. En la casa, por dos veces ha caído el rayo: una, saltó el interruptor de la luz, en la alcoba; dormía Alonso, pero está seguro de haber visto ese rayo y se lo recuerda la negra huella, imborrable, de la roca, desencalada; la otra vez, penetró el rayo en casa, la paseó de arriba abajo, salió por una ventana, se coló en el portal de enfrente y mató a una mujer que estaba entre dos hombres y tenía en la mano un cuchillo. ¡Le va a preocupar a él su amigo, el rayo!

Su padre es capitán. No se puede ser más en el pueblo. Ni aun en el pueblo grande. Imponen los enhiestos bigotes de su padre; le cosquillean, mordidos de tabaco, enrubiados, cuando el padre hace como que le da un beso y lo manda a

dormir. Es la única ternura que ha recibido de su padre. Jamás le puso la mano encima: ni para el castigo ni para el cariño.

El padre le ha hecho un espadín de uno de sus bastones; un espadín de bejuco. Y le ha pintado, el centro cálido como una diana, metalizados, de más fríos esmaltes los reflejos hacia la periferia, esta rueda en la que sigue dando vueltas al patio de lanchas en declive, entre los altos muros. La rueda, a veces, cuesta abajo, se despega de la tierra: es una rueda voladora. Él puede ir en esa rueda sin empujarla; sin poner pie en el suelo: entonces, él es que va volando.

Le escuece ahora un poco la vacuna del brazo izquierdo. Un día don Angel se acercó a la reja; desde la calle, le preguntó qué es lo que había sido; y Alonso dijo:

—Abd-el-Krim.

Mataba moros. Cogía los servilleteros, encaramado en el alto sillín estrecho, y los desbarataba en la mesa. Eso era matar moros. Su padre es capitán matamoros. Víctima del enemigo, Alonso había sido aquella tarde coceado a la puerta de la herrería y aunque apenas el casco del mulo —que era romo, burdégano, de caballo y burra, híbrido mismo de la obstinación y la terquedad— le rozó la sién, un punto más y no lo cuenta, quedó en medio de la calle, tendido, sin conocimiento; cuando llegó don Angel ya Alonso había vuelto en sí.

Gusta don Angel de las corbatas de lazo, a lunares, y es médico mucho más que el de Centenera. Los médicos de verdad usan chalina; él lo había visto en un libro de grabados, un libro viejo, muy curioso, que se llama *La Ilustración*.

Se ha asomado la madre al patio y le ha estado mirando las vacunas:

—Esta manga ya la puedes bajar.

Le es grato sentir brazo abajo la franela templada y amarilla.

—Y ésta —agregó la madre.

Le tocó la frente sudorosa.

—Vete adentro, cariño. No me cojas una insolación.

Adentro, en el otro patio, de toldo y claraboya, camino de la escalera que lleva al cuarto, don Pedro y don Angel callaron al verle entrar. El padre susurró:

—El niño...

Don Angel se le quedó como a la espera de que saludase y acabara de pasar. Alzó la voz don Angel y preguntó por la vacuna; le volvió a subir las mangas y la miró como distraído. Le dio un cachetito. El padre dijo:

—Anda, a jugar.

Ya estaba Alonso arriba y quería saber. Algo le había pasado a don Angel. Recordaba los ojos del padre, fijos, inmóviles; un punto oscura la voz: “A jugar”.

No le siguió la madre, enredada en el patio, en sus macetas. Encontró Alonso abierto el balconcillo que daba al patio. Iba a ser mediodía. ¡La rueda! Y se fue al antepecho de hierro del balcón. Cegaba el cuadrado de sol, abajo, en las lanchas del patio. El aguador iba dejando, junto a los recios muros, las cántaras para el baño.

—¿Y la tina?

Entonces la madre reparó en el aguador:

—Hoy no se baña, Nazario; está ahí don Angel. Le han puesto la vacuna. ¡Más valiente! No movió una pestaña.

Bañarse era operación costosísima. El aguador iba y venía, del pozo venía, con sus angarillas de cuatro cántaros, de latón. Cuatro viajes le llevaba el llenar la tina, de zinc, expresamente hecha en la capital para el baño de Alonso.

—Ya me extrañaba a mí, el no ver las latas.

El agua era soleada en bidones, calderas, lebrillos. A las dieciséis cantaradas se agregaban los potes, de agua hirviendo, hasta poner el baño en su punto. Alonso fue a preguntarle por el perro, una cría de perro que Nazario le tenía prometido. Se distrajo. Se veía como delante de sí, en la rueda voladora. En la tina, ¿podría volar? Y la rueda era como quien no sabe nadar y, de pronto, da unas brazadas, o flota momentáneamente, pero que no por ello ha aprendido a nadar. Se figuraba su ser propio: se inventaba. Era un instante de sobrerrealidad: había vivido la sugestión del invento y se inundaba de sensaciones de su gozo. Volvió adentro.

Seguían su padre y don Angel, en voz baja. Antes, cuando pasó Alonso debieron de sospechar. Pero no escuchaba; él había mirado, simplemente. Es al no oír sino el arrastre de la palabra, cuando se dice: Escucho. ¿Le interesa? Hablan de cosas del pueblo. Se los figura como estaban: muy serios.

—Un día se vuela la tapa de los sesos, don Pedro...

Se contuvo; ya su padre y don Angel no bajaban la voz. Había Alonso dejado de interesarse en la conversación. Escuchó, mientras hablaban en voz baja. Quizá Alonso no insistiera, no se acordara más, pero esas palabras, “estoy seguro: acabará volándose...”, le parecieron como para él. Creyó Alonso que hablaban de él, de su invento: la rueda voladora. Para Alonso no había otra manera de volar. Pasaban los aviones de Madrid a Sevilla. Era increíble. Y el pueblo todo se echaba a la calle. Alonso aprendió a construir monoplanos. No serviría un papel cualquiera. Su padre era Don Padre. Y Don Padre le trajo uno, especialísimo, salmón, a rayas, del Regimiento; en ese papel la tinta se corría, y más aquella tinta removida con unas gotas de vinagre cuando el verano condensaba en los tinteros un fondo viola de posos... Era magnífico. De cada hoja salían dos aparatos y capaces de un vuelo calmo, sin recortes, del antepecho al palomar, a través del patio, como la travesía sin etapas de orilla a orilla del océano. ¿Qué es lo que ahora dicen? No le llegaba la voz de su padre. No quería su padre que Alonso pudiera oír. Y entonces don Angel:

—La caída es horrible. Sin fe, es horrible. Yo comprendo que le preocupe. Es el último descendiente de Soto. La política le arruinó. Cuando habla de la muerte de los hijos, ¿pero qué hijos?, es la revolución, que le aterra. Yo hubiera ya donado ese castillo, ¿no le parece a usted?: a la Florida. O pediría subvenciones para su conservación; no como está, que es una ruina.

—Hay casos en que se han ido llevando un castillo, o una iglesia, piedra por piedra; y lo han levantado allá, de nuevo, sí, en la otra orilla.

Pensó Alonso que esas piedras irían en los aeroplanos inmensos, gigantes de los aires. Y que habría él de hacer otros aviones con caja para carga, para las piedras. Tomó un papel y se fue a la mesa. Empezó a soñarse el invento. Las vacunas escocían, pero ya no le escocían. Se perdió toda la pintura de las aguas malsanas y las tinieblas del castillo y la muerte, en la palabra de don Angel. Porque no escuchó más.

AMARGO

... Y era la Muerte, al hombro la cuchilla el paso largo, torva y esquelética —tal cuando yo era niño imaginaba—.

A. M.

—La tierra es buena. Es un aire fino, pero al amanecer, lejos del río.

—El humo de los polacos dicen que es sano. Que le sienta a los pulmones.

—Es aroma agradable. Toda combustión, en principio, no mejora el aire. Y los polacos —que yo no sé de dónde vendrá eso de polacos; en mi pueblo dice usted *polacos* y no entenderían— es en definitiva eso: hornos de carbón.

—No, si del aire no vamos a quejarnos. No pienso yo lo mismo de tantas otras cosas: el pozo...

—Ya sabe usted cómo vengo luchando contra la plaga del agua, en esta tierra. La charca y el pozo. Ahí están los dos focos de la endemia extremeña. Los veranos son funestos. No sólo para el niño. Las aguas, ¿qué le va a pedir a unas aguas de pozo? Y pocas. Y sin ninguna garantía.

—Bueno, le he dicho cómo tiemblo de la infección. Las terribles gástricas.

—La leche las combate. Ahora: tiene usted el riesgo de la fiebre de malta, que es molestísima. No me cabe en la cabeza, pero ¿cuándo se decidirán a traer una vaca? Hombre, un pueblo como éste y leche sólo de cabra... ¡Animal odioso!

—Odioso. La cabra es el bicho más dañino de la tierra. Y aun le diría: del mar.

—¿Cómo del mar?

—La cabra ciega los puertos. Es una maldición; yo he visto viejos libros en que el demonio es representado con una cara de cabra. La malta, el peor queso, la destrucción de los árboles. La cabra se come el arbolado de las riberas; va el río cargándose de arrastres... Eso le decía.

—Sí, claro. Habla usted de los ríos, los grandes ríos, porque lo que es éste... De aquí a nada, con las calores, dígame si el Tayuela es río; un rosario de charcas: eso es lo que es.

—La campaña de usted ha sido benemérita. La lucha contra el pozo. La lucha contra la charca.

—La charca, porque es vivero de paludismo. Lo que me preocupa es si con el paisaje vamos a cambiar el hombre. Desecamos la charca, no salimos a las horas de calor, plantamos eucaliptos, ponemos alambreras en puertas y ventanas, nos prevenimos con la quinina, el ron y el café... Usted ha visto los efectos del paludismo: es el alma del extremeño, su carácter. El palúdico pasa de la inacción a la actividad febril; de las modorras de la terciana a la violencia. La violencia es creadora.

—Está bien cuando había algo, una ilusión de crear. Actuábamos. Hacíamos historia.

—¿Nos cree usted remitidos?

—Me veo a mí mismo: un hombre que se sobrevive.

—Ea, don Pedro... ¿Y ese mozo?

—¡Ah, si no fuera por el niño!

¿Alonso? Se había distraído. ¿No están hablando de él? Ahora el padre ¿no ha dicho?:

—Sólo eso tengo que salvar, ¡pobre niño!

Dio don Angel una cambiada torera, se llevó la conversación a terreno propio: su lucha por el agua, y no habría problema de acabar el pantano y en seguida ir a un plan de regadíos. Dijo:

—Desde luego, hay tierras palúdicas. No es ésta de las peores; no hay ya por aquí malaria, no he visto casos realmente desesperados. El paludismo no mata. Sí que el bazo lo acusa; pero los padecimientos de bazo, que usted conoce, como yo, más bien son resultas de la quinina.

—Es lógico: quíteme el paludismo, y sobra la quinina.

Entró Isabel. Se dirigió a un rincón del patio; limpió níquel luciente el grifo; destapó el filtro, loza rameada que fechaba los recuerdos en la época de las tomas de agua y las melancolías del balneario, entonado, recoleto. Don Pedro insistió:

—Y otro fastidio de la quinina, el oído. No creo que uno se vaya a quedar lo que se dice sordo, pero hay que ver cómo zumban los oídos.

—No, no se queda uno sordo. Y si no toma usted quinina, el paludismo es cosa muy seria: por de pronto, se agarra usted una anemia, nada leve. Vienen luego esas formas insidiosas, larvadas, de las fiebres de invierno: las recidivas.

Con el depósito del filtro en las manos, Isabel se acercó; intervino:

—El eucalipto, ¿es bueno en el paludismo, o es para las gástricas? Este filtro hace caldo. Cada hora le estoy cambia que te cambiando de agua. Y eso que no es verano. ¡Diferencia de los botijos! Ya los podrían hacer como los botijos...

—Los no vidriados. El eucalipto es un paisaje. Es las afueras del pueblo: ese caminito, los Lanchones, ahí lo tiene usted, para la muchacha de luto, pálida y triste.

—Pues yo les he dicho, a ese buey de alcalde se lo he dicho, que se deje de eucaliptos —terció don Pedro—. Sería hermoso un camino de árboles de la tierra. ¡Y no que iban en la plaza, y en el atrio de la iglesia, a plantar eucaliptos! ¡Concho, ahí

una encina! ¡La que más, como un símbolo!

—El árbol extremeño puede que, más que la encina, sea el alcornoque... Sí, el eucalipto es árbol poco simpático. Su nombre mismo, que es nombre farmacéutico; su olor, pegajoso. Sin embargo, lo más conveniente aquí es el eucalipto: No sólo pensando en el paludismo, que eso se acabó; pero, Isabel, ¿usted sabe la medicina, magnífica, de una cocción de eucalipto? Si el niño tiene fiebre intestinal, no lo dude.

—Y el filtro. Éste es filtro *Pasteur*.

—Ya, ya. Para las aguas del pueblo, lo propio: un filtro *Pasteur*. Yo en todas las casas pondría, antes que la cantarera, el filtro.

—Y yo alcalde mandaría limpiar los pozos todos los años. ¿Usted ha visto la limpieza, cómo están esos pozos?

—Aquí esperan la limpieza natural: la sequía. O la limpieza extraordinaria; por ejemplo, una mujer que se cansa, una pobre mujer, y ¡al pozo!

Vino un largo silencio. Lo poblaban trenzas negras, mujeres de gesto dramático, horas contadas en la rueda de la fatalidad. Isabel, que había salido a la cocina, volvió con el filtro, colocó en la rinconera el depósito, y tomó una mecedora, junto a don Angel. Preguntó:

—¿Van por el Castillo?

—Está irreductible. Lo siento por Sara. Por él también.

—Todo pasa...

—Para él, todo es poco... Don Guillermo hubiera cedido si tenemos un hijo. Podía ya ser un Alonsito, ese hijo...

Es una historia de pesadumbre infinita; para más pesadumbre, sin motivo. Uno de esos conflictos íntimos que aprietan el corazón y envenenan y llevan al hombre a la tontería o la tragedia. Es la historia del último hidalgo de la casa fuerte: don Guillermo, entre los muros de cuatro metros de su torre, señoreando los pastos del Torviscal: una cancha a medio camino entre el pueblo grande y Centenera, en el ramal de la estación.

Cuando la fortuna de don Guillermo de la Gándara y Trescastros se vio hendida, se encerró en su castillo. Solo, con los recuerdos todos erizados, entre las piedras de sus mayores, y una sobrina, Sara, descendiente única, de rama colateral.

Es casa fuerte; se yergue a cuatro pasos de la cerca, en un ruedo de gramas. Hace años que no se abre el portalón, de cara a la carretera; el señor entra y sale por la puerta de servicio, rodeando el recinto enorme de la casa. Baja unos escalones y se encuentra en la sala de los linajes; alineadas en las paredes de un patio moro se alzan las piedras armeras: sucesión de agrupaciones y de enlaces de familia; labrados los escudos, con sus colores heráldicos incisos en la roca, berroqueña, como hechos para siempre. Ahí entre los sepulcros y los retratos de sus generaciones, don Guillermo espera el día del Juicio.

—Se podría escribir con minúscula, ese juicio.

Lo dice don Angel y es como la clave que desencadena la vieja historia; por

enésima vez don Angel recuerda y cuenta su entrada en el castillo.

—Pero ¿usted ve aquella sala de los muertos? Me la hizo enseñar la primera noche. Yo acababa de cenar fuera; me sentía cansado y contento; fue una jornada de las más agradecidas: había logrado que el propietario del coto grande comprendiese. Yo le trataba de una pierna rota; le di el alta; hablamos de todo; mucho: y me prometió el desecar las charcas y abrir una fuente de manantío. A la puerta de la casa donde me alojaba, en el pueblo, me aguardaba un propio:

—“Don Angel, que le llaman del castillo”.

—De camino, logré averiguar que don Guillermo el Hidalgo, don Guillermo es para todos el Hidalgo y yo aún no sabía si descendiente de Valdivia o de Soto, uno de aquéllos, desde luego, se hallaba medio muerto. Jamás le vio un médico; se preciaba de ello; en esto era energúmeno: fino, pero energúmeno. Me dijo el propio, que lo habían traído de la cerca chica, como a una media legua de la casa, y que a él le parecía que estaba muerto. Pero que la sobrina, verdadera ama del castillo, había querido que avisasen no al cura sino a mí. Y que don Guillermo no sabía nada. Que igual me echaba los perros al darse cuenta, si es que llegaba a darse cuenta, de que yo era el médico... Le tomé el pulso y lo noté muy decaído. Había ya recobrado el conocimiento. Me pareció un *shock* anafiláctico, pero no he conseguido averiguar qué se lo provocó. ¿Se inyectaba? Sarita me ha confesado que no era morfinómano. Sigo en la ignorancia. ¿O habría querido suicidarse? No le arranqué palabra. Me miró con un desprecio infinito. Me preguntó si era el titular y que de dónde venía. Al saber que de la Rioja, mandó a la sobrina que me enseñara la sala de los muertos. ¡Bueno, allí nos conocimos usted y yo! Isabel y usted, que llegaban... Naturalmente, un día lo he sabido; llamó a Sara; le dijo:

—“Éste no trae muertos —sí, eso dijo: muertos—. No tiene aquí nada que hacer; ni tierra ni muertos. ¡Nada!”.

—Pero la Rioja es raza, ya lo creo: es como una marca.

—Bien, él abomina de la Rioja. Dice que es una especie de mesta: vascos, aragoneses, castellanos, navarros...

—Por eso mismo. Hay raza.

—“Puede ir ahí tomando datos para mi fichita”, dijo.

Y Sara me acompañó a la sala de los muertos: los túmulos en pie, la horrible momia, los lienzos de los antepasados... Usted la conoce.

—Y allí...

—Me pareció que debía liberar a una muchacha hermosa, todavía hermosa, de las manías de un pobre enfermo. Porque yo pienso que acaba suicidándose. A mí no se me quita de la cabeza que en ese *shock* hubo un amago.

—La muerte, ¿le preocupa a don Guillermo?

—No la separa de su lado. Es mi enemiga.

—Usted siguió, frecuentó el castillo.

—Volví. Ya don Guillermo estaba muy repuesto. Es un caballero, es evidente. El

shock suele transformar a quien lo padece. Es como un edificio que se viene abajo y, luego, sus propios ladrillos lo levantan y es, siendo el mismo, ya muy distinto edificio... El Hidalgo tenía ideas como ésta: “¿Por qué no se casa usted?”, me espetó una tarde.

—Habría advertido algo, quizá en Sara.

—Pero, no. Ella dice que no, ni una alusión, ni un rubor... Le repliqué como si fuera no riojano, sino gallego:

—“¿Y usted cómo no se ha casado?”.

—Me dijo esta fantasía:

—“Figúrese usted que me caso. Y tengo hijos. Una hija y un hijo. Y un día, me dan a elegir: la hija o el hijo... No puede usted elegir: Yo. Decida usted, me dicen: le matamos a la hija o matamos al hijo. ¡Pronto!: o matamos a los dos... Y usted quiere a su hija más que a su mujer; y a su hijo usted lo quiere más que a usted mismo...”.

—La voz de don Guillermo era suave, inalterable. ¡Don Pedro: un día se vuela la tapa de los sesos!

¿Fue un accidente? La cosa no estaba clara. Deliraba don Guillermo y su obsesión era el castillo. A don Angel le pareció un intento de suicidio. Se lo hizo ver a la sobrina. Sara miró al médico nuevo desesperadamente. En esa desesperación había un ofrecimiento fatal, repentino y frenético. Don Angel lo advirtió. Eran mayores. Sara mayor que él. No tardaron en confesarse el sentimiento. Aquella noche, en el castillo, se encontraban don Pedro y una amiga de la sobrina: Isabel.

—Yo volaría ese castillo. Se lo dije: un castillo no tiene hoy sentido... Me echó de casa.

Al enterarse del noviazgo, don Guillermo se llenó de cólera. Se opuso. Curó, súbitamente. Odió a la sobrina y al médico. Quizá se odiara a sí mismo, causa él del encuentro que se la arrebató.

Días antes de la boda, en silencio, sin ceremonia, sin miel, Sarita se fue a Centenera, a casa de don Pedro. En el castillo se habían conocido Isabel y don Pedro. Se habían casado. No se trataba ahora de un depósito; no había juez, no se daría escándalo. Don Pedro habló con don Guillermo, un hacendado en soledad, un caballero enjuto y amarillo, paseante de sus lutos en el silencio de los campos o abatido en las honduras de la casa fuerte y fría, la frente pensativa sobre los papeles de su escritorio... Accedió, pero no volvió Sara al castillo desde el día de su casamiento. Han pasado los años: Sara y don Angel no han tenido hijos; don Guillermo vive abatido y solo, en la intransigencia.

—Habría olvidado. Habría cedido, de tener un hijo.

—Perdone usted, Angel... Pedro: le he encargado una butaquita para el niño; está ahí Cayetano, el cesterero.

2

LOS CIELOS

BLANCO

... mientras, en la suave soledad, desde el suelo, miraban, asustadas, nuestro amor las muñecas.

J. R. J.

Era mucho el calor de la mañana; era un sol rabioso. Lo decía el cestero en su rodal de mimbres, buscándole sombras al patio:

—En febrero, un rato al sol y otro al humero.

Los claros mimbres, que al paso de los días amarillecen; olorosos mimbrones que ponían en el reverbero memoria de su ribazo umbrío, entre la juncia y la cañavera, orilla de los retazos de río mínimo. Alonso dejaba hacer, sentado en las cáscaras, atento a la promesa:

—Te haré luego un vergajo.

Sueña Alonso las trenzas de verdugo de los mimbres descortezados, las tiras verdeantes flexibles y no se sabría merecedor sino con su atención silenciosa.

En el cuadrado de cielo, sobre el patio, se recortó una cigüeña, recamada en el azul, bordada, lento el vuelo de las alas inmóviles, rígidas las plumas timoneras. Cantaba el cestero su refrán: “Cigüeña, en la peña...”. Y se detuvo:

—¡Toma! Una cigüeña forastera. En cuanto la vean las del campanario...

—¿Qué?

Alonso contiene su ansiedad temeroso de que, de un momento a otro, pasen, rayando la seda del cielo de su patio, las cigüeñas de la torre, a la caza de la merodeadora. El cestero torna a su cante, querencioso, disco rayado del refrán:

—Siempre se vio por febrero lo contrario que en enero.

Y se limpia el sudor con el revés de la mano, callosa, verdecida por el unto de los curtientes del mimbre. Alonso no sabe cómo pedirle que además le haga un columpio. Piensa que un columpio también puede él hacérselo con sólo que le dejen una tarde a la charca, ir uno por uno arrancando los juncos que él se sabe entre la chopera y el zarzal.

Cigüeña, cigüeña,
la casa se te quema
los hijos se te van.
Van, van, van...

O si no, otra tarde, aunque ya más lejos, allá en la espuma del agua, por las junqueras del molino. ¿Volarán las ruedas de molino? No precisamente la rueda del juncar, que es piedra piedra, con otra rueda en medio, hueca, pequeñita. No, la rueda de palas. ¡Tantas ruedas! La charca es como otra rueda. Y la que espeja el puente, la mitad agua, la mitad cielo, el ojo del puente, mirando, mirando, mirando al río.

—“Por San Blas, la cigüeña verás. Y si no la vieres, año de nieves...”. Era mucha la calor, esta mañana —sentencia Cayetano, y apresta las pinas de la butaquita.

Ya del mar acá, por las correderas del viento caminan las altas nubes grises. Han remontado la crestería de las nieves, le han huido a las agujas de hielo, y cansadas de las anchas mesas, ya bajan para la templadía de los encinares: prontas y haciéndose charco, paludismo, riada, inundación, plaza de hombres sin trabajo, alto en la faena del cestero, llamada voceante, rápida, a los niños todos que, como Alonso, todavía no son dueños de trasponer los lindes del portal.

Era mucho el calor y ha venido la lluvia; colérica lluvia en que restallan los últimos aletazos del invierno. La Candelaria en agua, las cigüeñas... El invierno está fuera. Alonso, vuelto a su refugio; lo han metido arriba, en su cuarto. Se ha arrimado a los cristales del balcón. La madre, desde el patio, al recoger temerosa del mal tiempo una maceta de flores delicadas, le ha visto, aplastada la nariz, hinchido el labio inferior, los ojos en caída como fugitivos de una gota imposible, y la cabeza tras el cristal, sobre el que la lluvia salpica y enjoya la palidez de una infancia encerrada; las gordas gotas momentáneamente retenidas en el cristal, y que a la madre, abajo, le parecen como prendidas en un párpado, en un labio, en los cabellos, en las cejas, en las mejillas del niño, pegado al vidrio, las aletas de la nariz anhelosas del agua redonda clara.

Ya Alonso ha visto, en el ademán de la madre, suspensa en él, que no le dejarán solo. Los padres de Alonso tomaban precauciones: no le diera un aire, la humedad no le enfermara; y más hoy, con las complicaciones de la vacuna. Ya sube Inocenta, la primita; ya la han traído para que le acompañe. Alonso, que no salga ni abran el balcón. Y juntos, Inocenta, Alonso, se han ido al balcón. No preocupaba a los padres la soledad, arriba, de los dos niños. Los impúdicos niños en la tarde prohibida, oscurecido el cristal, sacudido de la lluvia.

Que, un momento, deja ver la sierra en lejanía. La cristalinidad de la tarde lavada dibuja en el azul una casita blanca; tenuísimo asciende el humo de la casita. Traspuesta la sierra, pinta un poniente de luz carmín; en la piedra colorida y fría se engarzan los fulgores de una hoguera.

El filo morado en los realces de esa luz carmín, los olores presentidos, el fuego, el humo del carboneo, el tren. De repente, de la estación ya lejana. Tiene una suerte de magia esta palabra: tren. No se ve el tren; se le adivina abriendo un camino de silbos y de brasas; su paso, por la estela del humo, a un lado y el otro lado, tal una pincelada errátil en el telón de azules de la sierra. Y a veces, por el rojor llameante de la máquina, a todo vapor, lentísima.

Pasa el tren unos pueblos de nombre carbonero: Carmonal, Carbonita, Carbonerilla; los pueblos de la sierra. Forestales, pueblos para carboneo del alcornoque y la encina. Con los eneros, endulzan el alrededor de esos pueblos rodenas de madroña: la fruta amarilla y encarnada, embriagadora de la sierra. Junto a las estaciones de andenillo deslizante estricto y campana de ermita, las pilas negro pizarra del carbón, las montañitas de carbón, a la espera de embarque.

Aleja los caseríos, solitarios, la mancha de la jara y el brezal; los descuajes para el más rudo carboneo, de brezo, de la sierra. Cargas de carbón de sierra, que bajan a Centenera en los peludos borriquillos minutos, grises. Cargas que vocea el arriero, aligerado el serón a las puertas de la fragua. Y que la carbonerita de esquina en esquina va, calle tras calle, pregonando para un fuego de hornillo, entre sacas de picón de encina, picón de braseros.

Alonso ve ese tren, de farol rojo, poco en vagones, ronco en su escenografía como él lo viera una mañana de carámbanos en el escaparate mismísimo de la sierra. Alonso ahora le dice a la primita que en cuanto llegue el arriero del brezo, podrá el herrero acabarle un gancho de su invención para guía del aro, un aro salido del tonel de donde ya sacó su rueda voladora, y podrá dar sin descanso, sin que ni una sola vez el aro se le caiga, la vuelta al pueblo, una vuelta toda, a la redonda.

Y no le dice que está hace semanas pensando en cómo pedirle un garfio, no de alambre, una barrita que él encontró y que, si el herrero le hace caso y la templea y aguza en arponcillo, podría con ella salir a la caza del lagarto. Rubia y menuda, la carbonerita le entusiasma, pero cuando va a decírselo a Inocenta, se pasma Alonso de oírse a sí mismo estas otras palabras:

—Esa come lagartos...

Abajo, han encendido los braseros; los ven desde el balcón mirando al patio: ven los tiros avivadores y cómo en torno va el negro montoncito del picón mudándose a rojo, a gris. Lo que no alcanzan a ver es el álamo de la calleja de los Almendros. Aúpa Alonso a la primita y la va acariciando, hasta que ella le dice que, así, haciéndole cosquillas, no podrá ver nada.

—¡Desagárrame! —Y Alonso la deja resbalar y caer estrechándola hasta el sofoco.

Inocenta es un año mayor que Alonso. Inocenta es hija de tita Fermina y tiene hermanas mayores y alguna más pequeña: ocho o diez hermanas y Marcelina, que es la más pequeña.

—Mira, le preguntamos cómo se llama esto, y dice: “El pie”. ¿Y esto? Y Lina

dice: “La cosquilla...”.

Cuando a Marcelina le piden el nombre de las corvas, da ese nombre: la cosquilla. Pero Inocenta es corva toda, porque toda ella es tocada y cosquilleada por la mano de Alonso cuando, como esta tarde, juegan y de nuevo juegan el juego del engaratusamiento a la busca del álamo imposible.

La primita y Alonso están prendados de ese álamo, que se levanta en el convenio de la imaginación. Aunque, ¿verdad?, una noche Alonso nombró a su padre el álamo y el padre no lo negó; no dijo, “¿Qué álamo?”. Lo que el padre dijo es que un álamo, en esa calleja, tendría que tener el corazón amargo. ¿Corazón? Ahora va Alonso buscándole a su primita el corazón. Le pide que se calle, pues chillando ¿cómo lo encontraría? Y ella echa a reír, pero muchísimo, y le aprieta la mano y dice:

—¡Pero si es al otro lado!

Hasta que, un punto ofendido, Alonso, muy grave:

—Lo que pasa es que tú no tienes corazón.

Ya el tren habrá dejado la estación de las Monjas. Hay lo menos dos leguas para Centenera, para llegarse de Centenera a la estación. Muchas veces el padre va a esa estación, a tomar el tren de Alcándara. El caballo lo deja al cuidado de las monjas. No sabe Alonso qué monjas, de cuál orden serán esas tan cortijeras, angélicas en la soledad de los campos, con la sola cercanía de una estación de ferrocarril para correo y portes y tren de la sierra, corto, carbonero. Una vez estuvo el caballo toda la semana en el convento. Como el caballo no habla, a las monjas les caía en gracia que lo llamasen Cartujo; era blanco y en la frente le apuntaba el realce de las yegudas jerezanas.

Alonso una madrugada fue a la estación, porque don Pedro mandó aviso de que tardaría en regresar a Centenera. Recuerda Alonso aquella alborada entre helores, la polaina de paño, en la jaca de casa y labor, con Chachita, entre los árboles cuajados de sombras y de miedos. El mozo, que lo era de cuadra, se llamaba Rodolfo, pero el pueblo más le conocía por Chachita y de cuando en cuando le corría cencerradas atribuyéndole favores a un que otro forastero amadamado, en la casita que Rodolfo conservaba como recuerdo de sus papás y a la que en uso de sus derechos y para ejercicio de su natural hospitalario, iba de tarde en tarde, con las licencias precisas del capitán.

Camino de la estación aquella madrugada y como se tropezaran con otro posible viajero que venía como del pueblo grande y embozadísimo, hizo Chachita mil diabluras para que en ningún momento el aparecido se les quedara atrás. Esfuerzo inútil, por más que el desconocido picaba entre las paletillas a su cabalgadura, penca y matalona; con que Rodolfo Chachita se decidió por un cambio de maniobra: galopar y distanciarse definitivamente del misterioso, hasta perderlo en el horizonte cerrado del encinar. Y entonces vio Alonso que Chachita volvía a las alforjas el revólver que desde el instante del encuentro pusiera a las entrepiernas, tan imprudente como prevenido.

Es esa estación de donde todas las tardes llega el correo: el señor Zacarías, cartero. Pero nadie en el pueblo dice cartero, sino correo. Vive Zacarías en el pueblo grande. Baja a la estación, con el alba, y lleva y coge la correspondencia de los dos pueblos. De la estación torna al pueblo grande; clasifica, reparte y, luego de almuerzo, sigue para Centenera.

Zacarías tiene años y una levísima cojera, una rigidez como de parálisis curada, que no se advierte pero le caracteriza los andares. La frente de Zacarías avanza marcada por una media herradura que, por las tardes, cuando en casa de don Pedro ha permanecido más de lo de costumbre, porque, por ejemplo, haya traído al capitán unos cajones de mercancías, se le enrojece y ahonda como la cicatriz de un condenado por esa cicatriz misma.

Viene Zacarías unas veces a pie y alguna que otra en mula; pero las más, en el carrito tartanero, de toldo azulina y varal esterado, sin lanza, de sólo un tiro. Ese carrito acerca a Centenera los halagos de la civilización: las últimas del mundo, para el sumido en un rincón ignoto de los hombres de mundo. Hace portes; trae Zacarías de la estación los pedidos de comercio y de particulares que ha ido el tren dejando procedentes de Barcelona, de Madrid, y aun, como los que expresamente venidos de París, don Pedro, con su duro francés de militar de Colegio, haya hecho para su casa y la casa de los notables de Centenera.

—Oye, mañana es jueves de comadres. Mis hermanas van al Tanalguillo. Los mozos y las muchachas se echan a suertes; se emparejan y se llaman compadres; luego, el compadre hace algún regalito a la comadre.

—Te regalo este pañuelo, toma. Ya eres mi comadre.

—Pero tendremos que hablarnos todo el año de usted.

—¿No ha ido hoy a misa? Yo no pude, por la vacuna... Si usted no ha ido a misa y además no le han puesto la vacuna, usted irá al infierno. Allí está Dios, inmóvil. Que es el Dios de los buenos y de los malos, de los niños todos, buenos y malos. Y el infierno pasa los niños malos a la máquina azotadora. Son como espantapájaros, los del infierno. Sin ojos. Parecen llamas los ojos, pero redondos de tintura de yodo...

Con la visión terrorífica, la tarde en su caída, Alonso y la primita se han echado al suelo. Cochinean. Cuidoso Alonso de los padres, abajo; el mundo de abajo, el infierno... Pone media atención a la escucha y le parece que el correo acaba de llegar. Entonces, frenéticos, se aparean. Y juegan el juego, el secreto juego.

AMARGO

Dos cosas entristecen mi corazón y una tercera excita mi cólera: Un guerrero
reducido a la miseria...

ECLLO. 26, 35-36

Zacarías, el señor Zacarías, se ha resistido a entrar:

—Vengo pingando...

Y al fin, se ha quitado el impermeable y ha sacudido las polainas que le regalara Hipólito, el guardia, al retirarse, y ha pasado al comedor. Isabel le ha sacado un vino moro, cosecha de Centenera. Con el segundo vaso, Zacarías ha empezado a hablar; ha comentado el tiempo; se ha sentado a la mesa, frente a don Pedro:

—Ayer, no había más que mirar el cielo: esa puesta, con las señales de la lluvia. Y lo que no marra: el baño de los tordos.

No el estornino, que es negro, de raceos metálicos y puntas así como amarillitas; el estornino chilla siempre a la puesta de sol. No confunde Zacarías el estornino con el tordo. Dice tordos, que son grises por encima y claros con manchitas abajo, el pico pardo y las patas coloradas. Sabe que el tordo no salta; corre el tordo los terrenos de un lado para otro y su canto es aflautado, muy sostenido; cuando no lleva en el pico la aceituna o la uva...

—Pues ayer vi un baño de tordos, el bando todo, en los estanques del castillo. Y me dije: Llueve. Ahí tiene usted.

—¿Estuvo en el castillo?

—Sí, le he dicho... Y luego esta mañana esa niebla, antes de que saliera el sol.

Todo el largo del río era una niebla; ya al cantar el gallo pintaba en la sierrilla y se perfilaban las crestas en el aire, de lo más limpio. Pero la cara superior de la niebla, tendida, azul tirando a gris, sobrevolaba el río, lo tapaba y teñía de tonos violáceos el horizonte.

—¡El calor que pasé del pueblo a la estación! Porque ¡era una mañanita!
¡Canastos, cómo picaba! Ni en el verano. No podía ser de otra manera; tenía que venir esto.

—¿Dónde le cogió, Zacarías?

—Yo me dije: si apuro, igual me libro. Pero traía el carro. Enganché para que ése fuera a sus anchas. El Ciriaco. Y claro, con el carro no valen prisas. Me cogió llegando al castillo.

Y entonces, pues don Guillermo.

—¡Hombre! ¿Ha visto a don Guillermo?

—Se lo digo a usted, pero esto no lo cuento a nadie. Porque además no hay quien se lo crea: el mismo que viste y calza; y salió llamándome a voces. Si no, yo no entro. Se agarró a la mula y me hizo pasar. ¡Viera usted, la mula, con qué cariño la miraba! ¡Es un señor! Mandó a ése...

—¿Tiritas?

—Ése, pues que allí tiene de mecánico y tal, que le echara una manta a la mula. Metimos el carro en la tinada; y de ahí ya ve usted qué horas; lo menos una y media en aquel chaparrón. Para nada, porque luego aquí estoy, de chubasco en chubasco.

—¿Preguntó por doña Sara?

—Él sabe lo muy discreto que es uno, que es el correo. Y se le ve el sufrir. Lo que me dijo es que cuántos muertos iban este año en el pueblo. Pero yo le contesté que teníamos médico, sí, un señor médico; por lo menos como no lo hay en estos contornos: los pueblos del tren. Y que la salud era grande. Yo creo que se quedó con las ganas. Le tiraba a degüello, pero el Hidalgo es también un señor; fíjese usted, lo de la mula; y sabe las cosas que no se dicen porque no se deben decir. Total, que me vine para acá. Y hasta se estuvo fijando mientras sacaba la mula. ¡Ah!, y me preguntó: “Esa mula ¿es zamorana?”. Oiga: lo es. Pues me estuve yo mirando, en la puerta, aquella especie de sello del otro mundo, que es el redondel de una guadaña como a caballo, en la piedra, y que don Guillermo pone en su papel de cartas. Porque un día me llamó para retirar una carta. Y tuve que entrar, ya de esto hace mucho tiempo, y abrirla en su presencia, para comprobar que era suya la firma, y entonces él estaba en su derecho. Que su palabra bastaba, ya lo sé; pero el reglamento es el reglamento. Y me felicitó, ya lo creo. Es un señor un poco preocupado con las cosas tristes, la muerte y así...

—Bueno, ¿y qué tal de hora?

Todas las tardes, con el periódico, le traía la hora, puesta en punto por la estación. Y todas las tardes comprobaba don Pedro la marcha de sus relojes; primero, el de bolsillo: “roskoff” en cuya esfera lucía, miniada en azul, una locomotora.

—¿Y del mozo?

—¿El Ciriaco? Todo fue bien. Le saqué billete, con el volante de caridad. Lo subí al vagón y lo recomendé a la pareja; sobre todo para cuando llegasen a Empalme. Por él llevé el carro: para el baulillo y que no se cansara tan pronto; que es un caminito, y eso lo sé yo. Porque hoy, ni portes ni nada; los trenes se conoce que los necesitan. Todo el camino se lo pasó hablándome del Capitán. “¡Es mi padre —decía—, mi padre!”.

—No, lo que pasa es que tiene casta. Hará carrera. Que no daba la talla, y tal y

cual, y hubo que recomendarle. Napoleón no era precisamente un poste de telégrafo.

—Eso digo yo. Y aquí está quien usted ya sabe y le declaran inútil... Y tiene una titular, ¡que es lo grande!

—Yo siempre llamo a don Angel. Esta mañana ha venido a casa. Ha vacunado al niño.

—Bien hecho. ¡Don Angel! Eso es un médico. Ni se le encontrarán ni nada. Y luego, ese muchacho, ¿qué iba a hacer en Centenera? El pueblo está muerto. Lo importante, y yo le dije: “¿Ciriaco? Hacerse un hombre. ¿Que hay que salir? Se sale”. Y ahora, pues la suerte...

—¡La suerte! Yo de operaciones —¡dice usted suerte!— yo en una operación le pedí el máuser al sargento; se lo pedía, nada, por probar unos tiros; ocupé el puesto del sargento. ¿Me sigue? El sargento se puso donde yo había estado. Antes creo yo de que le diera al gatillo, cayó el sargento, allí mismo, a mis pies, con la cabeza rota. ¡La suerte!

—Y más en la guerra...

El correo apura su vaso y es como si el fulgor todo y la fuerza de ese vino se le condensaran en la cicatriz, la descalabradura que le hendía y estigmatizaba media frente. Al despedirse, ha dejado en la mesa el periódico y un sobre, en folio mayor, henchido. Palidece don Pedro al tocar el sobre; enreda con el periódico; se echa atrás.

Vuelve al sobre y es como si, ese papel, le quemara la mano. Don Pedro todas las tardes se contenía y no abría la correspondencia hasta la noche, arriba, en el despacho, después de cena, con la primera taza de café. Leía los sucesos, un que otro suelto curioso, a Isabel que iba en el sillón dulcemente quedándose dormida. Alonso, mientras, jugaba por los rincones o, a la mesa, coloreaba dibujos de su fantasía; y aun en alguna ocasión tomó café para más propiamente compartir las veladas del padre.

Pero hoy don Pedro no resiste. Apenas ha salido Zacarías, y abre el correo. Motivos tenía don Pedro para palidecer; había instado su vuelta al servicio de armas; le correspondían dos grados; se le reconocerían los años de antigüedad. Muchos disgustos le costó el que Isabel accediese. La campaña era un desastre. Don Pedro no dudó: pidió su alta.

Y ahí estaba la respuesta. Le trasladaban las reales gracias de Su Majestad. En diligencia, al pie de la hoja de servicios, se le asignaba Centenera para residencia del retiro.

Era un papel de timbre en seco, un abultado sobre. Don Pedro retiene a Isabel. Lee en voz alta la orden; con ironía infinitamente triste:

—Lo que deseabas. Ya puedes vivir tranquila. Aquí. Con un exhombre.

—El niño...

—También el niño. He ahí el hijo del exhombre.

Isabel bajó todo lo posible la voz:

—Pero no un huérfano.

—¡Huérfano! Yo soy el huérfano. Mi padre murió como mueren los hombres.

Siguiendo su estrella. Porque lo sabía de aquí, aquí me vine. Aquí te he conocido... Ese niño no tendrá mejor imagen de su padre que la que yo tengo del mío, muerto en guerra, mi padre, a quien nunca vi.

—Tú lo dices: imagen. Así, tendrá padre.

—¡Asco! Anda, echa del cuarto a esa chiquilla. No quiero a nadie en casa. El niño, que no se le pase la tarde sin hacer algo.

—Por Dios, las vacunas...

—Con treinta y nueve de fiebre terminé yo mis ejercicios en la Academia.

Isabel sube, llorando, inmensamente feliz.

—Le pondré un brasero.

Y antes de acercarse al cuarto donde Alonso y la primita viven los sofocos de su respiración enamorada, se pasa por el despacho, a la otra vertiente, de balconaje sobre la calle, y arrima una mesita de camilla al balcón. Hay todavía esa hora de claridad vivísima que en los cielos sucede a la lluvia, las negras nubes densas arrastradas, triunfante el sol, resurrecto.

Esta licencia, definitiva, cierra, un capítulo no, una vida:

—Mi entera vida —piensa, abajo, a solas, el capitán.

Había aguardado. No se resignaba a esa tradicional liquidación periódica de los Ejércitos: los retirados por guerra. Había remontado la catástrofe. Y ahora...

—Sobrevivirse a uno mismo.

Habla solo, incubando de amarguras y desprecios una rabia que sabe más allá de lo humano. Sobreviviéndose: esa es la situación. Ya lo que venga será una sucesión de actos sin sentido. Como en una tragedia. Un acto más, acabada la tragedia.

Sí, aquí donde todo termina, aquí empieza la historia de un exhombre: la novela —pero ¿podrá ser esta historia una novela?— del capitán Pedro Mora. Una patética memoria que se podría titular *Corazón amargo*.

Mira y remira la real orden. La lee una vez, otra vez. Y pasea los ojos, ausentes, por la relación de servicios: treinta hechos de armas, el heroísmo en el asalto y en la resistencia, el cuadro; las condecoraciones... Oye cómo la chiquita, sobrina de Isabel, baja, de puntillas las escaleras. Y se sabe más solo. Tremendamente solo. Se levanta.

Abre un armario y toma el revólver. Lo pone sobre la mesa. Trae del armario una botella, alambrada, ornamentada: la botella que les entregaron el día de la jura. Va a beberse todo su ayer. Copa tras copa, en silencio, en soledad. No sabe por qué ha echado a la sobrinita. Quizá para que también el niño se quede solo. Por alejar, quizá de él mismo, ahora, a Isabel. O por hablar luego con ella, sin testigos: a solas, a voces. Quizá sin por qué.

De nuevo llena la copa. Mira en la botella la cinta de los colores nacionales. Bebe. Se va al armario y coloca el revólver en la tapa más alta. Da unos pasos por la habitación. Se sienta y se pone otra copa: la botella en la mesa, frente por frente.

Recuerda al muchacho que esta mañana partió voluntario, recomendado a un compañero de Colegio. En la carta, bajo la firma, añadía su número y promoción.

Colegio de Cristinos, huérfanos de guerra. Del poder ilímite va a pasar a la ociosidad forzosa. Es una vida eludida. Y, sin embargo... El periódico traerá las últimas de la campaña: un desastre. Encoge su propia mano, la retira: no tocará el periódico; no lo abrirá ni esta noche; quizá ninguna otra de sus noches. Se asoma al patio.

La lluvia recomienza. Llueve sobre las anchas piedras. Llueve en su corazón. Desde el mar, por las altas nubes grises, viene esa lluvia y se llega a los encinares, aquí, los adentros de Extremadura. Viene la lluvia a tornarse en pozo de tíficas, charco de paludes, riada que arrasa los campos y los deja rendidos de sed. Como ahí deja, en la plaza, varados a los hombres. Los desventurados. Los hombres sin trabajo. Los inermes hombres.

Y allá, una tierra sin lluvia, tundida de sangre, bebedora. Una tierra que necesitaría del agua de esta lluvia, y los brazos de estos hombres...

3

ENTRELUCES

BLANCO

Ese perro es mío, decían esos pobres niños. Ese es mi lugar al sol. Este es el principio y la imagen de la usurpación de toda la tierra.

PASCAL

Al pasar Alonso del cuarto de los juguetes al despacho, se detiene, en la galería, ante un espejo de pared. Y es un rostro menudito, pálido; de claros cabellos finos, peinados a raya. Pone Alonso los ojos, redondos y asombrados, en el espejo; bizquea, hace caras; y echa a correr, a la pata coja, hasta el despacho: una sala sin juguetes, de balcón a la calle.

Junto al balcón, entreabierto, la camilla de rojas faldas de campana; cortan la pared, al fondo, unos estantes de libros, con pocos libros. En la mesita hay un grueso volumen: un tratado de Matemáticas, de texto en la Academia; el cadete, en las guardas había tanteado con mayúsculas de imprenta, a lápiz, su nombre. Iban los tipos, muy cuidados, en diagonal, de abajo arriba, de la izquierda a la derecha; pero mal medidos, decían: *Pedro Mor*, sin espacio para la *A* de *Mora*. No rectificó; no borró para luego insistir, y esas letras, que son las letras de su nombre, no fueron pasadas a tinta. Nunca se resolvió: ni a fijarlas, ni a rehacer, ni aun a terciar, apurando el margen con una *A* chupada, que rompiese la armonía del rótulo, incompleto... Alonso pone, junto al tratado de Matemáticas para formación de oficiales, su cuaderno de los deberes.

Mira en la tarima el brasero, a medio encender, y no se sienta. Le han prohibido que se asome, que le dé el aire de la calle. No abre enteramente las puertas del balcón, pero se pega cuanto le es posible al cristal y coge en escorzo el alto cucurucho del campanario.

Un último rayo de sol traspasaba la veleta, el gallo de negra lámina como un encaje de ceniza, retador de las nubes en contraluz radioso. El gallo aparecía, rígido el hierro en el horno del sol, fulgente de calados para cima de una más clara nube postrera; la pata, de garra letrada, se clavaba en el azul. Mareante de cielos, esa veleta, ahora, mudándose, marcó la *W*: el húmedo templado poniente de la tierra.

—¡Andá! —exclama, para su sola escucha Alonso—, pues se me había olvidado.

Cuando la primita vuelva, le contará también este invento. Es invento de hoy mismo; se lo podía haber dicho: el paraguas viejo, porque padre no quiere ni ver ese paraguas, los paraguas que llaman el rayo, y está ahí, a la otra ala, arrumbado en el desván, pues con ese paraguas subía al campanario y del campanario a la rosa de la veleta, y era el paraguas volador. Esta mañana inventó la rueda; eso ya se lo dijo. Le tiene que decir todo lo que él se inventa. Abría el paraguas, lo cogía con esta mano, en la otra el gallo de la veleta, y una vuelta, otra vuelta, hasta que se arrojaba, intrépido probador del paracaídas, su último invento.

También desde arriba ese paracaídas, y desde abajo, parecerá una rueda voladora. Todo es en el mundo de Alonso rueda que vuela. No dirá, el molinete de gamonita y papel de seda que, a la noche, a la mesa, hoy mismo, se pondrá a hacer... Todo: el reloj de la Villa, parado en su torrecita, visera del campanario; y las letras del reloj de sol del castillo, de extraño idioma pero que el padre de Alonso lee. Rueda, la luna; pronto, si es que esta noche hay luna con la tanta lluvia, y si la luna de esta noche es redonda y como su rueda ¿clara? Alonso habla para sí, multiplicando de Alonsos y de mayores y de niños y caballos y soles su infancia en soledad. En los doblados de la casa de tita Fermina, el ojo de buey, redondísimo, del que baja un chorro de oro, de oro de nada, mientras él va a los escondites de la primita de troje en troje. ¡Sol! No la hay más bella; sólo que imposible, rueda ascua, a los ojos que la lloran, y cuando el eclipse, porque le ahumaron un vidrio: por eso pudo verla morada, mínima, rueda pura, como a la mano de su deseo. Ruedas, ruedas... Si el balcón, si diera al otro lado, miraría el sol de hoy cómo se pone, tras tanto salir y taparse y otra vez, sol de febrero loco. Será quizá limpia la puesta, en una tarde pasada de lluvia. Rebota en los cristales, penetra el balcón y contrastan esa jaula de mimos y el alborozo de la calle poblada de gritos de la chiquillería.

Va Alonso dejándose prender de las escenas de la calle. Esa muchachita que vive cerca de la iglesia, y es de otro pueblo, pero prima o así de Asunta, y sigue, apartada, atenta al corro, la peripecia de los muchachos. Y que, con una coquetería ajena a la coquetería misma, exenta de intención, mocosita, se mueve, desdeñosa en displicencia inútil pues que sólo Alonso la ve y ella no se imagina que la ve, altiva, quitando y poniéndose una cinta roja en su pelo de morena, el negro pelo, azul de tan negro.

Junto a la pared de una corraliza, tres muchachos se apartan y la sombra de los tres muchachos los estira sobre una faja de la indecisa claror crepuscular. Están dos de los muchachos cambiándose cromos ante el otro que, pequeñito, maravillado, los mira y con ambas manos en la traba de la pechera se recoge los tirantes, holgadísimo el pantalón, sacado de otros pantalones de hombre, y que le caen hasta la media pierna.

Al arrimo de la tapia, absortos, como en un rincón de propiedad que fuera el último rincón del mundo, los tres muchachos componen una estampa de la niñez dichosa callejera. Han rematado sus operaciones de cambio, y Alonso ya no puede

más; pues ¿cómo no cantar, a voz en cuello, y decirles, sí, que él tiene cromos y sin duda que sus cromos son más lindos, de coleccionista, y más limpios? Alonso los tiene porque no los juega ni se los dejarían cambiar.

De repente, contemplador atento, mudo, el pequeñín se vuelve y moja la pared. Acuden cuatro o cinco; montan la apuesta: ver quién alcanza más, quién llega de la pared a la calle, lo más lejos. Hasta que se interrumpe el concurso porque, a la carrera, otro nuevo jugador les trae la magia de un juguete vivo: Alegre, un perrito como el que Alonso espera del aguador. Corre Alegre a los muchachos; a uno le atrapa de los fondos, se le enreda entre las piernas y hace caer a otro; lo llaman, le echan una boina, al aire, para que de un salto la cace y haga como que huye y al fin la devuelva; contagiado, el dueño, de las risas unánimes y un punto inquieto del resultado del número.

Por qué a él no le consentían participar, y no podría, por qué, vivir la vida de pandilla... Encontraba Alonso esta doble resistencia: el recelo de familia a los amigos; y los amigos mismos. Alguna rara vez se le metía un gorrista en casa: pasaba el muchacho un rato con Alonso, le destrozaba los juguetes y acababa marchándose a recibir la burla de soberbia y envidia de sus camaradas, los correcales.

Era cosa de posición, no de clase; de jerarquía: el puesto de su padre en el pueblo: el niño del capitán, es decir, la imagen vulnerable de un poderío que no había por qué sufrir en la hora sin compromiso de la infancia. Algo que tampoco era el niño señorito. Ni aun el burgués. Sino el despego de quien, habiendo tenido, ya no tenía; del mando ilimitado, al cese: drama durísimo de los grados a la hora del retiro. No hay situación tal de pena, y como suya y negra la asume el hombre de armas: el retirado.

No tenía Alonso amiguitos. Le era imposible forzar su inclusión en un medio para él prohibido. Un medio inferior al suyo, pero inaccesible: ese grupo de niños, de medio pelo y parla de germanía, y que se le presentaba cerrado hasta en algo tan simple como esto: un entendimiento para los juegos de la calle.

Habría de también inventarle juegos a la soledad regalada, llenar de entretenimiento la casa, de horas largas, ansiosas de aventura; y que se recreían en el mundo subterráneo de los sueños, en las relaciones, casi monstruosas, de un hombrecito de seis años junto a unos padres metidos en la cincuentena. No era tan fácil.

Pero esta situación Alonso la siente, no la sabe; la sufre, con la capacidad de aguante de los niños a quien todavía no andan y ya se les va diciendo:

—No, eso no, niño no.

Coge un tallo de rosa y —“¡Qué guapo!”— se le aplaude. Tiende su mano entonces a un clavel; le gritan:

—¡No!

Ese niño no sabe que la rosa ha perdido valor en el búcaro de los mayores y el clavel, que se yergue émulo de la rosa, aún place a los ojos de mamá. Para ese niño

una flor y la otra flor eran de pétalos igualmente encendidos y aterciopelados.

Iba Alonso abandonándose al entusiasmo de la calle. Anochecía. En la habitación principiaba a no verse. No tardaría en venir del pueblo grande la luz. Frente al balcón, abajo, en la esquina, se alzaba el poste del tendido. En casa no tenían luz eléctrica; pero eso es cosa de otra historia, una historia que se llama de este modo: La casa de los rayos, la casa en que Alonso nació. En que más de una vez nació.

Insensiblemente, fue Alonso abriendo las maderas. Se agachó. Se pegaba a la balaustrada; le sabían, esas flores de forja, a sólo su herrumbre, oxidado el hierro y enrojecido de la temperie, el olor activado por la lluvia de la tarde.

Penetró en la casa la vocería con que los muchachos celebraban la llegada de la luz a la alta debilísima bombilla de la esquina. Chillaba Alonso y aplaudía; tanto, que los chiquillos repararon en él. Era el momento en que las muchachas, cantando, subían de la carretera; daban una última vuelta y se venían para el pueblo, desde el río. Ahí Jenara, tan bonita a los ojos y el corazón, todavía no hechos, de Alonsito Mora. Y con Jenara, Ignacia; y Asunta, prima de la mocosita, y Hortensia y Martina y Luisi y Guadalupe. Muchachas que se le fundían en una sola y era como la imagen misma de la felicidad.

Sintió Alonso entonces más vivo el deseo de actuar. Corrió al cuarto y se trajo su espada. No tenía Alonso, ni aun con las ruedas de su fantasía, juguete como ése menos jugado, más querido. A la primita le decía:

—Cuando ya estos juguetes estén jugados...

Refiriéndose a los de algún tiempo, maculados y como para el desecho. Preciadísimo espadín, sacado de un bambú de tierras lejanas misteriosas, con que se llegó Alonso al balcón y era el suyo un júbilo puro que atravesaba la calle y retumbaba en las soledades de bóveda de la casa. Tomó la espada, la agitó triunfadora de su temor de niño, de la ruindad codiciosa de las pandillas, a sus pies. Le daban grita y pedían que les echase el juguete. Y Alonso lo blandía y alzaba como en exposición de un bien inalcanzable, sacralizado en la urna de la noche, recién venida: héroe, Alonso, en lo más alto. Inmensamente feliz de una riqueza que a esa distancia, de la casa a la calle, de su balcón al suelo, aún le permitía participar.

De golpe... Los pilletes huían; inmóviles las muchachas, como en una instantánea o un susto; no obedecía la espada. Quería Alonso bajarla, y no caía. Una mano poderosa la había cogido arriba, por detrás. Todavía en el juego, dio Alonso media vuelta, frenético, furioso defensor de su tesoro. Y entonces la mano definitivamente, brutal, le arrebató la espada.

AMARGO

Las lágrimas no son expresión del dolor, sino su historia.

ITALO SVEVO

Don Pedro ha vuelto abajo, a la pieza medianera de los dos patios: el patio a cielo abierto donde Alonso esta mañana jugaba su rueda voladora, y el patio de claraboya, del que arrancan las escaleras a la planta noble.

Don Pedro en la sala permanece absorto, frente a una botella de ese vino de 17 grados, vino con madre, que le traen por cajas de Mota, la cabeza del partido. Bebe y se busca en el envuelto caldo, que no le devuelve la imagen ni copia la luz, privado de las transparencias y aroma de los vinos doncel sin viso. Don Pedro, se viera en la sobrefaz de esa copa, o las calidades del vidrio, y le sobrecogería su propia expresión: plomizos los ojos, de conjuntiva enrojecida, la boca amarga bajo los bigotes, recios, poblados; por momentos ese rostro figura el de un personaje escapado de las páginas de la *Divina Comedia*.

No quiere don Pedro a nadie junto a sí. Vive ahora el culmen de su condena a la soledad: patética soledad de quien, a las puertas de la esperanza, se ve rechazado y en el círculo de los exhombres. Se mesa, golpea furioso los brazos del sillón, alza los ojos al cielo, en una imprecación de blasfemia asordada irremisible. Es el repatriado. A su memoria acuden estampas del regreso con los restos de un Ejército que jamás se resignó vencido. Un ejército de sombrero de pita y rayadillo, macheteado en maniguas de fiebre y bambú. De una de sus cañas había él hecho, afanoso, hora tras hora, esa espada para Alonsito. ¡Dios, qué será de este niño! Medio ejército muriéndose, a cubierta, en aquel viejo vapor...

—La Intendencia —se dice don Pedro—, eso fallaba. La Sanidad, la Intendencia.

Ni siquiera lo advertían en aquellos adioses, de retorno, terribles. Y en la Península el desconcierto ante los desembarcados. Con estupor empezaban las minorías a entender: éramos un país machacado por el progreso. Tras la solidaridad acogedora de provincias, qué amargura la gracia inconsistente de un Madrid, frívolo, ajeno a la gran prueba.

Ha bajado Isabel. Trae de la mano a Alonso. Don Pedro no le habla. Pregunta a la madre si ha cerrado el cuarto. Se sienta Alonso en un rincón, lejos del padre. Su cuarto de los juguetes ahora es cuarto sellado. ¡Tuviera el consuelo del cuaderno! Aunque, ni escribir podría. O el manuscrito de viajes de Europa, donde también los padres son viejos y las madres como su mamá, pero los niños tienen hermanita y una vida alegre y dulce de primavera.

El padre le había cazado en el balcón, le había llevado a rastras al cuarto de los juguetes y allí había roto la espada en cien pedazos. El padre se fue. Se asomó Alonso al patio, y era un cielo muy negro, de horizonte sin luces, sin estrellas. Alonso recordándolo quiere llorar. Sabe que no le consentirán llorar. Y le sacude honda la congoja.

—Déjale que desahogue —grita la madre, y se lo llevaría de la salita a concederle ese privilegio: llorar.

La condena era implacable. Era una condena a muerte: a la nada; llenar la hora, no de trabajo, ni ocio, de sólo el vacío, sólo esto: sufrimiento.

Al fin y para que sin quebranto de la norma pudiese llorar, salió el padre al zaguán y allá se paseó como enjaulado, rabiosamente. Porque no le dejaría, al niño, ni rincón donde pertenecerse: estaba en la sillita, inmóvil, condenado a no hacer: ni un juguete, ni un libro; incluso el de los deberes, en el cuarto bajo llave, inútil.

Era eso: no te dejo ser útil; no te concedo el gozo ni el honor de ayudarme: te excluyo de mi corazón. No te dejo ser. Quizá con el heroísmo increíble de saber que le negaba este veneno: un corazón amargo.

Y oyó entonces que abrían la puerta falsa, puerta de hierro, de la calle al patio. Esa puerta no la pasaban sino personas de confianza, de casa. Como quien para respiro de Alonso ahora: tío Valenti; un primo de don Pedro, primo segundo, con quien había en su servicio militar compartido acción y naípe. Su visita sobresalta los recuerdos del capitán, perfumados de cigarro y caracolillo y una saudade ronca de imperios.

Llevó unos meses vida de soltería, con el primo, como en prolongación de aquellos tiempos de campaña. Era un mundo de ligero, una actitud consecuente a la ociosidad obligada, irreprochable, del Ejército, pero sin ejército. Anduvieron de novias. Visitó don Pedro al Hidalgo, en sus idas y venidas del pueblo a la estación. Admiraba aquella existencia encastillada, altiva y sola. Por un respeto a la caballería del solitario, no cortejó a Sarita, de feminidad que idealizando las hosquedades de aquel estilo de vida las acentuaba, como la abeja subraya la hondura en el silencio de los campos dormidos.

Valenti se casó. Pidió un destino y le nombraron auxiliar del Ayuntamiento: un cargo de entre guardia municipal y consumero. No gustó don Pedro de aquella boda. Por la primera vez se descubrió en el egoísmo; sintió la punzada de una soledad insoportable. Se negó a vivir con los primos. Y quedó a pensión en la fonda, Café y

Fonda, aunque para dormir, para estar, siguiera con el cuarto donde habían convivido, en república de licenciados. Iba a ser cosa de pensarlo: o poner casa o volverse a Madrid. La de alojado en un pueblito de apenas doscientos fuegos no era vida de campaña; era un estiramiento de los años de colegial. Habría de tomarlo en serio, verdaderamente.

El primo, de natural silencioso, traía una cabeza larga de hueso y cara de caballo, el pestorejo nervudo, la piel tirante mate. Callaba, sonreía; tampoco don Pedro y el primo tenían grandes cosas que decirse. El primo venía a pedir que le apadrinara su quinto varón. No conseguía que don Pedro fuera padrino de ninguno de sus hijos. Siempre le había dicho:

—Yo no apadrino más que a quintos. ¡A traerlo!

Y ahora el primo tenía la esperanza de que a seis o siete meses vista su mujer le daría el quinto hijo. Naturalmente no dudaba de que, como los anteriores, también ese hijo, quinto, sería varón.

—Me voy ahora mismo a casa del primo.

Y aquí, sonreía, callaba. Desviaba el tema, interesándose por Alonso. Lo encontraba como acalorado.

—Tiene, tiene colores. ¿Qué le pasa al mocito? Y está de buen pelo.

La madre, que entraba y salía, atenta a la cocina, se acercó y puso cariñosa la mano en la cabeza de Alonso; dijo:

—La vacuna.

Se esforzaba don Pedro en no hacerles caso. Don Pedro se preguntaba:

—¿No habrá cogido frío del balcón? Creerán que hago las cosas por capricho: ese balcón abierto, con el relente y la vacuna... ¡Concho de crío! Si no es para atarlo...

Nadie hizo alusiones a lo sucedido. Lo que se les notaba era ese estado de tensión que ya observara el primo mil veces en su vida con don Pedro, sin hallarle otra causa que las rarezas: cosas del primo Pedro. Mientras, Alonso veía en un rincón, en el suelo, arriba, los trozos de la espada rota. Algo que los demás no veían.

No se había puesto don Pedro ni una copa más en toda la visita. Don Pedro y no se le iba de la cabeza la real orden. Pero no dijo palabra. Fuera como confesarse que dejaba de ser incluso capitán. Callaba. Se enconaba. Tampoco el primo se atrevió a darles la nueva: la noticia de la normalidad de su mujer, pues ¿cuándo no se la veía en estado de buena esperanza? Pensó que don Pedro, esa noche, no se encontraba como para irle con chismes de alcoba. Si al menos ya hubiere nacido el crío...

Cuando el primo salió, tembló Alonso de otra vez verse a solas con el padre. Quiso aventurar una reconciliación y atraerse las atenciones que no se niegan a una víctima; dijo:

—Me escuecen las vacunas; ésta me escuece más.

Don Pedro no le hizo el menor caso. Miró Alonso y tembló de aquel gesto enemigo. Pasada la interrupción de los extraños, la visita despedida, tornaban al clima de severidad, implacable. Que no olvido, decía ese gesto; y era no el castigo corporal:

su padre se preciaba de no haberle jamás tocado ni el pelo de la ropa. Era algo infinitamente cruel: era la negación del derecho a las lágrimas. Esas lágrimas consentidoras que lo permiten casi todo, incluso el pegarse a perder con los mayores: lágrimas de rabia, lágrimas de la descarga emocional, liberantes.

Entró Isabel. Estaba, migas y frite, la cena. Había cocinado Isabel misma. Libraba hoy el servicio. Se alegró. Hizo al niño unas sopas de leche: sopas canas. Tenía Isabel mano para la cocina. Don Pedro abrió otra botella. Era una cena triste. Isabel trajo de la cocina un carburador de luz vivida, para más horrorizar la cena: una cena de los tres, en silencio, oyéndoseles el masticar, rehuendo las miradas. Una cena de eucaristías imposibles. Tiritaba el niño, de fiebre. Y de miedo. Y frío, en las habitaciones enormes, de techo a rosca, resonantes, donde no quedaba un rincón sin tiniebla, ni lucía un poco de calor sobre la tanta pena. Hubiera él querido escapar, deslizarse, furtivo, como un ladrón, de aquella mesa. Robar un trocito de sólo esto: su felicidad herida. Y no sabía robar. Temblaba de irritar más a su padre.

—¡Pobrecito! —dijo Isabel, y miró al padre.

Que se enfureció. No habló, de momento, pero Alonso ya sabía que el padre se acababa de enfurecer. Todo, por esa torpeza de la madre; condenaba Alonso a la madre. No podría distraerse. Intentaba no existir; no tragaba, no respiraba. Y se compadecía de sí mismo. Era terrible el no llorar. La madre se fue a él; le tocó la frente, arrebatada de sofocos; y a gritos, le dijo que se desahogara:

—¡Llora, hijo mío! Llora, llora tú...

Y abrazados desesperadamente lloraron madre e hijo. Mientras, don Pedro se levantaba, no se iba, y bailándole en los ojos la ironía, los miraba llorar. Volvía a sentarse, alzaba al trasluz la botella y se ponía otra copa de vino.

4

EL BURGUESITO

BLANCO

Don Pedro y Alonso, de sobremesa, los ojos distraídos, callan, separados por el velón. Centenera es pueblo sin bazar, una niñez sin juguetes. Pero los niños juegan. Tenía Alonso una espada prodigiosa, hecha por don Pedro con los restos de su bastonería de mando; una espada culpable, causante del sofocón de este día y que yace ahora en un rincón, arriba, en el cuarto, rota en pedazos.

Acabada la cena, ha mejorado el humor de don Pedro. Isabel ha ido a la cocina. En tercera persona, como si no supiera que Isabel había salido, don Pedro ha dicho:

—Bien, que juegue si quiere... Pero aquí, a la camilla. ¡Jugar! No hubiera Alonso querido jugar, a estas horas, y tampoco se encontraba con el valor de negarse, en la desobediencia de rechazar la invitación. Un niño siempre tiene recursos —¿él?, ¡si es inventor!— para jugar el juego. Alonso ha visto en la repisa la máquina perforadora, junto a los archivadores. Ha tomado la máquina y ha traído de la cocina el forro de un paquete de café. Ha ido metiendo papel en la maquinita. Isabel le ha dado más papeles: el papel plata de unas libras de chocolate, el papel de seda de los muñecos de bolillo: colores, más papel... Cada montoncito de papel, un apretón a la máquina, la máquina taladradora, y unas pilas de papelillos: confetis.

Redondeles, colores, que avivan en Alonso la fantasía de su rueda voladora. Ruedas, más ruedas: pandero, tambor, zambomba. Pues ¿y la rosa giratoria? No puede ahora hacer un molinete. En cuanto salga, o cuando hable con el cestero y le saque unos juncos, se pondrá a la tarea: hará voladeras. Correrá el patio, en una mano la rueda; en la otra mano, ¿y en el eje?, la rehilanderá...

Parece Alonso que se fatiga y don Pedro toma la maquinita; entra de una sola vez variados papeles, y el juego se industrializa. Crece en la mesa la cosecha de confeti; hay que ingeniárselas para hacer unos saquitos; recoger. Papel de cuerpo, y goma. También la goma es hacedera: Alonso tiene unas resinas, cambiadas a buen precio con el hijo del aguador en un rincón del patio, el otro día, sin que nadie los viera. Sube Alonso al cuarto prohibido; en la casa no hay luz eléctrica; a la de una vela, busca Alonso en el cuarto las resinas.

Isabel trae agua caliente; deslíe en un pocillo la goma de los frutales. Don Pedro rompe la faja del periódico; la enrolla y a la manera de un pincel va pegando los papeles: un cartucho, otro cartucho, y otro...

Entre bolsa y bolsa, don Pedro da un vistazo al periódico. En primera página se destaca una ilustración, sepia, y este epígrafe, para estampa de febrero: *El Manguito*. Una dama aforrada en pieles y con el encogimiento de un calofrío de goce, en los labios la boquilla larguísima, rasgados los ojos, claros, vueltos a la voluta del humo; y las cuidadas blancas manos, presentidas, cruzadas en los rasos del corto, horizontal, guateado rollo de chinchillas del manguito; en la miniatura de bolso, un pañuelo de satén. Don Pedro la contempla, absorto, y al pasar a otra hoja, en un susurro, como para definición o despedida:

—Zorra...

Los saquitos y habrá que ponerles nombre. Isabel es quien ahora sube por el tintero; los posos de la tinta se aclaran con una gota de vinagre: bueno el vinagre, purísimo, oloroso, de la tinajuela que se le picó a tío Joaquín, como hace dos o tres cosechas. Toma don Pedro la pluma, de palillero de palo tinto, deslustrado... Viene el pensar los rótulos. Alonso exclama:

—*Tinín*.

Es título de un cuento, de estampación a color, muy viva; un héroe que entusiasma la infancia de Alonso Mora. Desea Alonso pintar las bolsitas recién pegadas; y el padre le deja la linterna de campaña para que él mismo suba y se traiga su caja de lápices, malos, de pintura al pastel.

¿Qué ha pasado, en ese entretanto de la subida a la vuelta de Alonso, qué ha sacudido el humor del padre? Le ha dado el padre la linterna, le ha mirado, y Alonso no ha advertido un súbito cambio de luz en aquellos ojos griseos plomo, en la mudez de aquel rostro, rígido, formado en la disciplina de los colegios de guerra. No ha visto momentáneamente feliz Alonso que don Pedro le ha mirado con un punto de repulsa: la repulsa de un cuerpo recio, ante esa raída y congestionada faz de fiebre, de niño con estigma, en su debilidad a pique de miseria.

Centenera y este niño... La memoria de su propio padre, muerto en acción y a quien don Pedro no llegó a conocer, pero que se le proyecta ahora agigantado, erguido sobre las sensaciones más inmediatas de Centenera. La elección de Centenera para un largo permiso, porque el padre había nacido en Centenera. No quedaba otra cosa de él: caído en guerra, sus huesos definitivamente perdidos.

Centenera, por todo esto. Centenera le decía: bienvenido; esta tierra es tu tierra; sé fiel a la tierra de tus muertos. Acudió a la pequeña capital, a recibirle, el primo; las cuatro leguas de Alcándara a Centenera las hicieron a caballo. Aparte, por tren, echado a un baúl, venía su mundo todo: un montón de recuerdos; el cinto ancho de cananas, el vaso de cristal de roca en que se leía a fuego el nombre de su padre, la bandera que ganó y unas cruces de campaña. Siempre soñó con encontrar un día aquella tumba y abrirla y depositar en ella los trofeos si es que se vieran bastantes

como para acompañar y honrar las cenizas de su padre. Le tocó a él ser un combatiente de muy distinta hora: un oficial distinguido; no se le dio la posibilidad de esta gloria: el héroe. *Tinín*, ese personaje que protagoniza las primeras lecturas de Alonso, es un héroe. Y... Alonso, frustración viva. ¡Quién sabe, señor, y quién lo sabe!

Yendo, viniendo, Isabel, contenta, alentada por la amabilidad del padre para con Alonso y sin tampoco advertir que esa complacencia se ha desvanecido y cómo en este preciso instante su curva alcanza un sentimiento de aversión extremadamente opuesto, se atraviesa, irrumpe, toma partido por la artesanía de los juguetes y se acerca a don Pedro con una tacita de café.

Todas las noches, acabada la cena, mientras en la salita, a un paso de la cocina, retiraban la mesa, don Pedro subía a su despacho. Era el momento en que, a la luz de los carburadores, rompía la faja del periódico llegado por la tarde en el correo, y esperaba el café.

—Te lo he cargado —y ponía entre los papeles la taza ya servida.

Iba don Pedro hojeando el diario, atento, silencioso; de cuando en cuando, un sorbo de café. Algún suceso, un comentario, le animaban a leer en voz alta. Isabel interrumpía para tomar la cafetera y ofrecerle otra taza de café.

—Pero estará frío.

—Bajo un momento. Es cosa de un momento: bajar y subir...

Don Pedro se impacientaba; no quería renunciar al café ni a la lectura. Cuando Isabel de nuevo entraba con la taza humeante, ya don Pedro andaba por otra página del periódico, y no volvía atrás.

Eran temas de siempre: la situación del mundo, una amargura cada noche. Una protesta contra los amagos del futuro: el imperio de las colonias redentas, el peligro amarillo...

—Es increíble —decía, para conclusión.

O saltaba a la crónica negra: la más atractiva, la creadora de monstruos, nutricia de las pesadillas de Isabel. Si entre los sucesos le tocaba leer alguno en que un niño era ofendido, o torturado, oscurecía la voz, se le empañaba. Miraba Alonso, desde su rincón de los sueños.

—Juega tú, hijo mío.

Isabel, con más admiración de la precocidad del niño que no terror de la noticia ni preocupación de sus efectos, o el porvenir de ese precoz niño, exclamaba:

—¡Pobrecito! Se da cuenta de todo.

En ocasiones, el padre fantaseaba una explicación absurda, sometía la palabra a un salto que desviase el sentido real y verdadero del relato. Alonso los contemplaba con estupor. No aceptaba Alonso el desurdido, pero no se atrevía tampoco a preguntar.

Aquella noche, el padre no subió al despacho. Quizá porque Alonso no se moviera, no le cogiese una corriente, un mal aire, arrebatado como lo veía en la fiebre

de reacción de la vacuna. Alonso era fruto único, tardío. Llegó cuando ya nadie esperaba. Participó así, desde sus días primeros, en la vida de los mayores.

Ese nacimiento le hizo ver a don Pedro los inconvenientes de arraigarse en Centenera. Cada vez que hablaban del asunto, se perdía una vajilla: Isabel se negaba con terquedad sin razones a dejar la tierra. Más aún quería don Pedro a esa tierra: para él era la tierra de sus muertos; para Isabel, la de su vida, y quizá temblaba de otra vida a solas, sin testigos de su dolor de casada con el capitán, el implacable. No comprendía que don Pedro juntamente amara a esa tierra y la abandonase. Para don Pedro, esa tierra era la tierra de su padre, la tierra de un hombre como él mismo, nacido él en Madrid, recogido en un colegio de guerra, su juventud con bandera de expedicionarios, sin tierra que le fuere propia, sin muertos. Para Isabel, era la tierra de su hijo.

Le habían prometido a don Pedro un destino, un cargo en Prisiones entre militar y burocrático. Isabel se negó a salir del pueblo. Pidió el capitán su pase a disponible; expectativa en que, para Isabel, nada perdía. Si mañana lo decidiera, podría volver al servicio de armas y, esos años, en tanto, se le contaban; sería teniente coronel, ahora. Es lo que al producirse una situación de emergencia había instado.

Es lo que le acababan de negar. Quedaría para siempre en Centenera, enraizado como un árbol, pero roto, sin más que ya aguardar el día en que le pulverice, aquí, en la casa de los rayos, el rayo de la muerte, aquí, junto a ese niño, al que adoraba; asustando a ese niño, porque lo adoraba. Destruyendo lo que más quería, lo único que le unía a la vida.

Y aquella noche, cuando Isabel fue a cargarle, como de costumbre, la tacita de café, se irritó de que irrumpieran en sus pensamientos. Insistió Isabel:

—Se te queda frío —y le tendió la taza.

Entonces don Pedro, como trastornado, dio un manotazo y salió por los aires la bandeja, y la cafetera y taza de café. Se revolvía contra Isabel. De repente, echó los ojos al niño y terrible, poniéndose en pie, abrahámico:

—¡A la cama! —gritó—, ¡a la cama!

AMARGO

Amor e infierno todo es uno mismo.

CALDERON

Acostándole, Isabel lloraba. Dormía Alonso en la alcoba del padre; puerta por medio, Isabel. Lo establecieron así una noche de tormenta en que saltó el interruptor, junto a la cuna. También desde aquella noche estaban sin luz; no la conectarían hasta que en la casa instalasen pararrayos. El casero había sido —calavera y tibias cruzadas, peligro de muerte— electricista. Ya por dos veces en la vida aún sin hacer de Alonso, alcanzó a la casa la descarga, marcándola con el signo de una fatalidad ahuyentadora.

Isabel le consolaba; le anunció que, si padre consentía, vendría ella después y se quedaría en la cama de al lado. Prometió Alonso dormirse; la madre salió de la habitación. Temía al padre, Alonso, y le admiraba. ¿Qué hora sería? No rozaba el silencio ni un respiro en la oscura soledad de la casa; y fue entre sobresaltos quedándose dormido.

Como a la medianoche, han abierto la puerta del dormitorio; Alonso ha vuelto a despabilarse. Ha sentido pasos. Conoce esos pasos que son los pasos de la madre. Le podría pedir agua, pero finge dormir. La madre le llama, en un susurro. Sigue Alonso el juego. La madre pone su mano, levísima, en la frente de Alonso; la mano ardiente y seca en la frente sudada. Luego, como a hurtadillas, la madre se encamina a la puerta de comunicación. Iba Alonso a llamarla. Entonces, ¿no se queda aquí? ¿Por qué le engaña? Ahora ¿dónde va? Isabel apartaba la palmatoria, cuidadosa de que la luz no le hiriese, no le despertara. En medio de su angustia, Alonso pensó:

—¡Boba! —Y le daban ganas de reír—, si no estoy dormido...

Pero jugó a estar dormido y, como no se atrevía a respirar, se le llenaba de saliva la garganta. No podía más: le iban a oír, cuando tragase. La respiración se le hizo más rápida.

—¡Qué agitado está! Cariño...

Eso, lo dijo la madre como en un suspiro, creyéndose que todo venía de que el niño resudaba y desprendía la fiebre de la vacuna. Y ¿a quién se lo dijo? Porque, bajísima, la voz le llegaba como de lejos. Había ordenado antes, aginada, el embozo de las sábanas, aprisa.

Alonso no se movía. Enternecido —pero mamá alguna vez habla a solas— de esa voz, apretó los párpados y nadie viéndole dudaría de que eso era dormir. Una oreja la tenía doblada, tapándole bien el oído, contra el almohadón. Luego, esa oreja se le haría más grande y desjuntaría, despegadísima, como un abanico.

Alzó un poco la cabeza y le pareció que la madre estaba en el dormitorio de al lado. Esperó. Bien seguro de que vendría en seguida y se acostaría en este cuarto. No había sentido el pestillo; la puerta de paso no estaba cerrada; por eso oyó.

Sigiloso, fue subiendo la cabeza; atentísimo a no hacer —ni el roce de las sábanas— el menor ruido; liberó la oreja doblada contra el almohadón y que estaría coloradísima, tan caliente. Abrió los ojos. En la alcoba contigua los padres cuchicheaban. Atención: ¿hablaban de él?

—¡Qué inquieto está! Si vieras cómo respira...

Había empezado Alonso a interesarse y se incorporó; hablaban de él; sentado, se emocionaba de verse víctima de la vacuna y le desencantó el oír que su padre decía:

—Eso no es nada; por la mañana, limpio. Ya verás. Y si prenden, mejor; lo malo es la vacuna, cuando no agarra; no hay peligro. Don Angel, mira, será todo lo cafre que quieras, pero sabe lo que se hace.

Entre lo que oía, lo que pensaba y lo que no alcanzaba a entender, iba Alonso recomponiendo frases inconexas, saltos de la conversación. El padre insistía:

—No sé por qué ha de preocuparte.

Y, sin embargo, no se trataba de él. Hablaban de otra cosa:

—La finca, lo que tiene es que dará mucho trabajo. Lo del riesgo, pues...

—No me dirás que esta casa es menos. Cada vez que pienso en lo de aquella noche, lo que pudo pasar... Acuérdate.

—La noche, claro que me acuerdo. La noche y la tarde, porque van dos.

—Por eso. Con la tormenta es como si también fuera de noche. Tú dices la que mató a Iluminada.

—¡Pobre! Parece que la estoy viendo. Fíjate que el rayo entró por la bóveda y cruzó la casa de parte a parte. Pero el que me asusta, ya ves, todavía me asusta, es el de la alcoba.

—Como que nos salvó el interruptor. Si llega a estar la luz encendida... Mira los plomos.

—¡Por Dios!

Hubo como un estremecimiento y un rebullir de sábanas en la pieza de al lado. Alonso no oía. No todas las palabras le llegaban. Habían bajado mucho la voz. Alonso cerraba los ojos y veía las quemaduras de la chispa que atravesó las bóvedas.

—También a esto le llaman la casa de los rayos.

—Lo que no sé es por qué lo de la finca.

—¡Phs! Una finca maldita... ¡Cosas!

Se desentendía. Estaba ahora viendo al tío: don Román, el tito distraído. Los días de tormenta don Román abandonaba sus habitaciones del piso alto; se reunía abajo con las muchachas, en la sala de coser, se sentaba y ponía los pies sobre otra silla. Fue terrible aquel susto: cuando los plomos saltaron y en la alcoba se respiraba ese olor que es el olor de los infiernos, de azufre y cables calcinados. Alonso dormía, solo; un milagro... Desde aquella noche, pusieron la cama del padre en el cuarto de Alonso. Y fueron los recuerdos naciendo y disputándole su lugar al ensueño en los caminos del alma.

—El niño. Sólo por eso. De verdad.

Volvió Alonso a interesarse en los misterios de la alcoba contigua. Acababan de hablar de él. Cuando en familia se referían a él, decían: “El niño...”. Escuchó inútilmente; no hablaron más. Era un largo silencio, tenso, como si también los de la alcoba estuvieren a la escucha. Había desaparecido la luz, amarilla opaca, tenuísima, que antes, al incorporarse, pusiera un filo a la puerta medianera, entreabierta. Pensó que se dormiría, y no se atrevió a echarse para atrás; tiritaba de emoción y de frío. Lo mejor será llamarla. Y entonces mamá le arreglará el embozo —¡Hijo, cómo pones las sábanas!—, cerrará ya esa puerta y no se volverá a ir. A la una, a las dos...

¿Qué ocurría en ese momento en la otra alcoba? A oscuras, al lado, los padres se enzarzaban. Como siempre. No decían palabra, ¿a que por no despertarle? Y jadeaban. Debía de ser lucha muy a la par, anhelosa. Suspiraba la madre, gemía. El corazón de Alonso le golpeaba fuertemente; el ruido de su propia sangre no le dejaba oír. ¡Otra vez la guerra de los mayores! Se van a matar, pensó Alonso. Y se le oprimía el pecho, de espantos. Pues, ¿eso?, era como una risa y ahogada y como las cosquillas de la primita y era de mamá... Cuando todo acabó, el padre, con una voz ronca, dijo:

—No sé. Podíamos comprar esa tierra.

Y, sin aguardar respuesta:

—Yo creo que el Pósito no me niega un pagaré...

Intuyó Alonso que los padres se entendían. La pareció advertir que hasta se acariciaban. Entre el fragor de la briega, a él habían llegado risas, nerviosas, débiles, y gemidos pero como de cariño, derramados, y un sofoco de balbuceos y mimos, y quejas de mentira. Y grititos. Se peleaban. Mamá chilló. Se querían. Tormentosamente. No con los entendimientos de una familia —¿vio él, cuándo, reír a su padre?— feliz. Distinta, era felicidad. Quizá en el mundo de las felicidades, la más intensa. Sólo que esa felicidad habitaba en la otra cara de la luna. Para Alonso, era un dolor agudo y una tregua cargada entre dolor y dolor de terrores sin sentido.

Oyó que la madre saltaba de la cama. Y el padre:

—Bien, pues duerme tú hoy con el niño.

Apenas le dio tiempo a colocarse como antes, a simular que dormía. Entró Isabel. Y Alonso, de costado, con un ojo entreabierto, atisbaba y fue viéndola en fatiga y

feliz, como en el retrato del despacho, frente al sillón. Le doraba la llama su cabeza, el rostro maduro, dulce todavía, rejuvenecido.

Isabel era esto: un noviazgo tardío y un casamiento rápido. No había dosis de novela en ese amor. Había un violento, repentino, salvaje amor. Se buscaban como destrozándose en el amor. Don Pedro frecuentaba el castillo. Muchas veces pensó que el Hidalgo le hubiese preferido. “Yo creo que aquí hace falta un hombre”, se le ocurrió. ¿Por qué no se casaría con Sara? Un hombre como él, de fuera. El hombre necesario. Le encantaba el estilo de vida, la resistencia a la vida, de don Guillermo... No hay que pensar ya estas cosas. Acabó Sara casándose con el médico nuevo: Angel Ochagavía, riojano. Don Pedro encierra un oscuro rencor por ese médico, y por Sara. Un sentimiento de hostilidad, duro, sordo, contra Sara. Un sentimiento que se generaliza: contra la mujer.

Sara una tarde, en el castillo, le presentó a una amiga. Se llamaba Isabel. ¿Cómo no la había visto en Centenera? No salía Isabel en Centenera.

Don Pedro dejó de pensar en los muertos. Se trataba de ir descubriendo la tierra de los muertos. Ir adivinando por la flor las calidades de esa tierra. ¿Isabel? Estas cosas se piensan cuando ya no hay remedio. Aquella noche, don Pedro trazó su plan: la estrategia y táctica para una última empresa de conquistador. Si don Pedro hubiera leído algo más a Napoleón, sabría este artículo, reconocería estas palabras: “En el amor, la victoria está en la huida”.

La semana misma de su encuentro en el castillo, don Pedro visitaba al padre de Isabel. Concertaron el matrimonio para tan pronto como a él le llegasen las licencias. Sus compañeros activaron el trámite. Y el día de la boda, a punto estuvo de la campanada: se negó don Pedro a confesarse. Partió a galope en busca del capellán del Regimiento. Para él un cura era el cura castrense: defendía don Pedro su fuero con la violencia que, si tiene derecho a fuero, le es exigible a todo español. El cura, como de aldea, le parecía entrometido; y no es que se apuntara al cura de ciudad; no iba él a preferir, sobre el ejercicio de las disciplinas, el miramiento de los curas de tertulia y playa. Despreciaba en unos y otro la exclusiva de su celo en el ministerio del Señor. Para don Pedro el cura cura era el castrense: quien compartía su fatiga con el soldado, no huía los riesgos, cuidaba del caído y encomendaba las almas al Dios de las batallas. Vestigios, imborrables, de quien desde los cuatro años iba para militar. Soñaba con el transporte de esos métodos, de colegio y órdenes de Caballería (—Ya sé lo que quiero ser —había dicho una mañana Alonso.— ¡Concho! Pues tú dirás... —Príncipe), a la educación del príncipe: el hijo. Su único hijo.

Para quien, ahora, no había duda: por encima de él los mayores se entendían. Pero la sospecha le aterró: ¿irá a tener un hermanito? Cuando los padres se pelean a solas, en la cama, es que luego traen un hermanito. Se lo había dicho una tarde, en el cuarto de los juguetes, Inocenta.

Y durmiéndose, iba Alonso pensando que la primita y él se acariciaban y luchaban, pero que, cuando tuviesen una cama, en seguida se pondrían a hablar para

que les viniera un niño.

SEGUNDA PARTE

LOS NAIPES

LA FINCA MALDITA

BLANCO

... un ángel desalado mas risueño en madera le monta y sin estribo.

UNAMUNO

Amanece blanco y rojo en las colinas; loberas, negras chaparras barbean una lejanía gris, de formas imprecisas. Gorriones a bandadas chillan, se persiguen, se dan el pico, saltan a una ramita y beben el rocío del alba, caen a tierra, sacuden las alas, trémulos, pían, desaparecen. Se cristaliza la escarcha en la besana, de labrantío moreno; un salpicado luciente de frescor enjoya las hojas de los rosales. Bajo las encinas, un ruedo verde, más tierno, se abre dentro del ruedo de la sombra. Riza su espuma el agua en los perdederos. Cantando, las escardadoras peinan la senara; contra el humo blanco de los carboneos se labran las alas del ángel aperador.

La primavera es honda en Extremadura. Se funden los olores de la hierba recién segada y el denso amargor pomposo amarillo naranja de la retama; exhala de los aromas del nardo y la azucena la grieta berrocalera; los redondos añiles de la umbría espesan el monte; corren los adelfos la ribera de las aguas llanas, y el lentisco señorea un horizonte de eriales.

Hay en el pueblo muros de enredaderas y campanillas azules; los tiestos de la roja flor en la ventana. Un vaho de establos concierta con los campaneos y las esquilas. Del pueblo al campo se extienden los habares de flor azulenca, el chicharal de puntitos claros y puntitos amaratados. Curichea en su jaula el perdigón. Rayan el aire las golondrinas de vuelo negro y blanco, y nido en los balcones o las traviesas y sanjuanés de los doblados; el recorte repentino, lustroso el plumaje azul oscuro, todo blanco el pecho y la banda ahorquillada ancha de la cola; rasgada la boca; las alas estiradísimas.

En la casa de los rayos, Alonso apenas salía. Marcaban la primera siesta el cloquear de las gallinas en la calle, ardida y sola. Una calle que Inocenta llama de *Isabel palote de Castilla* y es para Alonso calle de *Isabel y de Castilla*; esquina a la calle de la Reinanta.

Aquí no hay calles. Resalta en la explanada la casa, de muros ahumados, en el

abandono. Muchas tardes Alonso ha soñado esta casa desde un balcón. Pero no es la casa de la sierra; no da a la sierra.

Se levanta en un rellano de piedra lanchar; delante, en el atrio, entre la puerta y el pretil, se esponjan cuatro tilos poderosos; Alonso llama lilos a los tilos. El atrio le recuerda la ermita, de lilos camposaneros. Él bajaba arropado de primas, en su abrigo rojo esplendoroso, como hecho de una capa del capitán. Sonaba, esa noche de vísperas y el día de la fiesta, la banda venida del pueblo grande, el pueblo de los ricos.

Y los pájaros cantan como quizá cantaran en el álamo. Para Alonso, todo árbol es álamo. A un extremo del atrio, a la parte de afuera, se yergue la torre: un aparejo de maderos con escala de caracol y en lo más alto la garita del vista, vigía de los posibles incendios del encinar.

No todo en la finca es encinar. Desde la torre, Alonso entendido en árboles distinguiría: esto es encina, eso alcornoque.

En mayo iba Alonso de romería con las primas a los cercones del castillo. Las muchachas bailaban alrededor de —no era encina, tampoco no alcornoque— un mesto. En la cruz del mesto Silvestre tocaba el acordeón. Pateaba Alonso el Torviscal y compraba a una viejita del pueblo grande gambas saladísimas, resacas. Empinada, junto a la carretera de Alcándara lucía la caseta del caminero; mozo el caminero, en el sombrero ancho y claro su escarapela de cintas nacionales.

Aquí también los guardas tienen escarapela; es de galón rizado. Pero los guardas visten uniforme; guerrerilla corta, de cuello redondo y vueltas de paño colorado; sobre las botas una polaina de cuero en negro que hace bombacho el pantalón. Por la chaquetilla se entrevén los botones del chaleco; y esa misma botonadura, a juego, alegra las bocamangas y las caídas del pantalón.

Hoy Alonso ha contemplado en su uniforme a la pareja, los guardas de la casa forestal. Don Pedro le ha dejado en la caseta y ha partido con el guarda viejo, a caballo, a ver la finca. Además tiene el guarda una bandolera que le cruza de hombro a costado el pecho, y al salir se ha llevado una escopetita que se llama tercerola; cosas que, desde luego, un peón caminero no tiene.

Hubiera gustado de ir con su padre y el guarda viejo. Una vez anduvo las viñas del tito distraído, y las primas cogían azucenas en los canchos; era por mayo y a la tarde, en la iglesia, bajo el altar, de fondo azul celeste, las muchachas echaban flores a la Virgen.

El padre ahora andará con el guarda allá por las cumbres donde el hacha resuena; ha visto Alonso, de camino, la llana polvorienta del rebaño, y ha oído como en un inmenso campo de pascua el cencerreo de los moruecos. Su padre se ha irritado mucho de unas cabras que triscaban y rompían las yemas de los olivillos. Nunca hasta hoy había visto, y nunca se la imaginó, la flor del olivo, flor menudita, blanca y azulada. Luego, su padre, a la puerta de la casa forestal se ha indignado también de unos puercos, negros y pequeños, que hozaban cerca del atrio, fieramente.

Ha ido cayendo la mañana, la luz variándole el color a los campos: verdes brillantes del bajo, a la rueda del agua, en la cañada; ocre de la casita, sin jalbiego; los dorados de sol de la torre en un cielo de nubes de espuma, leves, traslúcidas. Repiquetea, mediada la mañana, el canto de la pajarería. Todo pájaro es para Alonso un pájaro. Él no distinguiría entre el gorjeo del ruiseñor pardo rojizo que, pasado mayo, no canta, y el chuc chuc monótono de los mirlos, negro, pico amarillo, que corren el suelo y anidan en el matorral.

Cuando Alonso ha trepado a la torre en busca del otro guarda, ha podido ver el tejado de la casa comido del sol, pálidas las tejas, rotas, roídas de un liquen sediento gualdo.

El guarda en la torre no parecía que mirase a la descubierta de ningún riesgo de fuegos; el guarda hojeaba un libro desencuadernado, que conservaba sueltas sus pastas de badana, empezaba en la página 203 y en la mil se interrumpía, sin que supiera Alonso las hojas que podían faltar y que le habrían sido arrancadas. El guarda joven no le hizo mucho caso y aun se enojó de que deletrease, *El barquero de Cantillana*, título del libro. No quería a nadie en la garita. No contestó las preguntas de Alonso. Y dijo que los niños, y ni siquiera los hombres, no tenían derecho al mirador y que no se le ocurriera hablarle, porque él estaba de servicio.

Cohibido, al cabo de un rato de callada hostil, Alonso bajó la escala de maderos bamboleante, y anduvo los alrededores, cubiertos de maleza. Vio arrancar de los altos de una cancha una bando de chovas negro metálico, los visos cárdenos, en vuelo a los encinares de poniente.

Pasó el guarda joven hacia las tinadas. Y solo, fue Alonso alejándose de la casa, campo adentro. Silba la oropéndola, muy metida en su hamaca, sobre el follaje, y escapa en un vuelo verde amarillo de alas negras, como un esmalte vivo y fugaz.

Alonso entre las zarzas donde la mora ya se rinde, ha descubierto, inmóvil, triangular la cabeza, labra y fulgor todo, un lagarto. Lo sospechaba sin vida y, aunque cuidadoso de no acertar, le tiró una piedrecita; el lagarto apenas se turbó; ladeó la cabeza y le regresaron las impasibilidades a su estampa de joya calada de verde y sol. Aburrido, se fue a sentar Alonso en la hierba y principió a contarse historias a sí mismo. Historias de sí mismo.

Él era aviador; las muchachas salían a la puerta, a verle. Era una rueda con mil ruedecitas, planas las alas, el timón arriba: se llamaba *Azul*. Lejos del barro, disputándole cielos al pájaro, más allá de la nube y la luna; a veces la luna se equivocaba, nacía antes que la noche, cuando sobre la tierra todavía quemaba el sol. Más allá de los pájaros, que le huían, en un asombro de terrores. Más allá. ¿*Azul*? Se llamaba *Más allá*. Pesaba más, pero menos, que el hombre en el aire; no podría caer.

Y vería las casas, pequeñitas, como el día aquel en que las mirara pegado a la campana gorda, desde la torre. Podía *Más allá* hacer un alto en la nube, tomarse una vacación. Nubes allá, es el aire plata fría, nauta él de la luz, corazón del pájaro gigante, escarapela de aluminio la hélice, las alas brilladoras, en la llanísima ruta por

hacer. Vería Sevilla y ahora Madrid, que eran los extremos en el mundo de los nombres de Centenera. Mamá se asustaría muchísimo, y contenta, como si le viera, más, pero más, montado en el Cartujo, galopero de la carrera de cintas el domingo de Piñata. ¡Qué hijo tengo! ¿Veis? ¿Lo veis? Ya es aviador... Alonso Quijote Mora. La mitad de los años que hoy tiene, esos tendría cuando aquel señor amigo de papá le saludó y, como si no supiera su nombre:

—¡Hola, Alberto!... ¿No te llamas Alberto?

—Soy Bartolo.

Y en seguida, jugando a ser, pasillo va pasillo viene, a la carrera:

—¡Soy don Quijote!

Vio a lo lejos un nido inmenso, de cigüeña, en un árbol. Eran cigüeñas muy distintas a la cigüeña del campanario, cigüeña de la rama leñosa, la tierna aulaga, en el pico, largo, recto y encarnado, a tono con las zancas, tan altas. Es la cigüeña negra extremeña: el plumaje negro, el vientre blanco; anida en la cruz de los árboles, en el árbol roto de ese alcornocal, dominadora de la charca de peces de légamo y barro. Si se acerca al pueblo, las cigüeñas de la torre, cigüeñas blancas, la persiguen; si pueden, la matan.

Volviéndose para casa, porque había sentido caballos y pensó que serían los de su padre y el otro guarda, el guarda bueno, se acercó a una charquita. Hendía el sol las luces paradas de las aguas y a trechos aparecía el fondo, la ciénaga de hierbas y carrizos; agua estancada verde, rodal de fínfanos a la alborada y el anochecer. En la barranca de cardos se abría un caminito de juncias y de helechos a los dornajos del abrevadero. Aromaban los poleos de hojas ásperas de menta; cubrían la sobrehoz inertes, anchas, las ninfeas... Recordó la charca boyal de Centenera.

Él era mayoral, zahones de cuero, bota de correíllas. Un mayoral de reses bravas y muy negras. No había oficio más para valientes: se acercaba al toro, y el toro le aguardaría de rodillas en la pastiza, subida y fresca, de los novilleros; y él pasito hacia el toro, llamándole por su nombre —¿y pues qué nombre?—, Jabonero, aunque sea negro, negro, negro berrendo, Mulato, Mate, Azabache, le daba de comer los ramujos en la mano; le acariciaba los hombrillos, los rizos melenos. Bravos toros cargados de sangre, nerviosos y aplomados; quietos en la dehesa. El toro es el único animal que llora, había dicho tito Román. Verdinegras las astas y a lo largo de los lomos una raya clara; paso a paso, mirándole; estremecía el toro la mañana, de ese mugido que paraliza al hombre y el pájaro... ¡Quieto, Jabonero!

—¡Una cerilla! —chilló—. Me ha picado una cerilla...

Y se llegó con el dedo en alto, corriendo, al tiempo que don Pedro dejaba el caballo y se iba a sentar, con un vaso de vino tinto, negro de tinto, en la mano.

—Me ha picado...

—¡Daniel! ¡Oiga, Daniel! ¡Pronto! A ver si hay cebolla. Le ha picado una avispa.

AMARGO

Es la tierra de los pueblos de diez mil almas, que no son dueños de nada, y de las dehesas de diez mil hectáreas que pertenecen a uno sólo.

JULIO SENADOR

En el atrio de la casa forestal, ha tomado el guarda entre sus manos duras y callosas el dedo de Alonso; ha extraído la saetilla venenosa del aguijón:

—¡Ajajá!

Y ha frotado el enconamiento con cebolla. Se mezclan en las sensaciones de Alonso el chispazo de la punzadura, el picante frescor de la cebolla, el escozor, y un zumbo hirviente, amarillo continuo, de la avispa negra y oro. Todo el mundo es insecto. La mariposa miniada, que torna levísimos los principios de la gravedad; el revoloteo de los moscones espesando la dulzura de la primavera; las libélulas de tul verde polvoreado. Y aquel lagarto piedra viva, inmóvil. Y los mosquitos en nube apretada baja, condensándose en la umbría.

Daniel ha vuelto a las cuadras y ha mandado echar una manta al caballo de don Pedro.

—¡Yo qué tengo que echar ninguna manta! —le ha respondido el guarda joven.

—Porque el caballo, ¿o no se ve?, es una pura espuma... ¡Mendruco, que eres un mendruco!

—¡No me hable de ese tono!

Las voces han llegado a don Pedro.

—¿Qué es eso?

Daniel se viene al atrio y no dice palabra. Eluden la discusión ante don Pedro. Y a don Pedro, ¡él, susceptibilidad de rayo!, se le pasa con el recuento de lo que ha visto y las posibilidades de la finca. El guarda nuevo, que ha echado la manta al caballo, se sienta como por un respeto, aparte, a distancia del capitán, el viejo y el niño.

Lo que don Pedro en su recorrido ha visto es una raña, un regato y el erial que se domina desde la caseta. Ha seguido las lindes y ahora toma papel para, grosso modo, fijar el polígono.

—Subimos de la cancela a esta casa. Y sin perder la arada bajamos, derecho, de la

casa al regato, que es otra andadura como de la cancela a la casa; y aun la misma mala tierra.

—Tierra..., sí, una tierra suelta, mucha en grama.

—Lo propio para viñedo. Paso el regato y doy en una barranquera.

—Rodeando, se puede salvar, que es desmante, pero muy a tajo, y ya está en la raña. Una tierra peñuela; matorral, lo que usted pida. Al fondo de la raña empieza la sierra de la Mota.

—Exacto. Y a la mano derecha según entro en la finca, pues como otros dos tercios, monte y canchal. De manera es que: de la casa para arriba...

—No hay arriba, don Pedro. La casa está en un alto, este alto, que es como la divisoria del liego que usted llama erial. La tierra, desde la casa, baja siempre. Hacia el río, que es lo que vemos enfrente. Y a las espaldas, la otra bajada, o sea, de aquí a la puerta de la finca.

—De acuerdo. Enfrente es a mediodía; el eriazó acaba en un arroyo. Pasado el arroyo...

—Usted dispense: y lo que aún queda, que es mucho, es la raña. No la hemos pateado porque nos cerraba el paso la jara y la chaparra. Luego, a la derecha de todo esto, desde el recodo del regato, hay un naípe de alcornoque, al poniente, siguiendo el camino. En cuanto que traspone usted la finca, por ese camino, ya está en los estribos de la sierrilla, la sierra de la Mota.

—Daniel, pues yo le digo: esto, para viña y oliva. La vega...

—¿Qué vega?

—El hondo. La que vamos a hacer... Esa pastoría de novillero, poca, en la que manda el río, y ya lo haremos río, para vegas.

—La noria es mora; la carrucha, inútil.

—Deje, deje...

—Pues cruzando, antes del talud hay una fuente. Medicinal, por cierto, y muy sucia; plagada de hierbas, pero manadera. Hay un rinconcito en esa poza, donde yo no me repugno de chapuzarme. Y en seguida, sube la loma.

—La raña.

—Una loma de tomillares. Y no crea usted, no le falta la mata de cantueso, y romero, ni la mancha de brezo y el lentisco. Un replano, o sea...

¿Cómo le diría? Una raña... Llana de cantos al pie de la serrata, sobre el río. Jaral, sólo accesible a la cabra. Ya él se sabe rañales que son dehesa y hasta de labor. Pero eso es tarea para más de una vida.

—Desde luego, con la raña, poca cosa, pero algo se podría. Habrá que rozar. Y un buen descuaje. Lo importante es que el río no se ciegue; que era río, y hoy, usted lo ha visto, un hilito apenas, y eso que estamos en mayo.

—¿Cómo no se les ocurrió transformar la raña en finca de cultivo? Yo la removería de arriba abajo.

Sí, es mucho lo que la tierra necesita: desmontes en el matorral; la hoja encinera,

adehesarla. Don Pedro sueña un momento la finca nueva. No es granjería; no, no es la granja del retiro, esa finquita de militares en la reserva. El descuaje debe contar con las chaparras: profundo, pero no que lastime al arbolillo ni las raíces. Esto se le presenta como un trabajo heroico. Hasta ese poco de alcornoque puede, pero que muy bien, ser adehesado. Don Pedro imagina, sí, la belleza del monte en primavera y se figura este monte como ya suyo: monte bajo y monte arbolado.

—Yo el alcornoque lo acercaría a la casa.

—¿Por los rayos?

—Por los fuegos. El fuego se detiene en el alcornoque. El fuego no lo daña. Lléneme el vaso, Daniel... Esto, ¡menuda finca de cultivo!

Ha sido, en muchos años, su primera caminata. La naturaleza se clava en esa piel, sensible. Da unos pasos por el atrio de la casa. Anda como aspeado. Él primera lo advierte, comprensivo; lo intuye, y se le afirma su viejo desencanto.

—Tenemos sol. Tenemos la tierra. Hay que llenar de agua ese regato: un río, eso es lo que está pidiendo.

Vuelve a la puerta y repara en las paredes. Sonríe:

—Está bien la casa...

—¿Ve esas paredes?

—¿Quemadas?

No había ingeniero que les durase. Don Pedro sabe la historia externa de la finca: desamortizada, expropiada al municipio, fue repartida en suertes. Su nombre le viene de ahí: Naipes. Rápido, acabaron en una mano; muerto el propietario, sin descendencia, volvieron al patrimonio forestal. Manda en la finca la jefatura. Pero la jefatura de Montes se halla lejos, se halla en Alcándara, y los ganaderos del pueblo grande, los cuatro ricos, aprovechan: hacen la vida imposible a todo aquel que mire con buenos ojos la finca. Tampoco, nadie, se atreve a comprar: corre una leyenda de conjuros de maleficio...

—Como que la llaman así: *La finca maldita*.

—¿Por qué?

—Los ganaderos son mandones. ¡Velay! Todo el que la ha pretendido, para una mejora, o por quedársela, ¡punto! Acababa con las orejas gachas; se las jopaba.

Para don Pedro es prueba de valor. Espera que en la capital le hagan concesiones; no tanto de precio como en el pago; quizá no le sea tan fácil lo del Pósito. Comprará. Esa leyenda de embrujamiento no le inmuta; en estrategia, un recuerdo sombrío defiende ciertos pasos: por eludir el fantasma de Bailén, Napoleón rodeó y envolvió Despeñaperros; si se mete en la finca, los augurios mismos de su cenizo la protegerán. Él se propone un empréstito, ¿será posible?, con garantía hipotecaria sobre el aumento de valor del suelo. Gustaría de consultar a don Narciso, en Alcándara. Podría el coronel, padrino de Alonso, montar una partida, un tresillo en el Círculo. Con el Pósito no debe contar; no hay que rebajarse.

—Compro.

El guarda joven ni se acerca ni se va; pendiente de cada palabra, se hace el distraído pero —lo cantan picaros los ojos de Daniel— resuelto a escapar y confiarles cuanto sepa a los ganaderos. El pueblo grande es el pueblo del médico, en la calzada, camino de la capital.

—La compro.

Hasta esa menudencia de encina y alcornoque..., calcula don Pedro. Y va en todo viendo su propia imagen de Extremadura; lo que fue: un bosque, alfombrado de ramujo. Cuando no habían venido el fuego, la tala, ni las plagas de lagarta...

—Desde luego, hay que adhechar ese monte. ¿Por qué no se viene conmigo a la capital?

Y no puede el guarda joven contenerse. Ve al primera que duda; interrumpe:

—¿Pero cómo hablan de irse? ¡Irse! Con todo lo que hay que hacer...

—Lo que haya que hacer, aquí, y lo que haya de hacer, yo, yo, es cosa mía.

La resistencia, y segundas, que le atribuye al guarda joven, le empujan. Como además irá a la jefatura, nadie le puede decir ni esto.

—Y así también tú, si es que lo quieres, te vas a ese pueblo, a ver si te dan algo...

El aludido se revuelve, fiero y mudo. Un punto socarrón, el primera insiste:

—Para la terciana. ¿No tiritabas de tercianas?

El guarda joven sale disparado.

—¡Tercianas! —dice, como en un aparte Daniel—. Éste se va a chivatear, de inmediato.

Daniel, guarda primera, hizo el servicio con el padre del capitán. Y al servicio le debe su destino. Su pasión es la lealtad doméstica: seguir fiel al hijo como lo fuera, fiel, para el padre.

—Dejo al niño y tomamos el tren, de mañana.

—¿Mañana? Yo, si me está el decirlo, no me esperaría a mañana. ¡Ni un momento! Y no bajaría a la estación, que es la estación del pueblo grande. Yo saldría ahora mismo para la capital, a caballo, por el río, hasta bien pasado ese pueblo.

—¿Daniel? ¡Andando!

Les llevará ese camino cuatro leguas, de cordel en cordel, por tierras de mesta. Habrá que almorzar; habrán de hacerse las cosas con cuidado.

—Ensille. Me adelanto con el niño. Nos vemos en el cruce del Torviscal. ¿Tiene buena hora? A las cuatro.

Tiró don Pedro para Centenera. Al otro lado, rebasada la finca, era campo abierto, de berrocal y cuatro espigas. Dejó al niño en casa. Cambió de ropa, dio a Cartujo descanso y cavilación al pensamiento. A las cuatro de la tarde pasaba el pontón del río frente por frente del castillo, en las lindes del Torviscal.

Mala suerte que don Guillermo apareciera. ¿Daniel? Le pareció intolerable hallarse en el cruce antes que Daniel. Un minuto, y seguiría; solo; el guarda, al fin, ¿qué pintaba en sus gestiones de la capital?, sino que de siempre el caballero se echó al camino con escudería, y Daniel...

—¡A mandar!

Le había precedido. Y lo que, viejo guarda, había hecho es tomar precauciones, no dejarse ver.

—¡Concho! ¿Dónde estaba el hombre?

El hombre espiaba metido en un puesto de aguardo, aunque sin perdigón; maneado Careto, y a pelo, en un vadillo de la ribera. Lo llamó en un silbo sordo sesgado, y albardó.

—¡En marcha!

Daniel no da explicaciones. No va de chaquetilla; se mudó, se quitó en casa el uniforme, pero echó la tercerola a las alforjas.

—Todo se hablará. Lo primero, digo yo, es que a la finca se le saquen los demonios. Que deje ya de ser finca maldita. Me preguntaba usted que si creo en las brujas. Las meigas... Yo hice el servicio con su padre y me tocó de furriel en una compañía de gallegos. No quiera usted saber...

Saber, lo que muy bien sabe es emboscarse en las respuestas. No porque don Pedro indague, obseso de su idea: su operación; seducen a don Pedro el temple y entereza del guarda viejo. La piedra que pisan es un hilo de historia, desde la hora de Ordenes al momento. Marcha el camino junto a la vía de Roma: la calzada. Por el solo nombre de las tierras, se podría reconstruir: una crónica general de usurpaciones, desposesión, espasmos migratorios...

—Aquella es la Encomienda y lo de más allá el Asiento. A la derecha según vamos, el Quinto: un pasto para quinientas ovejas; al otro lado, cañada real arriba, la Talaya: ¿ve usted esa encina?; pues todo lo que hoy queda; y todo eso era monte. En seguida salimos a una torre: el Mayoralgo.

A su paso, en el campo se levantan y se les cruzan las figuras: el serrano en su mulo.

—¡Vamos, Tordillo! ¡Buenas y con Dios!

—¿Qué, del apeadero?

—Del Enclave.

—¡Ah!, ¿viene de Santiago?

Hacen un alto para convites y trasiego de la cantimplora: el trago de orujo como un rito de exorcismo contra los aires malos de la sierra. Y siguen.

—¿Para el pueblo?

—A la capital.

Don Pedro y el guarda caminan en pareja, el capitán mirando los campos como un teatro de operaciones.

—Siglos tierra de nadie, pasto de la rapiña.

—Y que lo diga usted. Cada cual ha cogido no la tierra que necesitaba, ha tomado toda la que se le dejó tomar. No hay un solo deslinde, donde usted ve, ni uno solo que lo sea por motivo de trabajo: todo para renta, y más, y todo renta.

Es la tierra de extremos, finta de tierra que corrían los reyes leoneses; el moro

abajo, a un flanco el portugués, al otro lado la absorción centralizadora de Castilla; en un último esfuerzo la orden de Santiago traspasó la raya de ese río de nada que se llama río Salor. Y que don Pedro y Daniel ahora mismo salvan por el puentecito de sólo un ojo y piedra de Roma, para ver en una miliaria el hato de un labriego.

—No andará ése muy lejos.

Y claro que no. A un tiro de honda, menudo, inclinado, el labriego del hato se obstinaba en arar con un asnillo el baldío.

—Uno que no gana ni para sí. Ni produce ni consume. Ahí tiene usted una de las causas, y nada pequeña, de la ruina del campo.

—Es que esto es una miseria. No se le ve remedio. Aquí para una cosecha hacen falta tres años, o sea, las tres hojas, la rotación a tres hojas.

—Y ¿por qué empeñarse en cultivar? Lo ganancioso en tierras así es el ganado.

A la altura de un coto resuena el repiñar del macho en celo; rompe de cuando en cuando el seco doble estampido de un tirador. Como en Centenera, la tierra es de millares y de heredamiento. Mayo a trechos se revela en un claro de cebazal; en los tostados amarillos de la avena hincan su divisa rojo y luto las amapolas abrasadas; centellea la desértica lividez de las erías. Rondando merineros, en una peña, se recorta la silueta de un pastor. Rebota en el horizonte el cuc-ú, cuc-ú de los cuclillos de estirada cola, grises, blancos, destructores de la oruga.

Pegado al poste del telégrafo, un niño escucha los misterios del azul en los cables. Otro más pequeño niño, sentado en un terrón de gleba, martiriza a un gorriato en el despeluche atado de un hilo. Un artista que los viera en ese primario instinto cruel, divinizaría; compondría el tema del pajarito: el Niño del pajarito, bronce o cuadro de piedad.

La capital se aproxima. En una casa fuerte, a las afueras, anidan los vencejos, los fugitivos vencejos voladores negro ahumado, enemigos de las bajuras de la tierra.

—Es que, ¿sabe usted?, lo volador que es ese pájaro, pues se le pone en el suelo y no arranca. Por eso estos bichos, que son muy listos, y tanto que se meten donde sea con tal de no hacer el nido, no quieren bajar a tierra.

En el picadero de la casa fuerte, a la noche, ¿y ésta será de luna?, se planta el ciervo de brama templada rumorosa. Hasta que otra ronca le oye y replica desde los oscuros del tomillar. Es una lucha hermosa: el morro al cielo, corvo el cuello hacia atrás, solemne la astamenta, los cabos finísimos para el brinco y la fuga: la boca abierta, jadeantes...

Se oye y no se ve, entre un son aflautado de sapos en celo, o de esquilas, una voz que canta. Manda el rebaño. El rebaño es ahora mayor y de respeto: es un encierro de reses bravas. Don Pedro piensa con angustia en el niño del pajarito. ¿No se le echará un toro de éstos encima?

—¡Ca, éstos ni se mueven!

Y éstos, son esos toros tremendos, de tres rodetes y la cuerna lisa. Toros así como de cinco años. Perlinos, cárdenos, salineros, berrendos; berrendos en negro y en

colorado. Recuerda don Pedro la plaza del castillo, plaza placita de fábrica, para tentadero; allí con don Guillermo y de cerca, más de una mañana y de una tarde escuchó al conocedor, escenas de herradero y de acoso y derribo en los alrededores, la prueba de la sangre, la fiera en los corrales y chiqueros. ¡Pena de Hidalgo! ¿Cómo un hombre tan hombre se recluye, rendido de su misma soledad?

—Entre los caballos y los cabestros, ni se mueven.

Cabestros de encornadura varia y toda para desecho en viejas tientas: playeros, brochos, cornalones... Dehesa adentro en dirección contraria, al mando del mayoral, figura que se ennoblece al contraluz de escarlatas de la tarde y pone en los pulsos un temblor de sangre cargada de primavera. Encajonados en ese pasillo natural de los mansos y los caballistas, marchan a la plaza de carros de un poblachón en fiestas o la ruleta de vida y muerte del ruedo enarenado amarillo de la gran ciudad.

Pero ¿ése? Carbonero, astifino, el asta verdosa, fañada la oreja en fantasía de zarcillo, que escapa del tropel y se viene a la barranca, bien plantado y cuadrado, el morro de mugidor hondo y triste, del pecho de los hombres que no lloran y lloran... Esculpida en el vacío la cuerna de puñal acabado en base, cuello, centro, pala, punta y pitón. Le corre, le corta las vueltas, y cuando se le va el toro a la jaca, pinturera y melena, le llama el conocedor, cálido, monitorio: “¡Amargoso!”... ¡Eh, Amargoso! Y basta.

Cruzan a los rayos de un sol en poniente los aleteos mil y noche de los pájaros. Palmas de soledad y morería denuncian el murmullo de sed de tántalos de una noria cercana. Carmín y oro levantan ocasos inacabables, de nubes gruesas, rotas, lentas, sobre el azul celeste.

—Esa encomienda se la dio el rey a un veterano. Por eso la finca se llama así: la Encomienda.

Terrateniente, el Estado cedía no las propiedades, no fuera luego el dueño a venderlas, el dominio de las fincas.

—Que es lo que ha debido de pasar con Los Naipes.

—Sí, don Pedro. Eso era un monte de utilidad pública. Y un poco de pasto; nada. Centenera tenía bienes propios, arrendables, de renta para los gastos del Concejo: y que son El Hocino y, pero que ya no lo son, La Tinaja, La Higuera. Y tenía bienes comunales, de aprovechamiento de los vecinos. Bueno: Los Labrados, La Dehesa, El Alcornocal; de éstos me creo que sólo nos queda La Charca. Charca boyal, desde luego; si una yunta forastera se deja caer por allí, el guarda la coge y se la trae al corral del Concejo... Sí, algo como eso era Los Naipes.

—Ahora nos lo dirán.

Y antes de que la noche cerrara, estaban en Alcándara. Don Pedro no iba a esperar; se fue al casino, el Círculo, y mandó propios con esquelitas: un recado a su compadre, el coronel. Esta misma noche se vería con los ingenieros. Le pidió al coronel un tresillo y que para la partida enganchara a don Narciso, el civilista, y al director de Seguros Clavijo, el catedrático auxiliar.

Daniel en tanto cuidaba de, Cartujo y Careto, los caballos, en el parador de la Magdalena. Le parecía que había hecho lo más grande de su vida, empujar a un hombre de empuje, y se podía ya morir. Sólo que, cenando, masticaba despacioso, con aseo, porque rumiaba y esto es lo que le contenía y le debía de animar: la esperanza de asistir al entierro del otro, el joven, el mocoso de su compañero. Pidió una botella de lo mejor de la Mota. Y... honradamente: se determinó a esperar.

6

LOS CAZADORES

BLANCO

Y en testimonio de la maldad / continúa la tierra desolada, humeante.

SAB. 10-7

Ardan los troncos bajo la campana de la chimenea. De la casa a la cancela, de la casa al regajo, la verdina enciende su luz en los eriales; en los chopos de la ribera el verde se anaranja. Los días de tempero, aprovechando, han roturado el monte; en la hoja de labranza se ha tanteado por la primera vez, este año, la sementera: unos cuadros de cebada, algo de trigo, un rincón de avena. Alonso ha oído el campanileo de collares de la yunta, la voz cansina ronca del gañán tras los bueyes levantando el barbecho de una tierra virgen, siglos en posío.

Llevan algo más del año en la finca. Hoy es San Martín. Antes, aquí, este día celebraban junta los arrendadores, alcaldes y justicias, y guardabosques; se apalabraba la montanera. Don Pedro no festeja el día pero ha dado un cebón a cada guarda. Entraron en Los Naipes por San Miguel un año; bastó a don Pedro de mayo a septiembre para arreglar todo el papeleo. Han echado un remiendo a la caseta de los guardas; don Pedro no sale de la finca; algunas veces con él viene Alonso, que es ya un mocito de ocho años. Don Pedro sueña en la cumbre otra más espaciosa y bien alzada casa cortijera. En la tinaja día tras día buscan fondo los orujos; está para cata el vino fresco. El tiempo ha sido no de lo mejor; el regato no corre todavía. Por momentos se presiente la tormenta. Esta misma tarde, camino de la casa, el primera Daniel, que ahora es guardajurado, ha dicho:

—De hoy no pasa.

Viniendo, ha visto Alonso la chorovita de larga cola plana, y se ha llevado un susto formidable: al meterse a caballo en una punta de ovejas, se les ha echado encima la mastina. El susto de Alonso no ha sido por sólo esa mastina canela clara, grande como un potro; sino que don Pedro ha puesto de manos al caballo y ha cargado sobre la mastina, que armó un estrépito de ladridos fugitiva. Ha sacado don Pedro un revólver y ha encañonado al pastor:

—La próxima, y no lo cuentas.

Es pastoreo de los ricos del pueblo de San Martín. Pero con don Pedro hay una tregua: es el Capitán. Y en capitán ve la finca: unidad reducida y bastante, como la Compañía.

—Abre esa puerta.

La puerta estaba de par en par. Lo que ha cerrado es el cielo. Un cielo que más parece de agosto, con sus nubes de pira y luto y la aguda chillería de los pájaros y las sombras calientes. Cruza ante la ventana un verderón asustado. El crepúsculo palidece. Viene un retumbo de vidrios de los altos de la casa. Avanzan las nubes en un oscuro ahogo. Ha habido que cerrar la puerta, batida por un viento húmedo, terrero, que a ráfagas alisa los yerbazales de la ería. El cielo plomo y rojo, bajísimo, se llena de pájaros y de hojas secas: el pardillo, que anida en el suelo de las viñas; el petirrojo, de pecho colorado y escondites en la zarza; las grajillas frecuentadoras del encinar... Estalla el trueno.

Alonso acude a la ventana. Evoca la casa de su niñez, en el pueblo: la casa de los rayos, de que se envanece como un timbre de fatalidad, de miedo y de misterio. ¿Qué será de mamá? Pero mamá ahora mismo no estará en casa. Con las primeras de la tormenta se metería en casa de los tíos. Don Román, el tito distraído, habrá bajado de sus habitaciones para también estar con mamá y con tita Fermina, en la sala, donde las muchachas cantan y de seguro que hoy no cantan. Habrá puesto don Román los pies en otra silla y la tita irá recontando a la vista de las tablas su ropa, ¿qué prendas se le perderán?, en el lavadero.

Gordas gotas encortinan la ventana. Viene un segundo trueno, todavía de lejos y, para asombro de Alonso que miraba hacia mediodía, donde retumbó, rasga otro relámpago el poniente, sobre la dehesa.

—¡Son dos, dos! —grita—: dos tormentas.

Y renuncia a la ilusión de ir —uno, dos, tres, cuatro..., por treinta y tres; pero apenas sabe multiplicar— calculando por la velocidad del sonido la distancia.

Llueve a cántaras. Los relámpagos se suceden sin tregua ni sosiega. Es tal si fuera medianoche. Hay a los ojos una única luz: el monte lleno de luz, todo temblando. Caen rayos como árboles, desenraizados, boca abajo, en el alcornocal. Los hombres se levantan, van de la hoguera al postigo, abierto, y la ventana. Se dibuja, perfecto y meteórico, un árbol de fuego con sus raíces desgarrando el horizonte.

—Eso es un alcornoque.

—¿Cómo alcornoque? ¡Era un rayo!

—Los rayos buscan el alcornoque.

El guarda sabe lo que nadie. Esta misma tarde vieron salir una perdiz en vuelo raso de una encina; el viejo les echó una apuesta:

—¡A que llueve! Esa perdiz trae agua.

Don Pedro se vuelve a la chimenea, y manda sacar vino. Don Pedro, a los guardas y Alonso, que se ha cansado de ventana, les habla de los rayos de su casa del pueblo. El que pudo haberse llevado, si no es por aquel interruptor, a Alonso; y el otro, que

hendió la bóveda y salió por la puerta para fulminar en la casa de enfrente a una mujer.

—Iluminada, pobre... —concluye el guarda viejo—; tenía un cuchillo en la mano. A los hombres que estaban con ella, ni los tocó.

El guarda joven puntualiza:

—Perdieron el conocimiento.

—Pero como si tal.

—Cuanto que escampe, se acerca usted al pueblo; esta noche la pasamos aquí. Hay que avisar, no se intranquilen. Y se queda usted, si quiere.

—O te vas de San Martín, que hoy estará bueno.

—¡Hombre, allí también llueve!

—¿Cómo que llueve? Éste lo quiere tanto a ese pueblo de los cuatro ricos que, cuando aquí llueve que diluvia y caen rayos a espuestas, todo lo que se le ocurre es que los ricos de allí igual hoy no pueden pasear la feria, como de verano, a la fresca...

En medio de la tormenta, y del esfuerzo por sacar Los Naipes adelante, el hombre de la finca nueva se encuentra animoso. Pero el guarda primera sirvió con el padre, quiere también servir al hijo, y el guarda primera está como desesperanzado.

—Sesenta años roídos de soledad y ¡usted ha visto, el soncón! —Vocablo de su cosecha, con que alude al guarda mozo, que es taciturno y cauto.

—La tierra —insiste— es mala. Tierra centenera. ¡Cuánto sabía aquel que le puso nombre al pueblo: Centenera! No da ni lo que gasta. No es tierra cereal.

—Triguera, puede que no: producir cuatro cuesta tres; y ese otro cuarto se lo lleva la siembra... No hay que cegarse, ¡trigo, trigo! Ya verá qué vega sacamos de ese charco de fínfanos.

—Los pastos han sido muy inferiores: magarza, jaramago...

—Son pastos de primer año.

Con todo, sienten don Pedro, Alonso, guardas, la felicidad elemental del hombre ante la chimenea.

—La tormenta ahora trae mucha lluvia.

—Mejor. Lo malo es la tormenta seca.

—¿Por qué habrá en Centenera tanta tormenta?

—Cuando tengamos cortijo, pondré en la casa, y demás, pararrayos. Esta tierra es un nido de rayos. Yo he estudiado mucho el asunto, porque para mí la exhalación no es casualidad ni sólo ese resplandor blanco de fuego, raíces todo y al aire. Cada relámpago principia por una luz, un rayo de luz que es conductor y que baja de la nube pero desaparece en cuanto ha recorrido una parte mínima del camino: ese conductor se mueve, apenas visible, como inseguro. Casi en el acto, un segundo resplandor lo sigue y estira el canal recién abierto; y en seguida un tercer resplandor, y así...

—Ya lo decía yo —interrumpe el mozo, halaguero.

—¿Tú? ¡Calla, hombre, calla! No te metas...

—El primero es un conductor de paso: traza, busca la trayectoria que lo traiga a tierra. Cuando se acerca, y por eso digo que este pueblo y sus alrededores son un nido de rayos, le sale a su encuentro una corriente de la tierra a la nube: si fuera posible, veríamos subir veloz y brillante el rayo de vuelta de ese rayo conductor escalonado. Alcanza entonces a la nube, y se produce el rayo principal: un nuevo conductor, continuo, que desciende por el camino hecho en los tanteos anteriores. Lo que pasa es que todo esto es muy rápido: visto y no visto. Y aun puede producirse otra serie de rayos, y cuatro y hasta seis descargas tras la descarga principal. Para mí no es la nube, sino la tierra, la determinante de los rayos. La tierra que llama al rayo. ¿Cabe otra cosa? ¿Esos dos de mi casa del pueblo, en cuestión de nada, tres, cuatro años? Claro que uno de ellos, el que se pudo llevar a ése, no era directo; venía del transformador; por eso, al estar cerrada la corriente —que ya debieron cortarla a tiempo; sólo que la central no está en el pueblo, naturalmente, y así nos va en todo—, saltó el interruptor de la luz, pero el rayo se volvió por donde había venido.

—Y dicen que las tormentas alejan la filoxera y que por eso aquí, nunca; de filoxera, nada...

—¡Huy, no sé!

Algo entendieron, mucho más admiraron y, dirigiéndose al guarda mozo, el primera resumió:

—Esto no es para entendederas de las nuestras... A ver, que don Pedro tiene el vaso vacío.

Los guardas se animan y principia un juego de pullas de refranes, como un reto de sentencias contradictorias, al hilo de la conversación. Llena el mozo los vasos; dice:

—Por San Martino, prueba tu vino.

—Y mata tu cochino —agrega el viejo, de esa manera además queriendo agradecer el obsequio del día.

Que es el de San Martín, 11 de noviembre, fiesta de tradición forestal suprimida por don Pedro, quien de su parte, sobre el cerdo que les dio, les trae a probar de la canilla, primer vino de tinaja de una cosecha comprada en la cepa, pero de estrujón a pie, en la casa como un símbolo, y aquí mecida y azufrada, y les ha regalado con su guarro de muerte los derechos a bellotón de la Dehesilla, en montanera.

—A invierno lluvioso, año abundoso.

—Cuando empiece a tronar, desunce y vete a acostar.

—Arame en invierno, manque sea con un cuerno.

Don Pedro se ríe, y como Alonso, que si no comprende capta la intención de los envites y contraenvíos, los celebra a carcajadas, acaban por reír, todos contagiados, estrepitosamente. Don Pedro bebe en el cristal de roca de su padre; espumea el vino a la rojor de las llamas en la chimenea. La tormenta no cesa. El guarda mozo se saca un refrán como un dardo contra el tiempo:

—Dichoso mes, que entra con Todos los Santos y sale con San Andrés.

A lo que, propasándose el viejo, intencionado:

—Según San Andrés, quien tiene cara de bruto lo es.

Pero nadie se ofende. No tiene, no, cara de bruto el hijo de la tal, Telesforo, joven, listo. Habrá que hacer noche. Quedan pocas esperanzas de que el temporal levante y ya ninguna luz. Se llevará Telesforo el caballo del capitán. Don Pedro pone unas letras para Isabel. Entusiasmado, vive Alonso la aventura: su noche entre los hombres, en el refugio. Que se traiga... Pero no hace falta; en la habitación del capitán se arreglan don Pedro y Alonso. El guarda mozo que se quede en el pueblo.

Cuando parte, el guarda viejo chismorrea. Previene a don Pedro. Cuenta cómo la Isidra lo tuvo, moza, y los Álvamos del pueblo grande la casaron con el tío Azul. Lo que son las cosas: al poco, el Azul se les desgraciaba; es el tullido a quien Isidra la Azul trae por la calle de la amargura.

—Como si no tuviera una bastante... ¡Anda, come, come y bebe, mandilón!

Y que están a la busca de plaza en el asilo, que es lo que el muchacho cualquiera de estos días le va a pedir.

—Por eso le ve tan zalamero. Y por cosas, por otras cosas que no me está el decir...

Nunca hubiere don Pedro tolerado chismes ni las situaciones que los motivan. La lucha por la finca le trae o más comprensivo o indiferente a lo que no sea la lucha misma, esa brava lucha directa, incierta como un destino.

Alonso descubre, desde la ventana, un súbito resplandor rojo y blanco. Es un rayo que no desaparece, tendido, horizontal, de sucesivas centellas rafagueante. Se vuelve Alonso:

—¡Un fuego!

No le hacen caso, pero chilla; insiste.

—Que no es el rayo. Es fuego, un fuego...

Acuden, y Daniel piensa:

—El pastor. Aquel pastor harapiento, con la cabeza entre las manos, sombrío, que vio al venirse para casa, a media tarde, en la canchalera. De zamarra, atado el zahón para que no le coja una punzada al sestear en la piedra fría. ¡Marrano! Ya podría estar al tanto de las parideras...

Sale el guarda arrojándose con un saco y sube a la torre de los fuegos. Es. Las llamas relumbran en el pie de monte, lejos. ¡Y sin un caballo! No habría manera, y hace el guarda unos disparos al aire, a ver si en el pueblo se dan cuenta y sacuden los badajos en el campanario. No se le alcanza otro modo.

—Ese pastor...

Y don Pedro recuerda la mastina que asustó al niño, hasta que tuvo él que tirar de revólver y echarle el caballo al perro; el pastor, impassible...

—Pero es la soledad, que es mala consejera.

—Y los pastos. Ya habrá el año que viene pastos en lo quemado. Es increíble el ingenio de la destrucción. Mire usted: pajuelas, para que el fuego no comience hasta

la noche, cuando todos duermen...

—Bueno, ¿y no será la tormenta? Que pueda haber prendido un rayo...

—¡No, si para la finca no hay peligro! Ahí están las cortinas de los alcornoques, y los cortafuegos que yo hice que se hicieran este verano. Y la tormenta, pues, también es apagadora; llueve a manta.

Se retiran a secarse, a la chimenea. Y no se les ha pasado aún la tentación de mirar, cuando una ladra les sobresalta, una jauría. El guarda echa mano de nuevo a la tercerola.

—Esta noche, que se nos acaba la cartuchera...

A galope, negros de haber rondado el fuego, se llegan a la casa tres hombres como de la capital y otros dos más al fondo.

—Son los cazadores... Cazador cazador, mal labrador.

—Dícales que aquí hay lumbre y refugio... ¡Adelante, señores! Que hoy no lo está como para decirles ¡buenas noches! Adelante, adelante...

AMARGO

Daniel se ha hecho cargo de los criados, las bestias, perros y hatería. Los cazadores se presentan a don Pedro: Bonifacio Álvaro, propietario, del pueblo de San Martín.

—Nunca se lo agradeceré bastante a la tormenta. ¡Caramba, capitán, cuántas ganas tenía de conocerle!

Y a su vez presenta a los otros dos cazadores:

—Felipe Gómez, de la capital. Y Bonifacio, mi hijo. Son muy amigos... Y muy jóvenes. Ellos me embarcaron.

—¿De la Jarilla?

Los cazadores se han despojado en todo lo posible de la ropa, calada, y se han ido a la lumbre. Ha pasado un momento el guarda a tizonear los leños y alegrarlos de una brazada de taramas. Los cazadores en pie, alrededor del fuego, de frente, de espaldas, se enjugan y va Daniel mediando unos vasos de la damajuana del añejo. Don Bonifacio tiene un cariño para Alonso, que lo contempla, absorto y feliz de la aventura.

—¿Te puedo hacer una pregunta muy difícil? —Se encara Alonso y acautela, acercándose a don Bonifacio.

—Tú dirás...

—Que qué hace el león con las leonas.

Son, para Alonso, cazadores de fábula; pero el padre, que lo ha oído, no participa:

—¡Este niño, Daniel!

Y el guarda se lo lleva.

—Pues en La Jarilla —pero ¡qué niño tan majo!, ¿por qué no lo deja?—, como en todo este pedregal, La Jarilla, de caza, la que usted lleve. Hemos danzado, bien, bien de mañana, y yo qué sé: lo que se puedan cenar estos muchachos. Es una desolación: el furtivo nos la pisa, y el propietario que corra con el impuesto. ¡Bueno que si lo sabe Daniel! —¿y el niño, dónde está ese encanto de niño?—. Y usted lo irá viendo por sus propios ojos. Una desolación.

—Menos lobo..., don Bonifacio —dice Daniel, socarrón, autorizado por las alusiones, e invitado a sumarse a la quejumbre del poderoso.

—Pues ya me dirás. En la mancha te queda, si es de aire, una real pieza: el cuervo. Lo que hay de tierra, o es peñuela o matorral donde el caballo ni se atreve... Nada, desengañarse: caza no la encuentra aquí más que el furtivo; ése, desde luego. ¡Y bien que le va!

Lindera de la raña, La Jarilla se extiende en quebrada de jara y cancho. Y ponen su punto de verdad las palabras del ganadero: la caza huye de este país de tajos, rodales de madroño y suelo entretejido de las raíces del brezo, cubierto de una maleza de chaparra escuálida, hoja toda, hiriente que, ni para la fiera; inútil. Destella en los claros una que otra charca de aguas corrompidas, los ceniceros de algún rincón de monte, el cantizal calizo o las arenas del camino, tierra inerte. El cielo es un desierto y es implacable para la pieza y para el cazador. Las emigrantes han tomado otra ruta; es ya tiempo perdido apostarse en los viejos pasos ni en los abrevaderos; con instinto superior a la inteligencia, el pájaro ha abandonado la línea de esta devastación.

Los Álvamos han visto en el capitán un contendiente duro. Hay su tensión, y aun gustosa, en la prueba de fuerzas de este encuentro. Don Bonifacio es hombre como de cincuenta años, aunque por los de su hijo más deba de aproximarse a los sesenta; de complexión recia, trae la talla mediana, ancho el rostro rojeante, visigodo; rayado a finos cortes el pestorejo.

La Jarilla le es propiedad, apenas para la caza y lamentaciones. El norte de los Álvamos está en poseer la tierra que se pueda: cuanto más, mejor. Lo que ningún Álvaro en su juicio pretendería es cultivar esas tierras; las aproveche el ganado, y ya valen. La tierra inculta no paga; todo, pues, ganancia. Labrar es un trabajo, un riesgo, un impuesto: es decir, un triple disparate. ¿Y quién rotura un terreno de monte sin monte, ni río, ni subsuelo?

Para don Pedro La Jarilla es una apoteosis de la raña de Los Naipes. Ha desbrozado, y piensa en el descuaje de las rozas. Sin prisa; la raña no entra en su plan de los tres naipes. Pero se basta con el sueño de esta fatiga de colonización: el mañana; transformar esa raña en finca de cultivo. Varias veces menor que La Jarilla, la raña es de calidades y características muy parecidas. No saldría a una puesta del jabalí, como en La Jarilla. De cazar, tiene posibilidades de coto menor insospechadas.

Los Álvamos en La Jarilla meten ganado hasta en el monte joven. De cuando en cuando un incendio, para más pasto. La corta, al año, de leña y carboneo por las carretadas que hagan falta. Y va la quebrada viéndose matosa del jaguarzo y la jara: la jara en primavera de flores de gran corola blanca y el toque de sanguina en cada uno de los cinco pétalos; el brezo de la flor pálida y el brezo común, rosa; escaramujo, retamares: la retama albar, la retama de bolitas amarillas, la negra retama de los escobones; madroñeras de hoja lustrosa; lentisco. El regatillo que la cantaba, se cegó. Aunque no se vea, todo es baldío; sucio, para más baldío.

—Hemos pasado por la raña y le vemos a usted muy animoso —dice Bonifacio

hijo, muchachón poco en palabras, que ha recorrido once o doce cursos las Facultades todas de la patria, a cuesta los jamones criados con víboras de La Jarilla, y se acaba de licenciar en Leyes, para esto: para colgar el título.

—Yo creo que no es buen negocio —contradice, por sonsacar, el padre del recientísimo letrado—. Claro que así, mirando sólo las rozas...

Corta don Pedro y como ha visto de acecho a Daniel, apela a esta eficacia:

—Señores, ¡a la mesa!

—Pero se está aquí en la gloria, a la lumbre...

Don Pedro se levanta y los precede. Los criados montaron sus reales en la caseta de la guardería. Han preparado rápidamente un cordero; lo han asado; y han dispuesto fuentes de ensalada de berros y de romazas y acederones; rancios quesos en aceite, tacos de cecina. Probarán esta noche el vino fresco.

Daniel, su mayor gozo es el haberse quedado solo; que no se encuentre esta noche en la finca el otro. La finca ya no es del Estado, y los guardas han seguido al servicio del capitán, para todo, aunque al primera don Pedro lo declaró guardajurado y conserva su autoridad. Incomprensible que Telesforo aguante; algo trama, algo que no puede ser lo del asilo del viejo, piensa Daniel, porque ése ya no es ni guarda. Si no, se hubiera ido.

Felipe, amigo de Bonifacio hijo, es tipo cultivado, Felipe Gómez, que vive nadie sabe de qué, las más de sus horas en casinillos de la capital. Invitado al San Martín, patrono del pueblo, en su obsequio organizaron los Álvamos esta cacería.

—Ha sido una lástima. Porque le huimos a las fiestas, y el Santo nos lo cobró.

—Una tierra como La Jarilla no se ve todos los días.

—Desde luego. Claro que si tuviera que vivir en ella...

—¿Y por qué no? Yo aquí estoy, tratando de levantar un rincón varias veces menor que La Jarilla.

—Usted es distinto. Está de vuelta. Y además, dudo que le dure. Un hombre como usted no se mete así como así, no se entierra aquí para siempre.

—Es quehacer de hombres.

Bonifacio hijo habla, cuando habla, grave el tono, lentamente, ponderando. Bonifacio hijo es quien está de vuelta: la voluntad conservadora, el esfuerzo mínimo. Respeta en su presencia a los mayores y, cuando escapa a la capital, si le es posible a la Corte, se deja conducir por el ingenio de Felipe Gómez, un quídam que vive de su ingenio: servicial, consejero, astuto, discretamente aprovechado. Es el cónsul personal de Bonifacio y de esos otros doce Bonifacios necesitados de la listeza en ejercicio. Felipe Gómez no bebe; Felipe Gómez lo pasa fatal en una cacería; Felipe Gómez confidente, atribuye a cada amigo el halago de una cualidad de que el amigo no envanecería si supiera que en potencia la tiene. Ve no lo que un hombre es, sino lo que quiere ser, como si un gesto, mínimo, le permitiese figurarse completa la curva de su destino. Felipe Gómez no entiende de hombres como don Pedro Mora. Para don Pedro los hombres Gómez no existen.

—Centenera es muy revoltosa. Ya la conocerás. Te llevaremos, por la fiesta. Y bien que se divierten. Como que la llaman Sevilla la chica —explica a Felipe Gómez don Bonifacio, poniendo en la representación amable de Centenera una punta de ironía; a lo que don Pedro:

—Centenera no es el pueblo grande. Ustedes son el pueblo grande; Centenera es una villa, no digo que forestal, de carboneros. Ustedes son el pueblo rico. Centenera es un término asfixiado por el pueblo de los ricos.

—Ya, ya... Ya verá don Pedro qué pago.

—Ninguno espero. Estoy aquí porque esta es la tierra de mi padre.

—Sí... ¡Gran señor! Un caballero.

—Y lucho aquí por un trozo de tierra libre.

Esas palabras estremecen los hondos del ganadero. “Este hombre no se vuelve atrás”, piensa, y renueva su elogio del padre.

—Le conocí mucho... Tiene usted por delante una empresa de lo más difícil. Ingrata. En lo que podamos, me gustaría ayudarle. Aunque, ¡nosotros ayudarle! ¡Y quién somos nosotros! Unos riquinos de pueblo... Nada, para hombres leídos como usted.

—¿Por qué leído?

—¡Hombre! Leído y escrito, sí que lo es... Y un señor oficial.

—¡Ajá! Mire: esta casa, en la que ustedes me ven, y en la que desearía que se viesen ustedes como en la suya propia, ha dejado de ser la finca maldita. Eso es todo. Y sí que ustedes me pueden ayudar. Ustedes pueden evitar que, por ejemplo, me eche a la cara a un pastor de ustedes, y le levante la tapa de los sesos.

—¡Coile, don Pedro, que eso son palabras mayores! ¿Le ha pasado algo con algún pastor?

—No le ha pasado nada, de momento, al pastor. Yo no voy a salirme de mis límites. El que se meta en mi terreno, señores lo siento mucho: me encuentra.

Ha seguido un silencio incómodo. Ha entrado el guarda, quien, de la chimenea a la puerta, no se perdió palabra. Don Bonifacio ha saboreado largamente su cigarro. Ha pensado: “Este hombre no se vuelve atrás. No puede volver atrás. ¡A entenderse!”.

—Me dijeron que se quedó usted con el mozo, el guarda. Como no le veo... El hijo de la Isidra.

—Lo he mandado al pueblo. Yo les he dado a elegir. Si él quiere, aquí tiene un puesto.

—¡Buen muchacho! Con sus repentes... Pero vale, vale. Yo cuando vi que se salía del Estado, no le dije nada: él ya es un hombre, él sabrá lo que hace. En mi casa no estorba.

—Pues ¡hale! Que eche él la vista.

—No, don Pedro. Lo que usted diga. Aquí estamos para entendernos.

—¿He oído bien?

—Para entendernos.

—Por ahí ya vamos. ¿Quieren probar un coñac que me acaban de mandar de Francia?

—Usted siempre en tan buenas relaciones. ¡Vamos allá! ¡Menudo será ese coñac francés!

—Pues, a la lumbre.

Y a la luz del fuego, el coñac en los vasos, la conversación caliente se acelera de memorias, de tipos, de costumbres. Gozaban la palabra estos hombres, de común cavilosos. Pero de cuando en cuando felices narradores, se detenían al placer de algún recuerdo unánime de mocedad, recobraban escenas, simples y sin maravilla. Desde la compra de la finca, don Pedro, lo que se dice beber, no bebía; una ocasión como ésta, quiere pensar, se justifica.

A la rueda, noche adelante, llegan unos gemidos de animalito largos, doloridamente humanos. Salen los muchachos. Don Bonifacio y don Pedro, a solas, con medias palabras, conciertan un entendimiento. La finca esta noche quizá haya dejado de ser maldita. Ahora, sospecha el guarda, intentarán ganárselo. Ha cogido, al vuelo, una que otra expresión. Le preocupa el que don Pedro tolere; parece que les consiente el majadeo de la raña.

—Le vendrá bien, después de todo, a los rebrotes. Y es una limpieza; le vendrá bien a la pedrera.

Y él, guardajurado, único guarda, que el otro ni ya lo es ni fue nunca sino un piernas, habrá de andarles con mil miramientos y limitaciones. Y aun arrancar la maleza sin labranza, no les destruya la pastiza... ¡Cochino mundo!

Pablo, que es uno de los criados del ganadero hoy metido a cazador, viene por el guarda. Y adelanta a los señores la noticia:

—Es que, para mí que esta noche tenemos un perrito.

Suben a los doblados por una sera de paja. A la mañana, pronto, nacerá el perrito.

—Para Alonsín —dice el viejo Álvaro.

Y es como la señal del pacto. Mágico regalo para un niño en soledad. Le dejarán unos días la parida; luego, cuando le den leche al perrito, pueden soltarla, que ésa ya sabe el camino.

7

EL ULTIMO INGENIERO

BLANCO

Es verano y la hora a que el verano es más verano: la hora de siesta. Con el final de este verano, termina el segundo año de don Pedro en la finca; en cuanto los trabajos se lo consientan, habrá de hacer un alto, mirar lo andado, poco, del camino, tirar la raya, registrar el balance. Ni entremedias, ni aun la siesta suele guardar; ahora, y don Pedro debe de estar pensando algún rincón en cierne de la finca; trae al guarda viejo a mal traer: no le da tregua, una jornada de holganza, los diez minutos del cigarro...

Alonso, en la casa, hace suyas éstas de siesta que son las horas de libertad para el sol y el niño; horas de silencio al sombraje, cuando el día es campo calcinado, avispas a los ojos la luz, la cigarra aserradora de las candelas en el rastrojo, en el árbol lindero, en el vecino follaje exiguo: cigarra lanza, que taladra las ramas ávida de la savia, ese jugo remoto aliviadero de su muerte. Sueña Alonso a la puerta de casa en cada cuerda de sol un punteado de guitarra, y ángeles manijeros de la luz. Para Alonso la siesta es hora de miel, azules cegadores sobre un telón de crestas de desierto. Ha sido feliz estos dos años. A la sombra de los tilos, en el atrio de la casa, ya algo cambiada, ampliada, juega con Martino, el perro que nació aquella noche de San Martín bajo un cielo de rayos, en una tierra de incendios y de cazadores venidos de La Jarilla como un último fruto de tormenta.

Martino es perro sin casta, hijo de podenca y, dice Daniel, quizá quizá de lobo. Martino va a ser perro grande; no tiene el año y ya en sus juegos se echa a los hombros de Alonso y lo derriba y no teme a los perros merodeadores del camino ni, por modo alguno, a los del pueblo.

Las orejas de Martino son cortas, pero no erectas como las del perro lobo legítimo. Daniel sospecha que les ha quebrado el nervio, una noche, el guarda mozo. Ni el perro ni Alonso miran con simpatía al mozo, que fue guarda y ahora, al menos para Daniel, no es guarda, porque, siempre que le ha de nombrar, Daniel dice: “Ese Telesforo”, o “Tele, el de la Isidra”.

Martino se pega al suelo de tierra en el alcorque del tilo más frondoso; le pende

roja una lengua anhérita de sed; tiene el hocico largo, negro y lucero. Acompaña horas y horas la ensoñación de Alonso y le sigue, con sólo un ojo, pronto a la llamada para la travesura, llorón y simple, o alerta al susto de la llegada extraña; y entonces, no ése, los dos ojos de Martino resplandecen crueles, se le espetan las orejas, el rabo desenroscado, brincadoras las patas, de garra dura, el pecho amplio y topetón.

Es un gañido sordo, continuado, en refunfuño de la presencia de algún conocido, no grato. Intuye Alonso un peligro en el guarda, el Tele no guarda, y coge al perro; se abraza a él, lo acaricia. Sigue Martino el juego de Alonso, pero multiplica los gruñidos. Se sienta el guarda, que no es guarda, mozo pero que se casó, lo más cerca del tilo en el atrio donde Alonso y Martino juguetean. La mujer del guarda, ha dicho Daniel, es machorra. ¿Qué será, machorra, machorra, una mujer machorra?

El guarda, que mientras Alonso piensa en la machorra se les ha acercado, le da una patada al perro. Chilla y se arrufa Martino y echa atrás para más furioso ladrarle. Alonso llama al perro, se va a él, lo mima, pero el perro escapa y ladra aún al guarda que se le desentiende y en cuclillas se pone a contar un cuento para aviso de niños como Alonso.

—Esto era una vez un señorito, que vivía en una casa en medio de un campo, y la casa tenía las paredes quemadas y el señorito venía de la capital a mandar en todo. Era un señorito no muy alto ni bajo, los ojos grises oscuros y un bigote de guías para arriba. Y empezó a jorobar a medio mundo. No dejaba coger leña a los pobrecitos piconeros. Y como los árboles no los cortaban, el pastor no encontraba pastos y las ovejitas se morían. El señorito ése tenía un perro que ni era cazador ni era mastín ni servía de nada. Un perrito ni moro ni canela, con las orejas de lobo, pero que no era lobo, porque las traía retorcidas y caídas; y la barrigucha medio blanca. El perro del señorito podía moler y zalear los nidales, y asurar corriéndolas a las corderitas. Era un perro ladreador, comilón, que no dejaba en paz a la gente. Hasta que una mañana el señorito, al levantarse, vio ahí, mira, en ese árbol, ese mismito, vio al perro de la mierda... Colgado.

—No. ¡De mierda, no!

—Y un cartel que decía: “Como a ése te pasará, si no coges y te vas”.

—¡No!

—¡Colgado, leche!

Alonso enrojece, se echa sobre el guarda y le muerde una mano. Pega el guarda un grito, le llama perro, le dice que lo va a colgar también a él. Se aparta; se mira la mano, herida. Ve al niño como una fierecilla, mudo y tenso, y le da un revés. Alonso vuelve a tirarse al guarda, pero éste lo sujeta, lo zarandea, lo reduce, empuja y sienta en el umbral.

Y se aleja. Alonso calla. Coge al perro, que le resobra de los brazos y se le cae, y vuelve a cogerlo y apretarlo contra el pecho. El perro se le suelta pero se tiende a los pies del niño y le va lamiendo las manos; se inclina Alonso y el perro le pasa la lengua por la cara. Entonces, Alonso llora.

Era un amigo, animalito, amigo hasta la muerte. De la ternura de su cariño propio Alonso lloraba. No era niño llorón. Le tenían muy hecho, años día por día ejercitado en la entereza, impávido a la amenaza de los infiernos.

—“Que baja el diablo. Ya verás. Y te lleva...”.

Y golpeaban del otro lado la pared. Se lo creía. Pero no le estaba el pedir perdón. No lloraba. Huir, quizá le pareciera falta la más grave. Quizá, el terror paraliza, se tratase de una dimisión de la voluntad. Alonso no mentía, no escapaba. Desconcertaba a su verdugo.

El guarda había sentido los caballos. Por eso dejó al niño y desapareció. Irrumpen galoperos, jubilosos, don Pedro y Daniel. Trae en los labios Daniel un refrán de desafío: pullas, novísimas, para el Tele.

—¿Y ése? ¿No estaba contigo? En julio ¿dónde anda el mozo? En la acequia o en el pozo.

—Daniel, ¡es agosto!

—Pájaros de agosto...

Pero Alonso, cuando el padre echa pie a tierra, suelta a Martino, se arroja al padre y rompe a llorar. Tarda en hacerse entender. Alonso es niño que no llora. Alonso ya tiene ocho años. Don Pedro le mira, desconcertado. Algo debe de ser y muy serio. Pregunta por el guarda a cuyo cuidado quedó el niño. Imagina que al niño le ha pasado no sabe el qué, y ese Tele, ese Tele, ¿cómo lo abandonó? Y al fin Alonso cuenta que le querían ahogar, de ese árbol, a su perro.

También el guarda viejo se ha escabullido. El guarda viejo anda en busca de Telesforo. Trata don Pedro de tomar a broma el cuento. Pero ante la sofoquina del niño y la ausencia del guarda y ahora a lo tonto el otro guarda, acaba por escuchar y se va enfureciendo. Insiste Alonso en que el guarda le ha pegado —¿que le ha pegado?, pero si es su padre y ¿cuándo jamás le puso la mano encima?— y que le quería colgar de ese árbol.

—¿A quién?

—¡A mí, papá!

—¿A ti, o al perro? —indaga como distraído, fríamente.

—A mí, y al perrito, ¿verdad Martino?, y a ti. A ti, a ti —y rompe en un hipo de histeria de sollozos.

Don Pedro —pero ¿cuándo le puso la mano encima?— le da para sacarle de la crisis una bofetada.

—Sin lágrimas. Habla. Dime la verdad. Toda.

—Y a ti, si no te vas. Que te cuelgan.

—¡Basta! No llores. No es nada. Es un bruto ese Telesforo y te ha gastado una broma intolerable.

Va a protestar Alonso. Va quizá a decir que no, no era ninguna broma. Pero el padre le contiene.

—¡Basta!

Como al relámpago, don Pedro ha entendido la amenaza. Se va a la alcoba y sale rápidamente. Le hace un cariño nervioso.

—¿Por dónde tiró? ¿Fue hace mucho?

Y a grandes voces, se adentra en el campo llamando al guarda, mentándole la madre. —¡Hijo de perra, la perra la Azul, sal a colgarme! ¡Colgarme, tus cojones, de los cuernos de tu padre, sal aquí!—, citándole...

AMARGO

—Levántate. ¿Qué has hecho?

—¿No ve que tengo la terciana? Déjeme estar.

—Pero ¿qué has dicho al niño, qué le has hecho?

—El niño ese de la vela... Es un perro. Se me ha tirado como un perro. Aquí tiene usted, esta mano; me ha mordido como un perro...

—Y tú ¿qué le hiciste? ¿Qué le decías de él y de su padre?

—¿Yo? ¡Yo qué le iba a decir! ¡Mocoso!

—Pues él está llorando como una Magdalena.

—Porque es un mico. Y yo no me he quedado aquí para cuidar niños del mimo.

—No sé, no sé... El capitán está furioso. Mejor será que te des una vuelta por el pueblo. Vete al médico. Lo que sea.

—¿Es que me echa?

—Es que te busca.

—¿Quién?

—¡Quién va a ser!

—Pues aquí me tiene. Dígaselo, que también usted... ¡Hay que amolarse!

—No te pongas tarugo. No me faltes el respeto. Que yo he venido a prevenirte. Y por tu bien.

—Pues no se lo agradezco.

Y ha apagado el candil. La choza en que ha ido a refugiarse es chiquita y capaz. Yace en la jerga, la barrilera a mano, una manta encima por las calenturas. El guarda viejo sale, ni contristado ni con la menor duda de que ha llegado el fin. Él ha cumplido con sus deberes, ha sido un compañero: su camino, ahora, el de siempre: lealtad. Desde que se metió en el chozo ha mirado y remirado: no está la tercerola; puede haber un cuchillo, naturalmente. A su juicio, el guarda joven ha operado con retraso: los poderes y don Pedro se han entendido, los ricos, los ganaderos del pueblo grande; y eso es lo que no ha sabido ver, o no lo habrá querido ver, por el despecho, el merluzo de su compañero. Desde luego, tiene tiritona; tiene, los labios blancos, la

demacración del paludismo. ¡Cualquiera sabe! El bien malo que estuvo, de infección, y no perdió nunca la cabeza. ¡Decirle esas cosas a un niño! Y menudo niño, tan espabiladino... Y que el padre no ve más que por los ojos de ese niño.

Va en estas cavilaciones —hay que estar ciego: pues claro que los gordos del pueblo y don Pedro se entienden; don Pedro ¿qué es? Don Pedro es otro propietario; clarísimo— y no advierte cómo una sombra le ha rebasado, cruzándosele, hacia el chozo, a diez metros. Tampoco debe de haber la sombra reparado en Daniel. O ha querido eludirle. Don Pedro hace rato que no da voces; siempre siguiéndole, de lejos, atentísimo a que no les vea, Alonso y el perro se dan de manos a boca con el guarda viejo.

—¡Canastos! ¿Dónde va el hombrecito?

Pero el perro escapa y como una flecha se planta frente al chozo. Ha asomado a la puerta el guarda joven y en ese instante se le pone ante sus mismos ojos el capitán. Agacha el guarda la cabeza e intenta torcer para otro lado. Don Pedro le corta el paso.

Desde donde están, Alonso y el viejo no oyen las palabras. Martino corre de ellos a la puerta de la choza, y de la choza a ellos. En una de las corridas, Alonso lo abraza; de rodillas, se agarra fuerte al collar y lo retiene; Martino ladra. Pero don Pedro no mira, no parece sentirles. Tira Alonso del perro y se mete en la torre de los fuegos. ¡Qué bien se ve ahí! Don Pedro tiene en la mano como una linterna; no enciende, esa linterna; brilla cuando la mueven.

Lo que don Pedro tiene en la mano es el revólver. Ha cuadrado al guarda; le ha metido entre ceja y ceja la boca del revólver. Daniel se ha ido a grandes trancos para allá. Se agarra más Alonso temblando al perro. El guarda joven ha dejado caer algo: una navaja, otro revólver... Levanta don Pedro el tiro y dispara al aire, junto al entrecejo del mozo, que da un grito horrible, un salto de espaldas, y huye. Don Pedro, al guarda viejo que se les llega, dice:

—Chamuscado... Vaya a darle mañana sus haberes. Ése no para de correr mientras le quede noche.

Alonso trata de que también el perro viera la escena. Quiere que entienda. Lo acaricia. Le pisa. Chilla el perro y sale torre abajo, Alonso tras él. Lo caza, lo aprieta contra su corazón. Lloro de alegría. Y se va al atrio, a la puerta de casa. Con don Pedro y Daniel:

—Era un bandido —resume Daniel.

—Una vez, en la puerta de Capitanía, al nombramiento de un nuevo General que no hizo grandes recepciones, apareció un letrero: “Este gallo que no canta, algo tiene en la garganta”. Lo supo el Capitán General y mandó pintar otro cartelito: “Este gallo cantará y a alguno le pesará”. ¿Cómo se puede ser tan obtuso? ¡Cretino! Y mire, Daniel, me da pena el muchacho... Si le podemos ayudar, si le hace falta una mano por aquello del asilo, entérese y me lo dice: le echaremos una mano...

—No, si ya los Álvamos...

—Pues, no lo creo.

—¡Bueno! ¿Pero es que usted no ha visto? La cara misma de don Bonifacio... Y era un bandido. Porque eso no se le hace a un niño. Desde luego, Alonsito no se anduvo con palabras: que le he visto yo la mano y... ¡caramba! Pero un hombre no hace esas cosas, digo.

—Y ahora, Daniel, ni un secreto más. Póngame un vaso, la damajuana, y venga esa historia: la historia del perro ahorcado. A mí no se me ocultan, porque no se me deben ocultar, los asuntos de la finca.

—Sí, señor.

A la puerta de la casa, la casita forestal, como en el corazón de Los Naipes, subía la noche lenta y gloriosa de soledad dramática, de pasión creadora. Vivía don Pedro la magnificencia de una lucha sin cruces, sin retirada, sumido en la braveza de lo natural: el hombre, el aislamiento. Cuenta el viejo las terribles campañas contra la finca: finca maldita. Aún, recordándolo, se impresiona de aquella incomunicación y aquel horror.

—Usted es hombre de bien —dice, solemne y como pesaroso—. Usted no se lo figura, no puede ni imaginarse lo que ha sido esto.

—¿Por qué ha callado?

—Nunca hay pruebas. Y un hombre cabal le teme a la calumnia. ¡Cuántas veces se le vería a uno con ojeriza, como si fuera un maldiciente! Si le digo: ése está comprado, ¿usted, qué? Usted me dice: Pruebas. Y yo no tengo pruebas; esas cosas, para hacerlas, no se buscan testigos... Pues el Tele ¡está comprado!

—Y ¿desde la noche de la tormenta?

—No lo sé. Pero a él se lo dije, digo: Operas con retraso; los ricos y el capitán se entienden.

—Es mucho decir...

—¿Ve usted? No se puede.

—Sí. Pero sin añadidos sobre lo que está a la vista. No hay tal entendimiento. Lo más, habrá así como una tregua.

—Usted les ha consentido el majadeo.

—No me perjudica.

—Se les da la mano y se toman el codo.

—¿Y qué es eso del ingeniero?

—¡Don Paco! Don Paco era el hombre más sencillo y el más ponderoso que yo en mis días haya visto.

—¿Don Paco es el ingeniero?

—El último ingeniero, sí, señor... Pero dice usted, ¡el guarda mozo! Muchas veces a mí también me amagaron. Lo que pasa es lo que pasa: que él era muchacho y flojo, y dobló. A mí me levantaron un falso. Me quisieron emplumar. ¿Y qué? Yo les dije: Yo no me meto en nada, yo me debo al juramento. Y fue cuando vieron que, conmigo, no había por dónde... Aunque, no crea, no pararon hasta, venga de ir y venir a la capital, Madrid inclusive, y claro, un día se trajeron el nombramiento para

ese muchacho. Que era un muchacho. Y blando, ya le dije; como criado a manteles allá, a la lumbre de los Álvamos. Esto no son leyendas.

—¿Lo de la Isidra?

—La Azul lo tuvo de moza. Estaba en el molino de la Talaya, que es de los Álvamos. Era morucha, de buen ver. Cosas... Lo de Azul es porque un día don Bonifacio llamó a ése, el Azul, y lo casó con la Isidra. Que es al que quieren meter en el asilo.

—Bueno, ¿y el muchacho?

—El muchacho, lo que pasa: el muchacho con su aquel de autoridad y la paguita y que si su padrino y tal y cual, se fue a peor. Ya han cambiado los tiempos. El ingeniero, pues no podía luchar.

—¿En qué hemos cambiado?

—¡Hombre!, usted no es un funcionario, que es lo que te ata. Ahora, digo yo, tendrían que vérselas con otro propietario. Tan propietario como ellos. Y yo no juraría que no le busquen las vueltas. Pero la noche de la tormenta, ¡vamos!, que se los ganó usted. Eso es todo.

—Y un señor ingeniero, ¿y no les podía?

—Lo tenía todo en contra. La tierra es muy dura para un hombre de estudios. Don Paco, ¡pobre, cómo sufrió!

—Yo no estoy en un lecho de rosas.

—No, desde luego. Usted lo que pasa es que es un hombre recio. Yo me lo temí el primer día cuando se llegó usted a ojear la finca. Me dije: no puede con una vida como ésta. Claro, me equivoqué. Me equivocó el recordarme a don Paco. Y eso que don Paco era grandote, y gordo, que daba gusto el mirarlo. Pero las caminatas y así, lo deshacían. Necesitaba dormir toda la mañana. Y no trasnochaba, no crea usted. Se fumaba su purito y ahí, a los rescoldos, se iba quedando traspuesto.

—Se rindió.

—Resistió lo suyo, ¡vamos!... Se opuso a una usurpación, pues no vea usted: el rincón ese de la raña a la Dehesilla, en el recodo, pasado el río. Y ahí lo tiene: le cayó un auto de procesamiento. Le encausaron por setenta y dos, setenta y dos, invasiones de la propiedad.

—¿Quién era el propietario? ¿Don Bonifacio? ¿Cómo se querelló?

—No, ellos directamente nada. Le bailaban el agua: Don Paco por aquí, don Paco por allá. Y don Paco iba a sus casas en los sanmartines y todo eso. Pero que le echaron los perros. El propietario que se querelló era un mandado...

—Ya, ya conozco yo ministros que principiaron así. “¿Cómo se atreve usted a proponerme...?”, “Yo soy un mandado”. ¡Concho! Pues, a ministro... Siga, siga. Es una vieja historia... ¿Y era un mandado?

—Era el Tinajas. Lo que el Tinajas decía: “En mi tierra mando yo”. Era dueño de una cabaña de nada, pero no pasó por las ordenaciones. ¡Y bien que se la tasaron luego los del pueblo!

—Esa es tierra de Los Naipes.

—Es. Por eso, a don Paco al fin no le condenaron. Sólo que, mientras... Muy mal, muy mal. Ni le pagaban el sobre, que muchas veces le acompañé yo el día de la nómina, con eso del procedimiento.

—¡Qué barbaridad!

—Como lo oye. No tenía posibles, daba pocos jornales. Un día le amotinaron a los braceros, en el monte.

—¿Por qué?

—Los pagos, que no llegaban de la capital. La gente del pueblo, el nuestro, y digo mejor, el mío, el pueblo chico, le odiaban. Porque fueron ellos, ellos, que lo sé y los conozco uno por uno, los que destrozaban las plantaciones y le cortaban los caminos. Si plantamos, ¿dónde van a comer las ovejas?

—¿Qué ovejas?

—Pues eso: las de los ricos. Pero no veían. ¡Ovejas Centenera! Usted me dirá... Limpiaban un trozo de monte, y le pegaban fuego al trozo de monte que acababan de limpiar. Le hacían el vacío; no encontraba ni un jornalero. ¡Horrible! Mire usted: trajo un día a su señora, que es una señora, y dos chiquillos, a pasar con él las vacaciones. Pues se le puso malo uno de los chiquillos. ¡Lo estoy viendo, angelito! Yo había ido a la capital, pero como si lo estuviera viendo: y hasta la caballería le negaron, una caballería para mandar por el médico. Y estoy viendo aquel hombre, rabioso, aquel hombre toda la noche, tragándose las lágrimas junto al niño, que se les moría...

—No comprendo. El ingeniero beneficiaba al pueblo.

—¡Todos contra él! Primero con segundas, con indirectas; y luego, el miedo: las propias autoridades le resistían; Centenera enterraba los atestados; claro, a base de coartadas. Imposible; una vida imposible.

—¿Y no se llevó a nadie por delante?

—Ca, no señor. ¿Don Paco? Era un bendito. “Son unos pobres —decía—, no saben lo que hacen”... Otra noche, viniendo de la capital, atentaron contra su vida; en la colada, el cruce ese del cordel con la calleja de la Villa. Le salvó el caballo, o la noche, o Dios; porque fue un milagro. No le pasó nada. Pero vino la pareja, y es cuando descubrieron, ahorcado ahí, en ese tilo, al perro. Un perro hermoso. Luego, ya vio usted la casa, cómo se la encontró: las paredes quemadas... En cuanto que se marchó el ingeniero. Porque lo del perro pudo más que todas las injurias, y mire que le habían hecho... “¡Caníbales!”, dijo. Y se marchó. La casa la incendiaron para que no pudiera venir, de momento, otro ingeniero. Se salieron con la suya: no vino. En diez años, por aquí, ni un alma. En la jefatura nos dijeron que esperásemos. Se aborreció uno de presentar denuncias. ¡Para qué! Eso es como la historia del tren de Centenera: apedreaban a los ingenieros y pues que se llevaron la estación a dos leguas. ¡Jeringarse!

Abrazado al perro, Alonso, en las cálidas lanchas de la noche, agosto arriba, dormía.

—¡Niño!

—Pobre... Se durmió de contento.

—¿Y qué, cenamos? Daniel: vamos a honrar, y muy pronto, la memoria de ese ingeniero. Vamos a levantar todo este despojo y hacer, de la finca maldita, la que más del partido. Y a mí no me matan ese perro. ¡Por éstas!

—Sí, señor.

8

LAS TRES HOJAS

BLANCO

De los álamos vengo, madre...

L. V.

Alonso ha cumplido diez años. Van para cuatro en la finca. Hoy ha venido la madre. En la tartana ahora don Pedro la irá llevando de hoja en hoja y silenciándole trabajos y sudores. Solo en casa, a la puerta, Alonso abre la Historia natural. Se examina en junio; ingreso y primero en el Instituto de Alcándara. Repasa el capítulo de los ornitorrincos. Lee a voces el tema. Se detiene. Escapa a ratos por los caminos del ensueño. Se ve crecido en las revueltas del campo. Alonso tiene su campo: un campo como éste, mucho más monte el monte; la raña, quebrada inmensa, río el regato, la plantación... Él era ingeniero. Un ingeniero de Montes. Veinte años se le pasaban plantando pinos. Ponía el énfasis en este heroísmo: el ingeniero. Era una hombrada: veinte años plantando pinos. Pero, a los veinte años, vivía Alonso el hastío melancólico de su victoria. Ya estaban ahí los pinos. ¡Y qué! En el mundo habría muchos montes de pinos.

En la mesa del cerro, atalaya leguas a la redonda. Los tilos han caído al golpe del hacha leñadora. Cipreses de un verde casi negro tiran el cercado y los caminos de la casa cortijera. No ha descuidado un momento don Pedro la construcción. Los días imposibles, cerrados al campo, los echaba a la creación de un cortijo, pequeño y suficiente. El atrio es terraza cuidada, entre jardinillos; van para arriba los arbustos. Corren el área paredes a calicanto; arropa las dependencias una masa vegetal brilladora. Relumbra el sol mañana y tarde en el muro, jaharrado dos veces al año. Hay un horizonte de alcornoques, rojeantes desde el último agosto en que vino el sacador y hubo corcha.

De la cancela al cortijo, del cortijo al río, bajan perspectivas de cepa joven, alcorques con las varitas que el tiempo trocará en oscuros y rugosos troncos de oliva. Se yerguen los cubos castilleros del silo. Rodean el cortijo las encaladas tapias de la corralera. Daniel ha tomado a su cargo aperador, gañanes, mayoral, manijero. De noche, a la espera de la cena, se oyen los aires de un cante, primo del andaluz, primo

del portugués, quizá no hondo: extremeño.

Portugueses, Alonso los ha visto en la corta, con sus barretinas monocolor y casi todas malva, y se les ha acercado alguna vez a la rueda de las mesas, donde les entusiasmaba el que probase del plato de judías, una cucharadita de carillas, “rapazinhos com collete”, invariablemente. Picaba aquello... Daniel entonces coincidía y les echaba media cesta de higos pasos, enharinados, dulcísimos.

Era joven, el ingeniero, recién salido de aulas; y ya, sumido en la braveza. La casa forestal, en el riñón de los montes. La historia es los alrededores de la casa: el paisaje que va cambiando, el cielo; el paso, en cuatro años, de raña a dehesa. Pero no es una dehesa. Es monte de pinos. Plantando pinos. Y venga de plantar pinos. Veinte años plantando pinos... La casa, tampoco es sólo casa forestal; han venido otros ingenieros. Es la Casa de los Ingenieros. Él lo era de Montes; los otros ayudaban. Construían una presa; las aguas anegaban del portillo al pozo y era un embalse, un mar en medio de la tierra. Venía al atardecer, a ese embalse, una muchacha, sobrina del señor del castillo: Águeda, la castellana. Lo único que el ingeniero, Alonso ingeniero, veía era el monte de pinos y el castillo. La invitaba y se le dormían las horas en la balsa; cantaba Águeda unos sones largos y misteriosos. Vivirían en el castillo; vendría él todas las mañanas a cuidar los pinos; Águeda, al atardecer, acudiría a recogerle y cantarle mientras la barca iba y volvía, serena, por sí sola, del portillo al pozo, el rincón aquel de río que ya no era río...

Los ornitorrincos son mamíferos ornitodelfos, ornitodelfos, del tamaño de un conejo... No acaba Daniel de darle ese conejo; todos los conejos que ve, siempre muertos; él quiere un conejo que viva y coma de su mano y a la noche se recoja en la jaula, jaula de plata, y también Martino lo querrá y, aunque perro, no por eso le hará nada, como no se lo hacía a la cabrita negra, que la cogía sin tocarle un pelo, por el cuello, metiéndoselo todo, atravesado, en su boca, y no apretaba; miraba para Alonso, gemía, pero no apretaba, y la cabra tan quietecita, segura de que no se le atrevería Martino, jamás... De mandíbulas ensanchadas los ornitorrincos, de mandíbulas y cubiertas por una lámina córnea, por lo cual su boca se asemeja al pico de un pato, y los pies palmeados... ¡Qué de cosas y qué raras hay que estudiar, para ponerse a plantar pinos!

Isabel apenas ha venido por aquí. Cada vez que, íntimamente, se proponía traerla o marcaba en el calendario la fecha de su visita, en el instante de ir a hablar, don Pedro se contenía, aguardaba un poco para más sorprenderla con las transformaciones conseguidas y las nuevas ya previstas. Nunca las veces que vino vio el conjunto paso a paso de las tres hojas, sino un rincón, una zona ya modificada, incluso algún reducto de maleza. Una por una conocía Isabel las partes de la finca; en su todo, no. Ni en su abril, camino de los cuatro años de esfuerzo, el desencanto dominado, tesonero. Han recorrido la Dehesilla.

Para Alonso, la Dehesilla es una sucesión de escenas entre la ordenada limpieza que hoy se puede ver: alcornoques desollados y una tierra de tintas alternas, un

polígono de oros, ocres, carmines. El alcornoque no es la encina; la gente no lo sabe, pero que muy distintos; ni siquiera lo dice la Historia natural. El alcornoque es de bellota amarga y alargada. Un ornitorrinco es un pato. Alonso ha llegado a esa conclusión, y cierra el libro. Lo va a dejar en la mesa del despacho de su padre. Al volverse, ve en la fachada el barómetro: “el mentiroso”, le ha puesto Daniel, y celebra sin fatiga su ingenio cuando, todas las mañanas, don Pedro, al salir, tamborilea en el vidrio para que, moviéndose, la aguja negra indique hacia dónde irá el tiempo, sobre todo si esa aguja negra coincide con la dorada aguja de situación. Lee: *Variable*; y como no alcanza, ni aun con el brazo estirado, prolongado por el libro, no sabe si se inclinará o no se inclinará a *Tiempo bueno*. Daniel esta mañana no ha sonreído porque estaba delante la señora. Y se fue, sin más, a enganchar el caballo, mientras don Pedro, delicadamente, doblando el periódico, sacudía la tapa de tambor del barómetro.

En la Dehesilla, quizá madre haya visto alguna cabra y habrá tenido que atemperar las cóleras de padre, quien, si veía una cabra llamaba al guarda, porque no tolera una cabra ni a dos leguas de la finca sin que no se le lleven, cara de cabra, los demonios. No podrá mamá en las encinas altas apedrear la bellota; no hay ahora bellotas; ni siquiera que estuviesen verdes, el pico verde, ásperas y amargas. Todavía, aunque no oigan el golpe del hacha, rítmico, invisible, quedará leña para el carboneo, y quizá no hayan marchado los piconeros. Él es amigo, pero mucho, de la piconerita. Un día en la dehesa, junto a las brasas bajas de la támara, la tarama, la vio carboneada, presurosilla, echando agua de la cántara rota, de boca rota, las ropas jironeadas, chamuscadas, ennegrecida de piernas, brazos, cara, a la cabeza un pañuelo de tiras recogándole lo único no enteramente negro de su estampa: los muchísimos cabellos rojos. Le pareció que la conocía por la de tardes que se la había figurado, soñándola desde el balcón de su cuarto en el pueblo, cuando miraba triste de soledades o con la primita el caer del sol en la sierra, azul de secretos y de lejanía. La charabasca en la llama pide un aire no echado; tampoco, no, movido. El tino, paletada de tierra, agua de la cántara, paletada, cántara, al achique de la flama según vaya el tizne; no ha de quedar tizo humoso; no pasarse, por punto de más, a cisco inútil. Se llamaba Perdonada.

Una tarde, en que le dejaron con ella porque iban a convencer a don Pedro de que las taramas no habían sido limpia de encinas jóvenes, le enseñó a hacer picón. Don Pedro regalaba el picón. Y tenía Perdonada un abanico de papel con la rueda de la fortuna. Apostaban al porvenir; le preguntaban al abanico, a cierraojos, la mano giradora. No se acuerda qué es lo que iba a ser la piconerita. Tendría como once años. Consultó Alonso y la rueda le dijo: *Torero*. Alonso leía las contestaciones; la piconerita, que no sabía leer, las identificaba por la figura que se erguía junto al redondelito de la suerte.

Se volvía Alonso a la puerta de casa, tarde, soñador de la rueda nueva. Aquella noche Alonso, pero no lo contó a nadie, soñó con Perdonada: el aire, de un cambiazo,

la prendía las ropas, y en vez de echarse encima el cántaro de agua o de revolcarse en la tierra salió, tonta, corriendo, y el viento corría más, todo llama, hasta que la piconerita cayó como un tizón inútil. Carbonizada. Inútil. Porque el picón bueno, le decía, es el que te queda en su punto: ni tizón humoso, levantadero de jaquecas, ni cisco. Por eso en la pesadilla se quedó hecha cisco.

De la corta, pues tampoco este año le trajeron la pareja de tórtolos. Se aguanta. Y además, tiene una tórtola. Ahora mismo, y la saca en su jaula de mimbres tostados, a la terraza. Más recogida y esbelta que la paloma. Tierna de arrullo, monótono; ruando, a pasos menuditos; en la garganta un collar de mancha blanca y negra; arrogante, de larga cola; trae la cabeza gris, el pico oscuro y las medias coloradas. Y aun le puede abrir la puertecita con sólo quitar la tarabilla de palo de ese cierre. Es tórtola de buche grave, azulenco; el ala cortada, y, presuntuosa, picoteando, no se le volará. La tórtola se la había regalado el pastor una tarde a la puerta del chozo. Se estaba calentito en la penumbra del chozo; con la luz de la puerta se bastaban. Los cuencos eran de corcho. Don Pedro les había concedido el majadear las rozas. Y, sin embargo... Habían visto al zagalillo entre los canchos del hocino, río arriba, cerca del nacimiento, en la Charca de la Mota. Don Pedro dijo:

—Ese pastorcito, ese pastorcito...

Dejaron a Alonso en la vega. Y la tarde se metió en lluvia; fue acercándose el pastorcito. Alonso le ayudaba; se divertían. Muchísimo: el pastorcito ataba yescas a las colas de unos pajarracos que había cazado con liga.

A la noche se armó un fuego fenomenal, pero no llegó el fuego, ni con mucho, a la finca; tiró para La Jarilla. Era como las chovas a las que ataban la yesca; volaban todas para La Jarilla. Les pegaba fuego el pastorcito, y volaban con un graznido cruel que se enronquecía al rebote del eco en las peñas.

—Es que son muy feroces. Se comen los ojos de los muertos.

Los ojos de los muertos. Los muertos. Él a su padre naturalmente no le dijo palabra. Le pareció que su padre se pondría furioso con el pastorcito. Y el pastorcito le dio la tórtola:

—Cuando tengas una jaula, ven por la tórtola.

Le encargaron la jaula. Y Daniel se presentó un día con la tórtola en su jaula. Don Pedro otra vez dijo:

—Ese pastorcito...

Fue a darle las gracias y le llevó un cinturón que le habían comprado para que se lo regalase; le habló de la noche del fuego. Pero el pastor callaba. Aquello le preocupó, y tanto, que Alonso dejó de frecuentarle; cuando se veían, era hijo de Cándido y se llamaba Cándido, el pastorcito miraba para otro lado.

Olerían ahora en las rozas la retama. Le gustará a mamá la flor pequeñita amarilla de la retama. Un amarillo como el de las camisas que él viste, de franela. Igual que la mañana de la vacuna, en que inventó su rueda voladora. Pocas veces, pero se acuerda de la rueda voladora. No es posible que la rueda volase... Volaba. Trata de ahondar

en la memoria, en el secreto de la rueda volandera, y la pereza le vence, y se queda convencido de que esa rueda, la mañana de las vacunas, voló, aunque no sabe cómo haría para ponerla en vuelo. Se cansa. Abandona.

De buena gana Alonso viñado abajo se llegaba al río. Estarán ya en la vega. Mamá, ¿verá entre los árboles el álamo? A él no le consienten acercarse al río. Es un álamo blanco. Pero aquella tarde le cogieron saliendo del agua con una sola bota. Cándido le dijo que lo que debería es hacerse de unos zancos. Él ya no se habla con ése; ni con ningún otro pastorcito.

Él era... ¡Qué mayor, a qué distancia se ve! Cuando recuerda que se volvía para casa aquella tarde saliendo del regato sin una bota, mira Alonso delante de sí, y como si estuviera al espejo, se sonríe. Este año ingresa en el Instituto. Solo, voceándolo, se ha metido entre ceja y ceja el tema de los ornitorrincos. Está con la camisa arremangada y siente la tibieza de la primavera. Pues ya sabe lo que quiere ser: El estudiante; eso es lo que él va a ser.

AMARGO

Cavila sobre un campo y lo compra, / y con el fruto de sus manos planta una viña.

PROV. 31, 16

—¿Vamos?

Habían hecho parada, y seguían hacia el arroyo que, entre la viña y el retamar, cruza Los Naipes. Tomaron el camino de la Mota.

—La tartana, ¿qué tal?

La tartana era el carrito de Zacarías, quien, viejo ya para el jaleo de los portes, se limitó al oficio, cartero, propio de su destino: Zacarías el correo. Apenas aligerado el carrito, porque ni más arreglo sería posible ni le era preciso, su toldo azul claro y la pestaña le daban un cierto aire de cartagenera, alegre de campanillas el collarón, de tiro Cartujo. Iba al pescante el guarda, con respetos excesivos para Cartujo y muy sobre todo en presencia de la señora.

Isabel en la Dehesilla gozó lo menos trabajado: los mantos del cantueso de altas varitas moradas, la pradera en flor, blanca y amarilla; tierra virgen, no penetrada de la reja rompedora. Caminaban al paso, bajo los alcornos. Todo el suelo era ramujo.

No hubieran hace cuatro años podido andar este naipe. El paisaje ha ido cambiando. Ya las primeras nubes entoldan el sol. Hay amaneceres con niebla. Es abril y de mañana el rocío luce en el yerbazal. El aire es respirable y fragante de esa vegetación misma, castigada. Poda, limpias, aclareos, van formando la dehesa; ha disminuido la espesura del monte, su porte ha sido modificado, aliviados los terrenos para la sembradura. En esa haza, antes aduendada, alcornos y encinas unían sus copas altas, redondas; se hundía el pie en la hojarasca, la crujiente hoja de oro a la que no llegaba la luz; no prosperaba el arbusto ni la hierba crecía; el fruto era poco, ninguno el pasto; la tierra, inútil para la novilla y el recental.

—Yo aquí haría un prado; la sequía no importa. Pero me he puesto a labrar. De momento, el posido favorece. ¿Y luego? ¿Quién me compensa del gasto de los abonos? Habrá una cosecha que se pierde por falta, otra por sobra, de lluvia. ¿Y las heladas? ¿Y la piedra? El labrado lo doblo y no rinde doble, sino lo mismo; lo que se

me dobla es el trabajo... No veo utilidad en la labranza; siembro, por la limpieza, por el monte. El negocio era comprar, como compré, una finca abandonada, y al pastoreo.

—Es otra cosa —interrumpe Daniel—. Esas cosas que los hombres como usted no hacen, porque no les está el hacerlas...

—No lo hice, pero no saldré de empeños.

Y volviéndose para Isabel:

—Iremos alternando: un año barbecho, otro siembra; y la rastrojera. El que viene, aquí a este barbecho se trae la siembra. ¡Tres años para una cosecha! Y a esperar... Hay que ir limpiando el renuevo, arrancar jarales y el tomillo, y las aulagas. Después de la rastrojera, ¡que majadeen! Estamos para volver a empezar. Mientras, se va adhesando el monte, haciéndose.

La formación de la dehesa tampoco se vio libre de amagos. No es que ya hubiese litigio de lindes, ni fuegos, ni oveja no consentida; con don Pedro no se jugaba. Pero en la umbría, antes del alba resonaban las talas del leñador furtivo; había soledades, fáciles al pastor que maquina y ata incendios. La tierra, el otro año, era sequía de Sinaí. Este, una riada sacó de madre las aguas y ha dejado al pequeño puente en seco.

—Ahí lo verás.

Bajaron. Quitó Daniel unas lanchas del portillo y con el caballo del diestro consiguió que pasara la tartana; en el cercado, desenganchó. Crecido de mimbrones, brincaba y seguía, hilo pero río, continuo, limpio. La tierra, de vegas, se allanaba; funcionaba la bomba de la noria; todas las primaveras vaciaban el pozo. El aire, todas las primaveras, se impregnaba del humo blanco de los carboneos, desde el amanecer; si no fuera por la aspereza de la subida, verían en la raña, que ahora se llama el retamar, los ceniceros. Ha ido el guarda espigando los rosales de luna y ha ordenado un ramo, espléndido, para Isabel. Viña arriba, andando y viendo, ya no hay tantos caminos en la finca ni piedra vieja al agarre de los amargueros o para dormición del lagarto; pero los cuatro espárragos de un revuelto, sí que se cogerán.

Las vegas era esta riverilla; a la derecha, nula por la sombra del talud y los desprendimientos. Han dinamitado medio talud, lo han reducido, y alzado unos diques para contención del retamar. Andan ahora en las faenas del encauzamiento. Don Pedro el primer año arrendó estos pastos, de novillero; su importe lo destinó a mejora de la vega misma. Puso en marcha la noria y trazaron un remedo, un abanico de riegos. La grandeza de creación de otra hoja de monte, aquí, parecida y distinta a la Dehesilla, era el orgullo de su trabajo, el pago de sus cuidados: una maceta inmensa, mimada. Desde el origen la soñó así; en la raña, estéril, un colosalismo de jardinería.

La realidad le ha concedido, de esos sueños, su porción menor. Le ha traído también, la realidad, gozos íntimos: ya nadie llama a estas tierras finca maldita; don Pedro no le ha puesto nombre; don Pedro, como todos, dice: Los Naipes. Una ería, barajada y repartida en 162 suertes; pagaba el agraciado un veinte por ciento del valor de su lote; le prestaban para ese primer pago: el único; inmediatamente, malvendía.

El genio de la unificación atesoraba para nadie: para el Tesoro, que se quedó con Los Naipes.

Aún los lindes de la Dehesilla movían mil litigios; los poderosos alteraban las rayas; quien se oponía era procesado; al que reclamaba no se le hacía caso. Hubo de armarse don Pedro de paciencia y de valor. Aguardó en noches propicias, hizo cara al desamparo de las sombras. Puso cepos de lobo; vigiló personalmente, sin ni siquiera implicar al guarda, tercerola al brazo. Isabel, ¡ella qué sabe!

—El niño cree que esto es un álamo...

Pero lo es: álamo blanco.

—Ese niño está siempre a vueltas con su álamo.

En la ribera, al cariño del pozo, para encanto de unos cenadores, crecían como dos docenas de árboles de regalo y —ciruelos de ciruela negra, breval temprana, perales de agua, higueras de los higos pasos, granado, membrillo—, árboles frutales. Centinelas de la sed, una punta de chopos, un álamo blanco.

—Pues ahí lo ves: el río, todo un río. Y aquí no hay lluvias. Las nubes del mar, bajas, se estampan en la sierra; no llegan al pueblo. En noviembre si acaso, en abril, un que otro chubasco. Pero nos metemos en el verano, y ya me dirás: el nublado, el diluvio... Esas tierras las arrasó la última tormenta; se echó de golpe sobre el río y lo sacó del lecho. Se lo ha llevado todo. ¿Ves ese puente? Varado, lejos del nuevo cauce, puente sin agua, para nada; como la tierra, sin fuerza. Esto, se remedia o estoy demás aquí.

Y fue deteniéndose en las zanjas, estrechas, en ángulo con el río. Ya en alguna de esas zanjas, llenas de maleza, han nacido las cañas; poco a poco un laberinto de raicillas principiará a fijar las aguas y con los años irán, pocos años, espigándose los árboles pobladores del ribazo.

—Yo tengo fe en este encauzamiento.

El arroyo, que se descuelga de la serrata, pasa a la finca tortuoso, no hondo, no encajado. Lo primero fue el charco, unir las tablas de agua, dibujar retazo a retazo el río. Y de repente, esa catarata de nubes de verano...

Por el recodo bajaba la vega oscura, tierra limosa, fértil de aluviones. De la vega a la casa, como cuanto de la casa para la cancela, es plantación de primería: viña y olivo. Y todo el confín una locura blanca de espejismo; o tolvana, apenas el aire se cambiaba y sacudían los nublados su agua de torrentes. De trecho en trecho, en los relieves, una sorpresa de vivares, un cazadero.

—Levantaremos una casa en condiciones; una casa para vivir. Con vistas, pero no en el cortijo.

Isabel ha sentido al oír esas palabras un temblor de sobresalto. El pueblo, ¿entonces?

—¿Por qué no hacemos la casa en el pueblo? Alonso ¿dónde estudia? ¿Y la vendimia? Se necesita una bodega.

No la escucha. Y el guarda presiente en esas relaciones, a punto de saltar, una

chispa destructora; desearía no enterarse; remolonea; se va quedando atrás, se hace el distraído. La señora, piensa, no quiere salir del pueblo; es natural. Él no tiene mujer. El buey solo bien se lame. Él no tiene más que la noche y el día. El señor Leopoldo, por mal nombre el Breva y de familia tío carnal, se le murió dos años antes de que don Pedro apareciera en la finca. El tío Leopoldo era viudo; la casa y un majuelo que Daniel le heredó, los liquidó por cuatro cuartos; rápidamente. Se fue a la capital; se tomó las únicas vacaciones de su vida. Hombre solo y para viejo, no debe guardar plata, que eso es una tentación. Y se largó a París. ¡París! Llegó a la estación; tomó un taxi y, en su parla extremeña, enérgicamente, dijo: “¡A la fonda!”. Tuvo, tuvo para dar y tomar... Pero si don Pedro no se instala aquí, acabará viniendo de Pascuas a Ramos. ¡Qué más quieren los ganaderos! Y otra vez esto se hunde. Don Pedro ha mirado como impaciente, atrás; Daniel entonces apresura. Taciturno, don Pedro calla. Es una lucha sorda, terrible. Todo su impulso, esta delicia de cultivos, ¿para qué?

—Una gran viña —dice Daniel, a nadie.

—¿Ya se vendimia?

La cepa es joven, grácil de sarmientos. Este año ha sido azufrada y teñía el cobre una pámpana a medio hacer.

—El niño ha pedido un puesto. Y vendrá. Y se le pagará su jornalito de vendimia.

Don Pedro, dirigiéndose al guarda, que ha de correr unos pasos, y que se excusa:

—Estaba al rebusque de los brotes. Que ya empiezan los brotes de la viña...

—¿Y qué se dice, de que si hemos plantado vid europea y tal?

—Hay gustos para todo; hay opiniones. Desde luego a un plantador de ley no le irá nunca la vid americana. Lo que pasa es que con la filoxera, aunque, ¿aquí?, quejarnos aquí sería vicio, pues claro, la gente siempre tiene miedo.

—¿Cogeremos pronto la aceituna? —interrumpe Isabel.

—El olivar es para nietos. Digo, eso es lo dicho: casa de padres, viña de abuelo...

Nota que ha disparatado: pero que de disloque en disloque. Ve lívido al capitán. Ríe nervioso, y agrega:

—Desde luego, para un refrán hay otro refrán que dice lo mismo, sólo que al revés. Otro refrán...

No le sale, no encuentra Daniel ese otro en su abastado refranero y se dirige a la señora:

—Esto es una gloria. ¡Viera usted aquí el Alonsito! Y donde más y mejor, entre los olivos. ¡Alguna varita le he cortado! Más de una vara, ya lo creo. Y me decía: “Daniel, esta verde y fina, que es la que escuece”. Cosas de chicos... Pero es verdad: una varita pica y guía como ni espuela ni látigo al caballo. La otra mañana estuvimos pues haciendo una flecha; un arco de esos para flechas; y hasta la cuerda, porque le trencé la cáscara de unas varitas. Todo era olivo, ya ve usted...

Isabel no cede. Pone intención de disconformidad en sus palabras, pocas y como no vestidas de malicia.

—¿Y cuándo podrá este olivar echarles el diablo del cortijo? ¡Ay, que yo no lo

veo!

Van las preguntas y los silencios, Isabel, don Pedro, cargándose. La bodega ¿dónde?; el pueblo que es otra soledad, poblada de soledades. Raro que alcancen a ordeñar en esta hoja la aceituna temprana y morada, ni la amarga aceituna de verdeo; no espera Isabel la alegría de los amaneceres de hielo en la molina, orgullosos de su trujal; asocia don Pedro figuras y momentos: el Emperador, que en Yuste yacía con una rama de olivas en la mano; era el primer día de otoño; en la Alta Extremadura las olivas pintaban... No hay reparo que poner a la viña. El agricultor es una cosa y otra muy distinta cosa el plantador. Cada cepa ha de aparecer así: como un espejo.

—No me echas a rodar por un capricho todo esto. Con la primera cosecha levanto aquí una casa, en condiciones.

—¿Y el pueblo?

—Hay que vivir en la tierra. Cuidarla y atenderla. Una finca es una creación; no tolera abandonos.

—¿Ves? Te da preocupaciones increíbles.

—Más me daría el dejarla... Ya no.

—¿Y los pagos?

Don Pedro hubiera además dicho:

—“Ya no. Ya no se me resiste el campesino, ya no recela. Los jornales son pocos, pero nadie me culpa. Ven el hombre. Cuando me hizo falta, hasta quien le negara la sal y el pan al ingeniero, ha servido a la finca; me han acudido. Sí, como acudirían a un fuego, o una riada. Y a pagar cuando sea. No hay ningún perro ahorcado en ninguno de estos árboles. Martino es un ejemplar soberbio que está ahora mismo a la sombra de la tartana; cuando ve al niño, corre a él, se le pone en dos patas, le echa las manos a los hombros y lo derriba...”. Pero dice:

—En el pueblo, lo que hay es que hacer la bodega.

—Alonso estudia No hay aquí medios; aquí no se estudia.

—La cosecha habrá que meterla en algún sitio. Habrá que hacer vino. Se necesita bodega, no casa. Ya tenemos allí casa. ¿Me oyes? Una bodega.

Contrasta Isabel, a ojos de don Pedro, con la adhesión elemental del guarda. No. No traiciona él esas lealtades. Sobre dolor tanto, ha sido quizá su única ganancia verdadera: la confianza de un hombre hecho y derecho. Lealtad, fuerza tremenda... Una fuerza primaria y suficiente. Una fuerza para continuar, continuar... Mira al guarda, mira a Isabel, y la invita a volverse al pueblo o al cortijo, donde ella mande, en la tartana.

Hay una dulce tristeza en el silencio de Daniel. Cuando el cuento del perro ahorcado, el otro guarda removi6 en la jefatura, le denunci6. Le quisieron empapelar. Arregló don Pedro el asunto y el guarda al servicio de Los Naipes, se jur6 con don Pedro para todo, para siempre en la finca nueva. Les diría: “Aquí me quedo yo”. Pero sabe que en estos casos no hay que decir nada. Y echa hacia el portillo lentamente, alejándose, abrumado, a enganchar. Cuando desaparece, Isabel intenta una súplica:

—Pedro...

—¡Hostias!

Y tira camino arriba por entre los sarmientos, enloquecidamente, solo, sin volver la vista atrás.

TERCERA PARTE

EL ÉXODO

LA CASA DEL CAPITÁN

BLANCO

¡Retorno a la naturaleza...! ¿A qué otra cosa se puede retornar? ¿Qué encontrar fuera de sí mismo...? ¿Pero qué encontrar en sí, sino también la naturaleza?

A. GIDE

Han estrenado la casa. Es casa grande; se alza sobre una manzana de frágiles casitas arrasadas. La bodega es capaz; en sus conos y tinajas cogería la vendimia del pueblo todo. Zuman frescor los muros de la casa; a la bóveda, de rosca, la ha sucedido el cielo raso; las habitaciones abren al exterior; las de la planta primera corren una galería de antepechos al patio de cristales. Entre la casa y la bodega, media la corraliza, de proporciones, enguijada; la muerden anejos a techo vano, de cochera, pesebres y desahogo; los doblados de la bodega dan para trojes, pajar, aperos, leña. No han sido amuebladas muchas de las habitaciones, veintitantas, de la casa. Isabel aborrecía la casa de los rayos. Isabel come casa.

Ha cumplido Alonso once años y sigue el bachillerato desde casa. No se levanta a hora temprana, acostumbrado a velar junto al padre. Más ahora en que han puesto pararrayos y han instalado luz eléctrica. En su primera visita, no médica, de amigo, don Angel les ha dicho:

—Ustedes son la fidelidad a la meteorología; de la casa de los rayos se han pasado a la casa de los pararrayos.

Pero la frase de don Angel no ha prosperado; orgulloso de la casa grande, el pueblo la llama la casa del capitán.

Desde que se vinieron de la finca al pueblo, de la casa de piedra a ésta, cemento y hierro, Alonso las horas de su mañana se le pasan descubriendo la calle. Como a las once, hoy, le ha despertado la sonería del tocador de sartenes. Ha salido Alonso al balcón y ha permanecido absorto contemplando la escena: lento, solemne, el tocador andaba unos pasos; se detenía y lanzaba en medio de la calle su pregón; inmediatamente, zancajo, moreno, de sombrero viejo flexible, su figura iba desapareciendo y sólo se oían preguntas, protestas, regateos, de las mujeres de ese trozo de calle, que le formaban corro y tapaban a la vista de Alonso.

Sartenes anchas, matanceras; sartenejas de niña, del redondel de un plato de taza;

oscuras sartenitas relijadas, metal puro. Y pues ¿qué metal? Se abría un tanto el corro y el ambulante emergía de las sartenes que le colgaban hombros, espalda, pecho, cintura, trabadas por un secreto de oficio. Inmutable, continuaba el sartenero calle adelante, pregonera la voz: “¡Sartenes!”; las manos ágiles de acordista manejando, tocando con martillito de hierro los registros mil de la sartenería: el son grave de la sartén miguera, el tilinteo de las sartenes de hornillo, la vuelta del fondo de cazo, los niveles varios de la tamborada, la templadísima lámina del mástil...

Todavía llamado a un umbral, a punto de ya doblar la esquina, tornaba a detenerse y ponía a sus pies el simplicísimo aparejo del establecimiento. Le sacaban un lebrillo, una jarra, un plato de pared, quebrados. Encendía trocado en lañador su miniatura de horno y sobre una bayeta iba en el suelo disponiendo los útiles de su arte: los alicates planos, el cortafríos, la espátula, el triángulo, estaño y soldadores. Juntaba las piezas de loza y tomaba el parahuso, atento a que los taladros no traspasaran al interior; cortaba las lañas del alambre de cobre o el alambre de acero, y las embutía con el martillito de las dos bocas, estrechas. Metía la espátula en el bote de betún y restañaba hasta dejar la grapa en el lebrillo, la jarra, el plato de pared, sin rebaba alguna.

—¡Vale!

Alonso esta mañana ha salido en busca de un árbol. Antes de abrir los libros, ha querido callejear, despejarse, y dar un vistazo a las afueras, a una ronda que se llama calleja de los Almendros. Hay en esa calleja, entre las falsas de las casas y los cercones de pared de piedra, un árbol, un solo árbol, de tronco grueso derecho, altísimo, que se yergue y sobrexcede a los tejados, y es lo primero que el visitante ve si se acerca a Centenera, y lo último que le acompaña, aun después de la torre y el cucurucho del campanario y la veleta del gallo de hierro, si, alejándose, echa de cuando en cuando una mirada atrás. En ese árbol que se le representa como símbolo mismo del pueblo, ve Alonso la medida de sus años de niñez. Nunca se le ocurrió preguntar si el árbol de la calleja de los Almendros es o no es verdaderamente un álamo. Y, mucho menos, qué especie de álamo, si es que es álamo, será.

—Blando, con la uña se raya.

Desde la casa de piedra, en aquel balcón al patio, lo veía. Lo malo de la casa nueva, la casa grande, es que no tiene vistas. No olvida Alonso aquellos días que se le pasaron sin salir, con fiebre de vacunas. Pegándose a los cristales, a la parte del río, sobre las últimas casas se labraba, enhiesto en el azul, cima todo, el álamo. Le acompañaba la primita, él encendidamente:

—Mira en la sierra la casa de la carbonerilla, que es muy amiga mía. Y esa mancha roja andante, de penacho de humo: es la locomotora; el tren acaba de pasar la estación de las Monjas... Y mira, ¿ves?, mira: el álamo. Es álamo blanco. Yo le voy a hacer una raya para luego, otro año, ver lo que he crecido. Ven tú si quieres, ¿eh?

Lo que esta mañana, a un lustro de aquel día inscrito en la memoria de Alonso por la vacuna y el invento de una rueda que volaba y sobre cuyo ingenio cien veces ha

vuelto sin que se le alcance cómo aquella rueda pudo volar, y que le trajo una temporada frenético de ruedas, coleccionista de ruedas, nombres de rueda, lo que esta mañana se le ha ocurrido y le ha impulsado a la calleja de los Almendros es que, de parecida manera, habrá también crecido el álamo.

La raya que entonces hizo, si es que tal raya al cabo de los años y la temperie se nota en la corteza, no será la distancia de la incisión al suelo en que, sin descalzarse para más feliz medida, puso Alonso los pies. Pero el álamo habrá crecido; si no lo que Alonso, tanto como para que la raya carezca de los valores de un índice cabal. Y además, ese álamo debe de crecer mucho. Es árbol joven; no joven: un árbol es joven con ochenta años. La copa de ese álamo tira para arriba; no es redonda como en las viejas encinas ni se aplana, que es lo que le pasa a la copa cuando se hace árbol antiguo, de esos que el pueblo venera como una reliquia. Sí que el álamo de la calleja de los Almendros le parece una reliquia, y la que más del pueblo, pero admite que todavía esa idea no esté generalizada.

Según se llega a la calleja del álamo, Alonso, que ni en casa ha dicho a dónde va y lo que va es despacio, sigiloso, con su secreto en los adentros, piensa que él nunca ha visto así como muchos álamos, y no acertaría a distinguir si, por ejemplo en un examen, se le preguntara las diferencias entre álamo negro y álamo blanco. No confundiría, ¡si él se ha criado entre árboles!, sauce y álamo, como los confunde un texto de ilustraciones vivísimas y donde hay la de una porcelana de la Casita del Príncipe, en El Escorial, y que dice: “Helíadas, hijas del Sol, convertidas en álamos”, cuando los árboles que siempre lloran y que allí se pueden ver, son sauces.

Necesita Alonso volver esta mañana, ver ese álamo: y en el tronco, liso porque efectivamente es árbol nuevo y, aunque grueso, toma su tronco el mismo blanco gris de las ramas altas, buscar la primera raya en la corteza. Bastaba la uña, pero Alonso lo hirió con la punta de un lápiz; le rompió la mina y entonces fue como verdaderamente rayaba.

Desde aquel día, no ha ido Alonso a la calleja de los Almendros o, si ha pasado por la calleja, no ha reparado al pasar en el álamo. Ha sido ahora, al ahora faltarle desde la casa nueva la imagen de aquella copa, tallada, prolongada en el cielo, cuando ha revivido la escena y le ha nacido la razón de la apuesta: pues, ¿quién, el niño, el álamo, crecería más? Año por año se volverían a medir.

Fabulando, camino del álamo, Alonso, que no pensaba entrar, ha visto por la ventana, ante el muñeco de bolillos, el bulto de Ignacia, ¿o será Laurín?, y ha llamado en la casa de las dos muchachas. Alonso tiene once años, pero el sentido de las relaciones. Y algo le dice que debe hacer esta visita a doña Natalia, viuda de Rubio. Las muchachas son dos, como un romance incompleto: Ignacia y Laura Rubio, Laurín.

Visten las dos de negro; las dos tienen la cara pálida. El luto las sigue como la sombra al cuerpo; cuando están para un alivio, lejos de la muerte del abuelo paterno, les cae el otro más severo luto por la tía carnal. Las muchachas de la casa de las dos

muchachas están sin novio. No les consiente doña Natalia ir de baile, en los intermedios fugaces y como increíbles del entreluto, ni que bajen al paseo de la carretera o salgan a la puerta de la calle; ni incluso el asomarse a la reja, la ventana encristalada y tupida de muselinas: que es mucha la transparencia, y en las fases de actividad del duelo escandalosa, de los visillos.

Doña Natalia es amiga, de Isabel no, de don Pedro, y no ha tenido hijos varones. Alonso entra en la casa de las dos muchachas por esa circunstancia excepcionalísima y habla con Laurín, que tiene como él once años, el cuello delicado, largamente esculpido, fino, los dientes amarillos y las medias negras. Hablar, hablar Alonso y Laurín apenas hablan; están un rato juntos, a la camilla, y doña Natalia de vez en cuando se dirige a Alonso, le pregunta por sus estudios y en un suspiro:

—¡Ay, pero qué niño tan listo!

En silencio, Laurín y Alonso miran a Ignacia, los dedos marfilinos y prestidigitadores bailándole el son a los palillos. Blondas de seda, encajes de hilo, albas; hasta veinte docenas de bolillos manejó en un mismo muñeco Ignacia, matriarca de esta danza, única danza compatible con el sentido luctuoso de la existencia en la casa de las dos muchachas.

Alonso, de repente, cae en la cuenta no del álamo, pero ¿habrá nidos, de qué pájaros, en ese álamo a pájaros?, sino de los estudios. —“Tengo mucho que estudiar”, “¡Ay, qué listo, pero qué niño más listo!”—, y se despide.

A la vuelta de la esquina se topa con los Leones: Gerardo León, y el León menor, dos años, un año, sobre los de Alonso. Cursan por libre el segundo de bachillerato; y Alonso ya no va a casa, porque han acordado estudiar en el campo y teme que, de llegarse a casa, no le dejen salir. Y también podrá estudiar en los libros de los Leones.

Terminan la mañana en los canchales, Alonso hojeando una geografía, recogiendo los tres piedras para la caja de minerales, y el pequeño de los Leones saca unos puros cogidos de la cigarrera del tío con quien viven. Hijos del veterinario del pueblo grande, los hermanos León pasan el curso no en el pueblo grande, sino en la casa que el veterinario tiene en Centenera y de la que cuida un tío de los estudiantes.

El León menor, que quiere ser boticario, ha descubierto la delicia de aromar de unas gotas de esencia el tabaco picado. A la sombra de la cerca del eucalipto gordo, han encendido los cigarros y Alonso es, a las pocas bocanadas, víctima primera de la náusea. No se mareara si, en lugar de esos puros negros, durísimos, que se astillan de sequedad, fumase tabaco aromático. Y el pequeño León, seguro de sus industrias y maña de hombre de criterio, le tienta y regala un paquetito de picadura.

Tarde para la hora de almuerzo, Alonso vuelve a casa. En la puerta se detiene. Su padre le aguardará, enojadísimo; olerá su padre a tabaco aún más negro; puede que a vino. Alonso al trasponer el umbral, tiembla.

—Entra conmigo —pide al León mayor. Y en voz alta, ya en el zaguán, anuncia —: Está aquí Gerardo...

No duda Alonso de que ni le tocarían. Todos se saben su papel. Alonso a veces

perfeccionaba la representación en el que le era propio: mentía en su contra, para que la comedia pareciese verosímil, para más real. ¿Se le admitía? Era la mentira innecesaria y la atribución purificadora de su poquito de culpa. No solía participar el padre, no entraba en el juego. Ahora Alonso, alzando la voz, se dirige a su amigo y claro está que para que el padre le oiga:

—Esta tarde no salgo —dice—. No, esta tarde tengo mucho que estudiar.

Y lo despide. Escapa al dormitorio y mete en la mesilla de noche el paquetito de tabaco. Echa el aliento a la pared porque no le huelan a ese cochino puro que le revolvió. Y se va a la mesa, puesta, a la espera de su llegada.

Los tres a la mesa, y no hablan. Alonso no levanta los ojos. Cuando terminan, don Pedro abre su caja de tabaco. Ha mirado para Alonso, y Alonso enrojece. Don Pedro no dice palabra. Todos en casa acatan el principio de los inconvenientes del trabajo a la hora de la digestión. Hoy sin expresamente hablar para el padre ni para la madre, se pone Alonso en pie y declara que tiene pero mucho que trabajar y que se va arriba.

Inmediatamente, en su habitación, Alonso toma la Biblia, sacada hace unos días del curato. Y se embebe en la lectura de la Biblia; baja la guardia. De pronto, como si hubiera oído pasos, corre a esconder la Biblia en la estantería, al otro lado del cuarto. Apenas de nuevo se sienta y abre el texto de la Historia por el capítulo que le caiga en suerte y que es el de los trece de la fama, entra su padre y acerca una silla, frente a Alonso.

Quien, como si con él no fuere, ha hundido la cabeza abstraídísimo en las páginas de la Historia. No por eso Alonso acierta a fijar su atención en la lectura, y se queda paralizado de oír a su padre, lentamente:

—Dame ese libro que has metido ahí, bajo el estante.

Ha tomado el libro don Pedro y ha aguardado. En cuanto Alonso se ha vuelto a sentar, le ha arrojado el libro a la cabeza. Alonso no se ha movido. Alonso no llora. Alonso ha madurado en clima de amenazas: no para que no creyera en ellas, sino para más dimensión de su medida en el sufrimiento, le amagaban con el castigo físico y Alonso no huía: le aterraba multiplicar cualquiera falta por la gravísima de hurtarles su pena. No escapaba, le sonrojaba eludir. Ahora, no se ha movido; está muerto de terror, y no se ha movido. Sí que ya don Pedro se cuidó de lanzar el libro como a un metro de la cabeza de Alonso, por si acaso...

Don Pedro ha salido del cuarto, y no ha tardado en subir Isabel. Le ha pedido a Alonso una explicación, le ha invitado a inventársela, porque tampoco, nada malo, habría en la lectura de la Biblia.

Furioso, Alonso dice no; está seguro de que, si el padre se entera, se pone de su parte. Cuando en alguna ocasión se ha quedado sin postre, o sin merienda, y la madre después, a escondidas, le ha llevado el postre o la merienda —Toma, papá no lo sabe—, no aceptaba. Tiraba el plato. ¡La madre, y no se atrevía a condenar! Era el poder inútil. Si el juego se les descubría, don Pedro saltaba, se colocaba del lado de Alonso.

Pero hoy el padre, que antes de sorprenderle había pasado por la alcoba y había

descubierto el paquetito de tabaco, del que no dijo nada sino que se lo llevó, no se entera. Y Alonso recibe la orden de cerrar el cuarto y dar la llave a la madre, porque no estudiará más. Nunca más.

AMARGO

Don Pedro se ha hecho esta casa, por Alonso. Nunca dejó de parecerle un disparate. La insistencia de Isabel, su invocación a los estudios y el acierto de los primeros exámenes de Alonso, todo eso, le decidió. Pero Alonso no estudia. Le ha dado el padre libertad para que se gobierne por sí mismo. Y Alonso, es evidente: no estudia; se pasa la mañana siguiendo, ¿qué?, escenas de una comedia para pobres; anda en malas compañías: esos desgraciados hijos del veterinario que tan desmesuradamente se apellida León y a quienes la madre aleja para su holgura de entretenida del viejo Álvaro. Y Alonso aprende a leer pues con pecaminosidad el Libro de los Cantares; y hace cochinas como la del tabaco perfumado... No va más. En el colmo de la indignación, don Pedro le llama.

Cuando está en su presencia, se dirige a Isabel; grita:

—Éste no tiene remedio. ¿Tú no quieres que le castigue? Pues no tiene remedio. ¡Ah, lo que yo no haré es mantener vagos en mi casa! Yo no respondo de los actos de un zángano. Así que, ¡al reformatorio! Se le manda a un reformatorio. Y nos quitamos de disgustos y diferencias: que si tú no lo educas, que el niño sufre... ¡A otra cosa!

Don Pedro debe de tener no muy clara idea de lo que es un reformatorio. Amenaza con lo más cruel quién sabe si para Alonso, si para él mismo: la separación de lo único, ese hijo, que le justifica la existencia.

Isabel no ha estado a la altura de la representación; ha tanteado vagamente una defensa por la vía del arrepentimiento. Y no ha conseguido implicar al muchacho. Ha provocado nuevas amenazas y que Alonso mismo sienta la torpeza de sus intervenciones:

—Él no vuelve. ¿Verdad, hijo mío? Díselo tú: Ya no vuelvo. Desde mañana voy a estudiar, y luego, cuando haya estudiado, y estudiado mucho, saldré. Porque papá no dice que no salgas ni que te estés ahí entre cuatro paredes las horas muertas...

Alonso no prometía. Se encorajaba el padre. Y perfeccionaba la cuerda oral de las torturas.

—¿Mañana? Este mañana va a los puercos... Que haga ahora lo que quiera. ¡Largo! Mañana, con su zurrón y a guardar puercos.

Y mandaba recado: a la noche, que acudiera a casa el porquero.

Para construir, se ha metido en duros empeños. Lo que daba la finca se lo llevaba, y más, la propia finca; no había aún cosecha, sino las irregulares recogidas de una sembradura de entretenimiento: cebadas, un puñado; cuatro costales de trigo, en la parte de la Dehesilla que sería con el tiempo hoja de labranza. Los dineros sacados de Los Naipes, la venta de las leñas, el arriendo de pastos, la montanera, los invirtió con creces en mejoras de la casa forestal, núcleo de un cortijo desde el que regir la finca. De su paga de retirado, más de un mes han salido unos duros para completar jornales, y tiene todavía a rédito la plantación. Para levantar esta casa le han hecho firmar serios compromisos: no es suya la casa; no lo es, aunque de pago aplazadísimo, la finca. La cosecha, este año va al pierde, y se lo dice el corazón, que ésa no es tierra labrantía; cualquier imprevisto, y le alcanzan: le coge sin fondos el pagaré. Y don Pedro, que ha arrancado avales de un compañero de milicia, residente en la capital, rico por casa, piensa esta única salida: pegarse un tiro.

Su cuidado es tener al día las cuotas en el colegio de huérfanos, por la formación de Alonso; para la viuda, algo quedará; y los bienes de herencia, que jamás él tocó. Todo es preocupación, estrechez cotidiana: el plazo de las matrículas, los talones del fisco. ¡Y que ese crío no aproveche!

No corre el dinero, pero Isabel se sabe rica en especies: no conoce casa igual en porte, en fasto, el pueblo ni otros muchos pueblos. Están los muros frescos todavía, la fábrica reciente, y ya Isabel ha conseguido lo insólito: la pintura, con mano de arte, de las habitaciones.

Era un último bohemio, un pintor en retirada; era un desastre de hombre. Isabel, nadie sabe cómo lo ha encontrado. Carretera adelante, en la cantina de los paradores, se le vio, el labio fácil para la parla, para el vino, viejo el chambergo, la capa airosa, en corros al embebecimiento de su palabra que, era Alonso, y nada le entendía.

A la mañana, volvió Alonso a verle y en su propia casa; montaba unos andamios; iba a pintar los interiores de la casa nueva. Lo tendrían a manteles y de cobijo los altos de la bodega, en el pajar. Le llamaban Maestro, de sobrehúsa el Monas. Nadie en casa del capitán quebrantaría el compromiso de preguntarle quién fuera, ni de dónde venía ni cuáles caminos pensaba seguir.

El Maestro era pequeño de estatura, entrado en edad, el bigote rubio y los ojos ausentes, de mirada cuando miraban tiernamente azul. Traía la palabra iluminada, la voz ronca. Había principiado por tender fondos pálidos suaves, rosas, verdes, en las anchas paredes del patio. Y a ratos, inspirado, iba en esos fondos componiendo pintura de países, costumbres de Centenera. Raramente hablaba y nunca de sus propósitos; escuchaba las sugerencias de Isabel; no contradecía. Y Alonso creyó que el Maestro bien podría fijar en esos muros la historia del pueblo: sus horas y sus obras.

Alonso en el comedor, donde el Maestro ha pasado el día trabajando, se ha puesto a copiar una pintura, minucioso, a sólo línea. Es en efecto escena de Centenera. Sobre un término de astillero de carros de labranza, el pintor ha ilustrado este trabajo: el calce de una rueda. Rojea el cerco bajo terrero de las llamas; manos curtidas, morenas, empuñan las pértigas que, a la redonda, alzan de sobre los fuegos el aro de hierro; al lado, al aire, tendida en su cujera, yace la rueda de pinas en que la llanta, al rojo vivo, al blanco, ha de encajar. Un chiquillo, que es como una miniatura del pintor, ennoblecidos de color y gracia sus harapos, sigue atento a rociar de una caldera las rápidas quemaduras con que el hierro pone la marca de su calce.

La mano de hombres, los matices del rojo, el cerco de las llamas, la pureza de la rueda descalza, los reflejos del agua y el cobre, todo es prueba de un primer pincel. Por la entrada sin puertas, ancha, de la carretería, luce en los lejos el crepúsculo de la atardecida, verde y cárdeno, encendido, gloriosamente.

Y cuando Alonso contempla, traída a su papel, la escena, ya sin luz la ventana, le avisan de que su padre quiere hablarle, en el patio, y que acaba de llegar Justo, el porquero.

—Bueno. Pues aquí lo tiene. Mañana, a guardar puercos.

Reía el viejo, desdentado, horriblemente; como de caracola, remota y honda la voz. Era el más viejo de los viejos. Y debió de ser hombre de talla, corpachón para eso: cuidar de las piaras de la comuna... No había visto Alonso rostro tal de rugoso. Fruncían aquellos labios un silencio de sentimientos imposibles, la palabra perezosa, hundidos los ojos y distantes.

—Muy bien, muy bien. Ya me estaba haciendo falta una mano. Sólo que habrá que levantarse con el alba, mocito, y ya verás cómo las sábanas se te pegan, ya lo verás.

Sí, algún día, a esa hora aún sin sol, Alonso en desvela o de viaje, ha oído en las calles el toque de bígaro, y las puertas de los corrales abrirse, y cerrarse tras el cerdo, que saltaba a la calle donde el porquero los reunía y encaminaba para las afueras. En que muchas otras veces los vio, atado el verraco, las paridas en piara aparte, esponjando los lechoncillos un suelo de hierba rala, a la querencia de la charca. El porquero en unas piedras, estatua o espantapájaros, zurrón al hombro y en las manos una cayada que amarillecía, rayada de dibujos incisos, renegridos del tiempo; el mismo que iría marfileando el fondo de fuste de la garrota, pesada, pero arrojadiza y temible manejada por aquel viejo titán.

Luego, al tardecer, iba contándolos en las corraleras y, a toque de caracol, les daba suelta; desmandados los cerdos, los negros cerdos de sangre africana, capa lampiña pizarra, el tronco alongado, el hocico pequeño, veloces del ejido al pueblo y por las calles del pueblo cada cual a su casa, donde habrían escuchado el caracol y puesto en el dornajo los piensos de la noche.

¿No es para Alonso humillante? Admiraba Alonso la niñez de Pizarro, y se lo figuraba muchacho en la dehesa, en los canchales, al cuidado de la piara, bajo las

encinas de bellota de corona blanca, o las alargadas amargas bellotas de alcornoque; miraba el muchacho los cielos y aun le entretenía el volver, a solas, porque en el cielo quería seguir el misterio del Carro, y las mulas del Carro, soñador de las siete estrellas.

Ahí, a unas leguas de Centenera, esa otra niñez también herida, padecida... Los viejos no se ablandaban. Alonso, un instante se notó a punto de lágrimas... ¡Jamás! Hubiere tenido que morir en el acto, se habría muerto si llega a llorar delante de un capador de cochinos... Intervino la madre; prometía en nombre de Alonso una rectificación: estudiaría. Y Alonso callaba. Sufría lo indecible. Callaba.

—Pues bien. Todo se ha intentado —dijo el padre. Y agregó—: Te mandaré a pasear la calle con un cartelito que diga: Burro. Esta noche, el Maestro Monas pintará ese cartel.

Alonso tembló de ver proclamada, ¿y los otros, las muchachas?, su ignorancia. ¡Ay, era procedimiento del que en épocas oscuras el mundo usó para humillación de vencidos! ¿Cómo el capitán no pensaba que él mismo formó en ejércitos capitulados, repatriados? Nunca don Pedro aceptó la derrota de ese ejército, retirado a traición. Quizá por eso ahora no se le ocurra, y no se avenga a disipar las cóleras con que presiona sobre el alma de un niño. Aunque sea su hijo, ese niño.

Tampoco el porquero advertía que un trabajo como el suyo se denigraba, trocándolo en pena de irrisión, de menoscabo y ofensa. Cuando Alonso un día recuerde, cuando comprenda y vea casos así, y hasta públicamente elogiados, ¡cuán indigno! Herían el sentimiento y a edad en que se decide acaso un carácter, acaso el destino de un ser.

Pero jamás pensó don Pedro la ejecución de su condena. Era comedia. Y se marchaba con el porquero, ¿comedia?, a la bodega, porque ya iban montando la tinajería para la primera cosecha, y muy pronto habría que empear.

Alonso no tenía colores; su caja estaba en el cuarto cerrado. Por eso no iluminó la copia del calce. Isabel vio y admiró el dibujo. Se decidió: subió al cuarto, le dio al muchacho los colores. Lápices de colores. Cuando el padre regresara, Isabel le mostraría la obra de su hijo. Y volvería todo a la paz. Quizá de momento, no. Pero a la madrugada, mientras fuera él leyendo su periódico, o los diccionarios enciclopédicos que, tomo a tomo, sucesivamente, sistemático, se bebía, le enseñaría ese cuadro: un cuadro del pueblo, que era su pueblo.

Sólo que, esa noche, no estará Alonso junto al padre, en el despacho. El padre avisaba que no vendría a cenar. Se fue a dormir Alonso y a la hora en punto le despertaba y sobrecogía la caracola llamando, “ene, ene”, a montanera de fantasía, este año anticipada para Alonso en los alcornocales de su terror.

10

EL COTO

BLANCO

En casa han tomado una decisión heroica: repasará con el padre. ¡Quién como don Pedro, en Centenera! Domina idiomas, matemáticas, gimnasia... Trazan un plan y acuerdan el horario: empezarán esta noche. Alonso tiene por delante la mañana.

Le despertó el bullicio de la matanza. Es matanza de temprano y Alonso está invitado a esa matanza. Cuando avance el otoño, como hacia Navidades, no habrá día sin rito; el puerco es la fiesta extremeña. Sueña Alonso estas Navidades, primeras en que le dejarán ir de matanza en matanza, probando, tiznándose, tocando un almirez, una zambomba, un triángulo, al aire de la danza.

De los fuegos, y Alonso recuenta hasta cuatro fuegos congregantes de la felicidad, el de celebración mayor es la matanza. Ahí, en el comedor, el Maestro ha pintado uno de esos cuatro fuegos; lo ha copiado, a color, Alonso: es el calce; una rueda de brasas y encima otra de hierro; así que el hierro esté al vivo, rojeante, blanco, su rueda de ascuas calzará las pinas del carro. Al Maestro le ha sugerido que traiga a otras paredes un fuego en el encinar, y el fuego de la empegadura de una tinaja. Los cuatro fuegos se completarían con éste, de colmo: la matanza.

El Maestro le ha dicho que no le importa nada complacerle pintando la escena de las tinajas. Alonso piensa que eso es decirle, “No veo arte en el fuego de los encinares”, cuando verdaderamente sería el cuadro del fuego. Aunque el propio Alonso duda de las posibilidades de llevar a lienzo, lienzo de pared, un tema como la matanza y en sus momentos de fuego: el chamusco, o las llenadoras a la lumbre. Y le ha pedido, pero a través de la madre, que no pinte por ahora las tres paredes en blanco del comedor. ¿Habrán invitado al Maestro —y será horrible, pero le llamarán maestro Monas—, a la matanza esta mañana?

Impávido, el pintor se plantaba en medio de la calle, sin capa, su chambergo más pequeño y más viejo, y tomaba apuntes de los trabajos que podrían ser motivos para su obra en la casa del capitán. Alonso le ha visto horas inmóvil mirar y de cuando en cuando rasguear algo en un cuaderno, secreto, inmenso, la tarde en que vinieron a la bodega nueva los empegadores.

De las carretas al portón se tendía una alfombra de capachos, cedidos por la molina, turbios y oleosos de ranciedad, como que habían resistido olla tras olla del agua hirviendo que alejaría de la pez toda porción de especie espúrea. Era de emoción el mimo con que el carrero y el guarda y empegador y ayudante gobernaban el descenso de la tinaja desde la carreta, acolchada de espartos, al suelo; y el segundo paso difícil de salvar la entrada sobre los carriles de unos leños, todo esterado de seras viejas y otras variedades de la espartería. La tinaja remontaba el duro tropiezo del umbral, y rodaba como en un solo hilo de barro que era el círculo mayor de su figura panzuda, grande la boca, el fondo estricto.

A la puerta mismo de la bodega ardía una lumbre recogida y viva, y al aire, sobre el corazón de la brasa, pendiente de un trípode que había levantado el ingenio y arte de empegadura, el oscuro cacharro de la pez que le daría baño y revestimiento al barro esmeradamente cocido y modelado por el tinajero. De regalo, para Alonso, habían traído y empegado un tinajón; que, pese al nombre en aumentativo, no alcanzaba ni con mucho la capacidad de las llamadas tinajuelas, y era de especie más ruin que la finchada familia de la tinajería.

Para largo se le agarró aquel olor de la pez derretida y los chorros goteantes en la flama donde brincaban y se fundían, y el choque del fuego contra las paredes de barro virgen, sediento, de la tinaja, que en torno de sí, en su propio eje de aire giraba y recibía el vidriado interior —el *albedriado* de los empegadores— exigido para un buen caldo, y muchos que lo haga en esta bodega. ¡Cómo no iba a sentir la belleza de todos esos trabajos, y llamas, y fulgores, el Maestro!

Pero, la matanza... ¿Se ofendería mamá de que en su comedor figurase, y elevado a categoría de creación de luz y color, para siempre, un puerco, el sacrificio del puerco? En la mañana, aunque esa noche heló, de amanecida seca y fría, el oficiante Muriel, por su nombre de más el Zurdo, de vocación matachín, aguarda junto al banquillo, en las holguras del corral, que la matanza es del señor Teófilo, casa con hacendeja, y no hay que llevar la ceremonia a los medios de la plaza.

Le traen el cerdo, amarrado de maromas, en una orgía de gruñidos que despabilan a la vecindad, en seguida colaborante. La chamarasca está en su punto; en las ollas el agua; junto al barreño el paquetón de la sal gorda. Penetran los berridos el azul, nubiloso, de la mañana. El ancho cuchillo matancero se rehúnde en la papada del cebón. El desangrado ha de ser perfecto; un cucharón de palo remueve, para que no se cuaje, la sangre en el barreño. Leña y retama alimentan la hoguera del chamuscado. Vuelto al banquillo de la muerte, raspado a teja, chapuzado del agua de las ollas, toma en su blancura una trasluz increíblemente rosa...

El otro momento en que el fuego es, cuando protagonista no, personaje, lo verá acabado el despiece. Hacen rueda al lar, de escabeles y tajos, las llenadoras. Una moza ajusta el carrizo en la zambomba de la cantarilla rota. Burbolla el agua en la anchurosa, luciente caldera de cobre.

Con el almuerzo han probado la asadura, en sopa de cachuelas y, pena de que no

sea cosechero, el vino de un año vertido al tinajón empegado para Alonso. Quien, sin que retiren manteles, se ha ido a dar una vuelta a la matanza. Don Pedro —no dirás que no te aviso— le ha recordado que esta noche estrenan clase y ya él verá cómo anda de lecciones. Tal vez Alonso pensaba que hoy fuera fiesta; la matanza es fiesta; la matanza es la inacabable fiesta del invierno extremeño: Navidades que pueden principiar en San Martín y, de cochino en cochino, llegarse a las Candelas. La madre le ha ayudado: que la tarde era buena, y lo que podía es volverse pronto, porque luego, a los entreluces, cuando se encienden los faroles, no se debe estar, y menos un niño, al húmedo del relente.

La clase era de noche, pero en las costumbres de casa realmente la noche principia después de cena, cuando lo más del pueblo duerme.

Ha salido Alonso y acabando la tarde ha subido la calle de la Iglesia. No hay calce en el astillero, cercano a la iglesia, y la niebla va invadiendo el atrio, enguijado, en cuesta, y desdibujando la puerta de la iglesia.

Que está abierta. En el cancel un monaguillo aguarda recado del cura o, no lo sabe, del alcalde, para escapar al campanario, porque han avisado de que hay fuego hacia la charca y que debe de ser grande el fuego. Está con Alonso el monaguillo y habla rumboso y como satisfecho de su papel.

Pero otro muchachote se les acerca y dice que es una tontería, que no se trata de ningún fuego, sino los rastrojos, que este año no los habían quemado, en los Cercones. Y que no toquen las campanas.

El monaguillo y Alonso entran y cierran la puerta. En la tiniebla del templo, de hornacinas sin santo y una tumba de obispo vacía, los muros apenas señalados por lamparitas en la penumbra, se cuelga Alonso del esquilón y el monaguillo le columpia desde el coro a las gradas del altar. Ya una vez la cadena de ese esquilón se ha desprendido y ha descalabrado a un monago. Y tiene que, además, suena la campanita en la espadaña, inevitablemente, y acude y les corre José Miguel, que es del Magisterio, hermano del cura, y viste pantalones de pana melada, largos, de canutillo. Los pantalones del señor cura son de pana lisa y los zapatos de hebilla.

Alonso y el monago suben por la cerradísima escalera de piedra, de caracol. Y arriba, en un cuadrado al que dan luz los cuatro arcos de las campanas, se agachan y van de ventano en ventano atisbando el pueblo y sus alrededores, y el álamo entero, ¡pero qué bien se ve!, de la copa a la tierra. Bajo la ventana de la campana chica, sobre la torrecilla del reloj, miran la carretada de taramas de un nido de cigüeñas. No hay ahora cigüeñas. No vendrán hasta las Candelas, para echar fuera los hielos del invierno; por Santiago, forman los bandos y se van. Hay en el tejado de la iglesia, junto a la campanita del esquilón, otro aún más ostentoso nido de cigüeñas.

Se ha puesto el sol y Alonso ha mirado y remirado el pueblo, esa pintura por hacer de las techumbres con sus hierbas y chimeneas y tejas de cristal y nervadura negra retorcida. Resplandece junto a la charca la hoguera de los rastrojos. Las sombras van y vienen, cerca del fuego, afanosas, labrándose en un contraluz rojo y

bruno.

Alonso ha intentado pulsar la campana gorda. Ha traído el badajo hasta el borde, atento a que llegue suavísimo, sin que el contacto percuta y los descubra. Ejercicio difícil. Un instante el badajo ha podido a la mano y les ha asustado la vibración. El monago delante escaleras abajo va con la correa de su cinturón sacudiendo los peldaños porque, a las veces, hay alguien agachapado y, al paso del que baja y no ve, de golpe, cuando le ponen el pie encima se incorpora...

En la calle Alonso advierte que es noche cerrada y de fijo que hace rato ha venido la luz. Corre y se mete en casa.

Abre el texto de francés. *Quand on écrit un titre quelconque, bureau de poste, par exemple, se nomme une chose...* Oye a sus padres en el patio. *Il a une proposition.*

—No sé de dónde. Y hay que sacar para los conos.

—Podrían esperar al arriendo de los pastos.

—En marzo viene Francisco; tenemos la poda.

Alonso es una vida burguesamente pobre. Para el baile, tita Fermina, amiga de la salonera, le ha conseguido pases de favor. En su cumpleaños le dieron un papelito que decía: Vale por un patín.

—¿*Patinette*? Pero es que me voy a morir de risa, exclamaría, apenas se lo cuente, el monago. Patín. No es patín, pero es un patín.

No sorprende, ni desmerece, en el pueblo esa estrechez. El dinero no rueda. Las igualas de médico y botica se abonan por San Juan, en trigo; en vino, vísperas del Pilar. Nadie suelta un céntimo; ni para el culto: con la recogida, se le manda al párroco una alcuzada, o los pudientes media zafra, del aceite de talega. No hay casa que se baste, casa que tome braceros a jornal. Se mantienen viejos criados para todo. Los arriendos suelen pactar la renta en frutos y a medias; algún muy avanzado propietario, y de otros pueblos, concede un arrendamiento a tercias. Y en casa, todavía encabezan el privilegio: su padre no pasará cuidados; todos los meses Zacarías le pone sobre la mesa un giro: su paga de capitán.

Momentos antes de cena, don Pedro le llama, le pregunta si está preparado. Sorpresa ingrata: nunca Alonso imaginó que la clase empezara sino a medianoche. Hubiere dicho no, pero Alonso no está hecho a las clases de colegio, el Colegio de huérfanos donde no se tenía a falta el confesar: “No vengo hoy preparado”. Lo grave era aceptar la prueba sin saberse la lección. Y Alonso dice:

—Bien.

—*Quand il a une proposition?*

—*Quand on écrit...*

—*Cant-onecrí...*

—*Cuant... Cuanto...*

El padre cerró violento el libro. ¿Cómo le pudo haber dicho sí, que estaba preparado?

—¡Sin cenar!

Y se levantó. Era la lección imposible. De él ¿a quién apelaría? El padre le dejaba en el cuarto, recogiendo los libros y la congoja, a solas, infinitamente desventurado, sin consuelo, sin remedio. En la noche azul de Alonso las campanas doblaban.

AMARGO

... cuán incierto es el vivir, pues la hora de morir está tocando a la puerta.

CANC. DE ÚBEDA

Con lo de la casa, don Pedro fue poco a poco abandonando el campo. Dejó, primero, de vivir en las estancias cortijeras; espació sus visitas a la finca. Incluso el guarda, en un principio al cargo de Los Naipes, pasaba temporadas en el pueblo por los quehaceres de la obra y las cada vez más numerosas gestiones que se le encomendaban.

Lejos de la tierra, don Pedro comenzó a recibir en vivo los problemas de la explotación de una finca no hecha todavía. Las preocupaciones económicas le trastornaban: sufría de meter peones y de no poder meterlos; le alcanzaban los pagos, las contratas de época: la poda, y el estrujón y trasiego; los textos cada primero de curso, el material, las matrículas, suponían por lo extraordinario un desequilibrio en los bajos niveles económicos de la casa nueva, no enjugados todavía los débitos de la construcción, ni la carpintería y acomodo, por todo lo alto. El sistema de los trabajos era disparatado: como Centenera no tenía ebanista ni solador ni cerrajero, habían de venir, y venían, del pueblo grande y hasta de la capital; Isabel los instalaba a pensión en la servidumbre de la casa. Las inversiones que don Pedro destinara a transformación de la raña, y que era el único gasto de la finca inmediatamente inútil, no se bastaban a cubrir la exigencia, perentoria, de los remates de la casa.

Los viajes con el estudiante a la capital le habían llevado al reencuentro de viejos amigos, de conocidos influyentes. Y los amigos, solicitados por Isabel que regía las relaciones públicas del matrimonio, gustaban de acercarse al pueblo, porque era un pueblo, a pasar unos días en la finca. Don Pedro entonces tomó otra decisión: interrumpió las faenas penosas de la roza, y encargó para las lindes unos carteles que dijeran: *Vedado*.

Don Pedro no es cazador. Le halaga disponer de ese terreno, mucho en caza, por el recreo de sus visitantes. Matorral, pero no sucio, la raña es buen coto. En la capital

ha tramitado la veda, ha recogido los letreros: *Prohibido cazar, Vedado, Coto...* Tierra peñuela, desde ahora insensiblemente cuantos hablan de la raña, que ni siquiera se contó entre las hojas de Los Naipes, las tres hojas, dehesa, viña, vega, empiezan a llamarla *El coto*. Labrada a roza y quema, descuaje de cepas y unas aradas de soltura, aún faltaba para su conversión en dehesa y, no se diga, para sembradío. No ha desaparecido la jara, sofocada de retamar. La caza, caza menor, se ha ido multiplicando en ese rincón, cimero, el más agreste de Los Naipes.

No con ello sale de apuros. Se ha suprimido un gasto, y el más considerable de los gastos; tiene don Pedro la impresión de que, sin ese gasto, la finca no será carga y aun como está, a medias, iría enjugando su precio, de pago aplazadísimo. Es la casa, las instalaciones y embellecimiento de la casa, el pozo sin fondo que, no lo ahonde Dios y por este año imponen a don Pedro la renuncia a los labrados del más agradecido de Los Naipes: la Dehesilla.

No ha sembrado; ha cedido la montanera y a la hora de la corta ya verá; de momento, ha podido empegar un par de conos, y tinajas como para varias veces la cosecha de la viña nueva. Los pastos acaba de arrendarlos al Señorito, uno de los ganaderos más inteligentes y de menos posibles de la Mota. Prosperan los hermanos del Señorito y se enriquecen; a él le caen trabajos de Hércules para desde la parcela que es su casa no rendir el pabellón de dominio de los Barrantes.

Simpatizan don Pedro y Olvido, el Señorito. No tiene hijos, Olvido; casó con mujer distante, de modales antiguos, muy señora, forastera en la Mota, y a quien se le atribuyen tierras de heredad en la otra provincia, donde el matrimonio temporea. Tenía el Señorito casa en Centenera y se acercaba algún año a la fiesta grande. Solía entonces visitar a don Pedro; algunas tardes se llegaban al castillo. Y a la vuelta de unas semanas, puesta en orden la casa, patrimonial, la que más antes de que el capitán levantara la suya, desaparecía.

Este año los pastos los ha tomado en arriendo el Señorito, mitad por meter una punta de becerros, mitad admiración al capitán, ayuda discretísima. El Señorito paga en duros, a plazos, con que don Pedro puede hacer frente a los gastos extraordinarios pero fijos, de San Gabriel a San Miguel: la poda, en marzo; el trimestre del talón; las matrículas, bien calculadas: en mayo y en agosto; porque Alonso repite; aprueba, pero en septiembre.

No podría echar don Pedro ganado propio a ese naipe. No le llegó ni para siembra; la cosecha fueron comiéndosela el consumo de la casa, crecida de empleos, los pagos en trigo, las cebadas para el motor de sangre, faenero de la finca. Soltó la montanera por cuatro cuartos y no hay ni esperanzas de corcho hasta que le sea posible una saca más racional, por polígonos, bien que la temporada se le encarezca al reducir el área de contrata de los sacadores. Tampoco ha sido un corcho muy allá: no tenían las panas esa color rojo amarilla por dentro ni tenían lisura, ni grosor. Ha intentado carbonear y está lejos de sentirse un cocedor venturoso: se les hundió una carbonera; las roscas dieron nada del canutillo, sino ese carbón que una mujer de su

casa no aceptaría, de leñas de basto. Es encinar demasiado joven y él no ha consentido carboneos de aprovechamiento; ha renunciado a la tala excesiva, de ganancia rápida, funesta, de consecuencia fatal.

Ha venido la finca reduciéndosele a viña y vega. Nada, para el empuje con que emprendió la creación de esos Naipes y el énfasis resplandeciente en aquellas dependencias cortijeras. Va la finca de recogida, va achicándose a finca de capricho. Viña de caldos muy elaborados: vid europea y venga lo que viniere. En la bodega, tan a mano que abre esa puerta de la casa al corral y ya la ve, no falta detalle. Bien como para quien sueña unos vinos de uva, purísimos, sin química ni embrujamiento. No desearía vender un solo cuévano; la de calidades bajas, para vinagre; o para pasto. No quiere mezcla, ni aun la de los propios frutos, distintos, de su viña.

Y cultivos de primor en la vega. Dice vegas y no lo son. No ha podido hacer de esa hoja una tierra honda, retentiva. Ha ensayado cultivos, a la fresca del pozo, de bomba; la noria, de cigoñal. No es vega de regadío. Pero ahí, ahora que apenas se acerca a la finca, goza de una jardinería redonda en su pensamiento; se figura en ese círculo de llenura cultivos de agua: ejemplares selectos que pasmen a los amigos de la capital. Pide semillas a París y esta felicidad al capricho: la ventura de arrancar a la tierra flores, frutos, de esplendidez nunca vista. Para más regalo.

Hoy le han traído unos tomates como platos. Y una cesta de rosas, una sera de hermosuras de concupiscencia. Fragantes, las flores, Isabel ha escogido un ramo y, con un capacho de frutas de tempranía, ha puesto unas letras a Sara, y ha mandado carta, frutas, flores, a casa del médico del pueblo grande. ¡Qué sorpresa, imagina Isabel, y qué alegría! Porque, ¡mire usted que llevan meses sin saber de los dos! Cualquier día, si no fuera que Pedro, con los estudios de Alonso ni se mueve, se acercaban al pueblo. Y hasta, hasta, pues hasta sería capaz de llevárselos al castillo, a ver si de una vez acaba esa tontería de celos de don Guillermo. ¡Y no que no les quiere don Guillermo! Lo que pasa es que de alguien ha de partir la iniciativa. Preciosísimas, son unas flores sin nombre, ¡cualquiera da con la bolsa de las semillas, maravillosas, venidas derechamente de París!, unas flores enormes y así como crisantemos... Crisantemos... ¿No les parecerá mal? Y aun para sí misma Isabel, esa aprensión, se la calla.

Va la mañana discurriendo calma, don Pedro en los altos de su despacho por la letra G, Gargantilla, Gargantúa, Gárgol... ¿Alonso? Ni se sabe. Han pedido a Madrid, a una librería de la calle Ancha de San Bernardo, un viejo método, primer curso, deliciosamente divertido y que además, en sus páginas, pocas, trae un compendio de gramática. Es increíble que a ese niño se le haga tan para arriba el estudio del francés.

Y de repente, don Pedro ha oído como un grito, ha oído un grito y un golpe, un grito horrible, y ha corrido escaleras abajo hasta la habitación de Isabel. Una habitación pareja al comedor, separadas ambas por un pasillito, y en cuya habitación

se refugia, para costura o rato de amigas, con la de visitas que vienen a ver la casa aunque don Pedro ni las saluda, Isabel.

Quien se encuentra tendida, de espaldas, mudo a sus pies y lívido el mandadero, vuelto del pueblo grande. El mandadero es un medio mozo de mucha cortedad y la palabra cohibida, que tiembla de arriba abajo con el ahínco de explicarse, incoherente. No ayuda don Pedro al entendimiento. Lo zarandea. Y el mandadero es un miedo que le enverdece el rostro y agita piernas y manos, pálido, tartaja:

—Don... Don An... Don Angel... el... el médico...

Don Pedro le alza cogido de las pantorrillas apretadas, rígidas, hierático el mandadero, y lo sube y baja y amaga con romperle la crisma contra el techo. Lo suelta al fin, y el mandadero reacciona.

—Pero ¿qué pasa? ¿No le han gustado las flores? Di, ¿las flores? ¿No estaban? ¿Te has perdido?

—Co... coño, don... don... don... Que sí, que he ido, y que... que se pegó un tiro esta mañana.

—¡Angel! —Solloza Isabel, ya vuelta en sí, blanca y tronchada en el sofá de grandes rosas de cretona—. ¡Pobre Sara! ¡Pobre, pobre! Pues cuando acababa éste de llegar. Se le había cruzado un propio que venía a darnos la noticia.

—Y nos fuimos juntos. Corriendo y venga y venga de correr.

—¡Qué desgracia, Pedro, que desgracia!

Las flores las cogió Sara y las puso en la capilla ardiente, a los pies del muerto.

Se contiene don Pedro, va reconstruyendo; el mandadero se tranquiliza, y cuenta.

—Yo no sabía qué hacer. El propio, que es ése, usted no lo conoce, bueno, el de la Galga, el Rabúo, Teodoro el Rabúo, del otro pueblo, y me dice: ¿Adónde vas? A casa del médico. ¡Qué médico, médico ni ocho cuartos! A llevarle estas flores. Entonces... Anda, vamos juntos. Y yo me lo pensé y me dijo que el médico ya no era médico ni qué médico, ¡ja, ja, ja!, porque se había pegado un tiro, ¡ja, ja!, y que le salió así un cuerno de sesos.

—¡Calla, bestia natural, que podría ser tu padre!

Don Pedro —¡a saberlo Dios!— le echa a patadas y sus palabras no se recogen porque, por un respeto a Isabel, las oyó sólo y a medias el mandadero, hijo de la Regalá...

—Obseso del suicidio de don Guillermo, y mira por dónde...

—¡Qué desgracia! —gime Isabel—. ¡Qué desgracia! Pero ¿has visto? Pobre Sara... Pobre, pobre don Guillermo. Y es verdad: Angel pensando que un día se iba a matar don Guillermo... ¡Qué cosas, Dios mío! ¡Ay, Virgen Santa!

Junto a Isabel, las manos emocionadas y muy pálidas, calla don Pedro y va viéndole, chalina de lunares, afable, sereno de la muerte y el dolor. Habían evocado el tiempo, la huida del tiempo. En la fachada del castillo, en un reloj de sol corrían las letras de esta leyenda: *Le temps, le grand voleur*.

—¿Y no hay en el castillo una alegoría, un círculo de piedra y en el círculo una figura como la muerte, a caballo? Sí, don Angel: es el caballero de la muerte.

—Yo no he podido sacar nada en limpio. ¡Ve que no hablamos! Pero siempre me pareció que la muerte se alojaba en el castillo: una muerte a caballo, galopante.

—Sí. Cada vez que uno pasa ante el castillo, y eso que la puerta queda a cien metros, más, más de cien metros de la calzada, nota una cierta inquietud. Yo soy militar. La muerte me es de familia. Tanto como lo sea para usted. La muerte repentina.

—No hay quien de noche no vuelva la cabeza.

—Pero allá no habrá así como fuegos fatuos. Más se me representa la muerte a la entrada del pueblo, este, este pueblo, con su camposanto a las puertas, en el ejido seco, a la sombra de los lilos.

—Médico, no por eso uno se libera de la muerte, la preocupación de la muerte. Olería, si lloviera, a rosas de muerto. O recibo unos crisantemos y me parecen la corona... Es falta de imaginación. Un hombre sin imaginación se refugia en las supersticiones. Aunque sea de la Rioja —concluyó aquel día, riéndose.

—Y la muerte, ¿duele? —interrumpió Isabel, como si preguntara: ¿la hiena, se come?

—El que se ve morir, teme de la imposibilidad de evitarlo; las cosas y los afectos, cargados de su muerte; el terror de un sufrimiento que se sospecha el mayor de los sufrimientos, el que mata; y el problema de la fe: ese miedo a lo desconocido. Y miren: la lucha aterradora, la agonía, es un cuadro engañoso. Lo pintaba y resumía así, “engañoso”, uno de mis maestros: “sobrecoge al espectador, pero respeta a la víctima”.

Y don Pedro va en silencio recordando y va sintiendo una admiración crecida, íntima, por don Angel y su muerte, la difícil muerte.

—Si no fuera ese niño... Yo antes de ese niño no temía a la muerte.

11

LA CATÁSTROFE

BLANCO

S'amor non è, che dunque è quel ch'io sento?

PETRARCA

Aunque entre junio y septiembre, ha salvado el curso. Para éste, que es segundo de bachillerato, toma repaso del cura. Allí Alonso encuentra a la estudiantina de Centenera: muchachones, que miran al Magisterio nacional; y chicos del Instituto. Sobre todos mítica, lejana, se levanta la existencia de los del pueblo que, fuera del pueblo, siguen carreras mayores: la Academia militar, las Facultades.

Cursan con Alonso los Leones, hijos de don Benito León, veterinario de Centenera, donde tiene casa de familia, pero su titular en el pueblo de los ganaderos. Y Zoido, andaluz del Oeste, avecindado en Centenera.

Sueñan los cuatro la novela ejemplar de los ausentes, a quien no ven sino por vacaciones de verano, o Navidades, y son ya hombres hechos y derechos. Hay el que de un curso a otro va a terminar, brillantísima, su licenciatura en Leyes y ni los mira cuando se llega al pueblo. Y hay dos hermanos que, año tras año, traicionados por los nervios, no cubren plaza en la Academia general. En fin, el químico: un muchacho de casa humildísima y a quien paga los estudios el padre de su novia: ricachón que concita los desprecios unánimes. Para los cuatro del Instituto, la cuestión es esta: Luis Zamora, científico y seguro que en los caminos de la celebridad, ¿se casará, cuando acabe, con Virtuditas? Apuesta apasionante.

Otra es la suscitada por la personalidad, legendaria, de Ricardo. Listo, veterano, de vocación tardía, emprendió, no el sacerdocio: el magisterio. Se habla de Ricardo, para bien, para mal, y en situaciones extremas: que ha aprobado de un golpe catorce asignaturas, y lo son de texto voluminoso, inasequible a principiantes de bachillerato; o que, si en el pueblo dice que va por cuarto curso, la realidad es que no ha conseguido aprobar ni aun el primero, en esos cuatro años, y que se deja tardes y hacienda a la mesa del dominó, y de noche anda en malos pasos.

Mayor y cursante de Magisterio es José Miguel, hermano del cura que les da clase. Muchos son los años que le cuestan los cuatro del plan viejo. Tiene un cuartito,

a las traseras, con ventano al corral; de espaldas al ventano, José Miguel estira las piernas, largas, bajo la falda de la camilla, se recuesta en el asiento lo más posible, y abre un tomo de Historia. No hay dulzura como la de engolfarse en los líos mil, curiosos, aleccionadores, de la Historia. Al momento, en el silencioso, apartado cuartito donde José Miguel ha abierto su texto de Historia, huele a chamusquina; José Miguel ha vuelto a quemarse los bajos del pantalón.

El cura los domingos, tras el almuerzo, los encierra en la sala. Es hora de vísperas y unos toques, a campana herida, marcan el final de la siesta. Acude el cura a la iglesia, y mientras las muchachas ensayan para el mes de las flores, los cuatro de segundo escriben planas de caligrafía. La especialidad del cura es esa letra de gruesos y perfiles, rameada, elegantísima, llamada inglesa. Tiene, aún no viejo, y con perdón le sea dicho, otro culto: una burrita platera en que, sin respeto de veda ni coto, don Matías sale a la caza de la perdiz.

Encerrados los cuatro, a quien el León padre llama de infantería, “Cuatro de Infantería”, se distribuyen la tarea y ejercitan en sus particulares entretenimientos: León el mayor vuelve a su novela de Salgari, un tomito del filón descubierto en la biblioteca parroquial aquella mañana en que don Matías le mandó por el Enero de Sermones del padre Calpena. Pone Gerardo León los pies en otra silla y va Salgari adelante comiéndose las uñas.

El León chico, que ni para mal habla a su hermano, saca una barajita y se aparta a un rincón; se echa al suelo, de costillas a la mesa de calígrafos, y tienta al destino con la suerte o malaventura de unos solitarios. Nadie le interrumpe, desde la tarde en que se les enfadó porque Alonso le sorprendiera haciéndose trampas en el solitario.

Zoido en voz baja para no incomodar a los Leones, habla con Alonso; le cuenta truculencias de su vida en la ciudad sureña, lejana y rica; gusta de los automóviles y es enorme de alto y bonachón, por lo que, a la defensiva, forastero, solía acosado de chiquillos afantasmarse y confesar:

—Cuando en Carmona maté yo al zagal que le robaba los quesos a mi tío para echárselos a una mastina...

Está Zoido en la muda, la voz cambiante, los granos en la barba. Alonso le acoge porque le puede y además Zoido es hermano mayor de Purificada, la grácil muchacha más que bonita airosa, de pelo a raya, que era el pasmo de las mujeres en resolana. De espaldas a la calle, en corro, las mujeres a la puerta de casa, media tarde en el empeño del aceitado, la otra media al tendido de la mata de pelo al sol, y construcción del moño de estilo vario y arrogancia, orgullosas de sus cajas de peines con el paisaje de la contratapa que es como las pinturas de los habanos de su padre... Vestidas de negro, de esas telas sin brillo, de mujer de la que no se diga; no como doña Luz, la madre Leona, con sus trajecitos pimpantes, a meneo toda y color. Alonso gustaría de pasear a solas, y hablar, y aun escribirse cartitas con Purificada.

Ya en mayo, cuando estallan las rosas y cada ventana es un aroma de albahacas, una mata de alhelí, un tiesto de geranios, y el aire júbilo de pardillos, Alonso

escapaba, al toque de las flores. Le irían a buscar, abrirían la sala de los cuatro, los escribientes, porque también fuesen a las flores.

Le buscaban para darle libertad. Le cazaron. Y le recluyeron, solísimo, y entonces Alonso principió a gustar y componer en muy hermosas caligrafías su propio método de idiomas.

Estaba el cura contento de los progresos de Alonso, quien, no es que estudiase más ni menos de lo que estudiara en casa, pero de palabra fácil, había convencido al cura de que las lecciones, ya que mirando el texto, porque un cura ¿qué sabría de Física?, se las tomase no al pie de la letra, con que se permitía fantasear hasta el embobamiento del lector, incapaz de seguirle.

Alonso esta semana se queda en casa, de siesta, porque ha de pasar a limpio largas relaciones de vecinos y aun de los ricos del otro pueblo con bienes raíces en Centenera. Es un trabajo para su padre, a quien habían nombrado presidente del reparto.

Estaba hecho Alonso a las copias de amanuense en las siestas, llegado abril; todos los años y sin esperar a que se cerrara el plazo y el plazo se cerraba el 31 de mayo, desde primeros de abril su padre le encargaba de redactar y escribir de su puño y letra, sin raspadura ni enmienda, la instancia de exámenes al Instituto. Esa clave, sin raspadura ni enmienda, era increíblemente embarazosa; y la instancia, labor que le llevaba más de una tarde; años hubo en que hasta dos semanas de tardes: ya que una línea se le torcía, pese al rayado, suavísimo, a lápiz, borrrable con sólo miga de pan, o que, preocupado del tropiezo, juntaba más de lo convenido unas palabras, o se repetía, o le caía un borrón si la pluma, de estreno, punto de acero y coronita, ni aun pasándola de salivilla cogía la tinta, o si estaba realmente inservible de tan traída y abierta.

La calle de casas encaladas y puertecita azulina, el zureo de unos palomos, la plenitud del sol que Alonso ya sabía derramado umbral afuera, acudían a esa hora de silencio y soledad y traspasaban la penumbra del cuarto, iluminado apenas por un haz de partículas que enjoyaban el aire, herméticamente cerrada la ventana porque se tenía que la claridad aumentaba el calor. Alonso, pensativo de Alina, trabajaba sus caligrafías y las aplicaba a la versión de francés.

Moza de buen ver y como nueve o diez años mayor que Alonso, estaba Alina prometida a uno de los Zamora, ausente, de servicio en filas. Alonso esperaba que, aprobando tercero, al otro año y por la fiesta vestiría de pantalón largo, pantalón que, de pana, gastaban sus amigos no estudiantes, como el mancebo de botica del otro pueblo, frecuentador de las muchachas de Centenera, y el hijo del barbero, bailarín de nota; claro que dos, o tres, o cuatro años mayores que Alonso. ¿Y cómo sería el que Alina enamorase al pequeño Alonso?

Hasta en las caligrafías. Pues no había estudio tan para lo divertido. Lo de menos era el dominio de la manuscrita caligráfica magistral, o la moderna cursiva; ni siquiera los encantos de la letra de adorno, gótica, alemana; o la ornamentada, letra

con adorno. Sino que Alonso lo pasaba de maravilla en las enseñanzas recreativas: la escritura luminosa, que se obtenía con un poco de fósforo y otro poco de calcio; o el León menor que para probarles su capacidad de boticario *in pártibus* traía del pueblo grande, y aquí los mezclaba, los elementos precisos: carbonato de cal más azufre y manganeso. O escribiendo muestras para leer frente al espejo y sistemas de claves que después Alonso emplearía, de escribirse con Alina. ¿Y hay algo delicioso y tal como el entendimiento del kata-kana, que es el alfabeto japonés; el alefato hebreo, el pali indochino? Todo lo demás era cosa de mano: rasgueo y ejercicios de enlace y letras floridas, historiadas. Llenar sin pereza pautas y más pautas de Iturzaeta, el rígido, o del bohemio Valliciergo. Ahora y Alonso en una letra francesa invertida ha conseguido un trabajo perfecto; para apreciarlo, habría que poner esa lámina ante un espejo o mirarla al trasluz. La mira; dice: *Alina mía*.

Horas se le pasarían indagando el secreto de su obra, inaccesible al no versado; la guarda entre los papeles del reparto y coge el texto de francés. En el tema del día, ahí donde dice *Tendré peras y manzanas*, Alonso libremente, desentendido, ¿*Tiene (ella) los ojos claros?*, se confiesa al trasladar. De esta manera:

CLAVE XIV

(Ella) tiene un rostro redondo y rosa. ¿Dónde (ou) ha visto (él) los ojos (de ella)? (Él) ha visto que tiene (ella) el pelo dorado y la voz canora. ¿Tiene (ella) una rosa? Hay en Los Naipes rosas de luna, pero (él) ha visto esa rosa en el pecho (de ella). ¿Qué día es hoy? Hoy es viernes. (Él) la vio (a ella) el lunes. ¿Será (el viernes) día de Venus? Es (lunes) el día de la Luna. Venus es la diosa del amor. (Ella) es hermosa como Venus.

CLAVE XVII

¿Quién es el mozo que estaba hablando con su amiga de usted esta mañana? Es un ganadero que en otro tiempo (autrefois) fue (era) muy rico; pero le gustaba demasiado el vino y ahora es muy pobre. No estoy hablando de ésta, sino de aquella muchacha (jeune fille).

CLAVE XXX

(Él) siempre piensa (o está pensando) en (à) su bella Alina. Purificada es más alta que Alina, pero Zoido es el más alto. Su padre de usted tiene mucha edad. ¿Qué edad tiene usted? Tengo doce años de edad y mi amiga puede tener veinte años pero es (ella) corta de estatura. De doce a veinte van ocho y me quedo con dos. La diferencia es entonces de seis años. Seis más seis, ¿suman doce? (Él) tiene doce años, luego (él) tiene el doble de años de esa diferencia. ¿Ha escrito (él) una carta (a ella)? (Él) no ha escrito ninguna carta, pero (él) ha dibujado unas letras. Esas letras dicen su amor de

él (a ella) S'il vous plait... *Alina mía*.

¿Claves? Claves, aun elementalitas, como de segundo curso, alusivas a su amor imposible. Y que al no acertar a escribirlas —pero ¡qué mal se le da el francés a este chico!—, le traían a insistir una vez y otra y otra, como al condenado que trata de fijar una frase y que, privado de papel y pluma y de la libertad de procurárselos, se le concedió para alivio de su memoria, que era la memoria misma creadora, el invento de ese recurso maravilloso llamado rima.

Sus amores, y esto él ni lo sospechaba, se sabían. Caían en gracia, envanecían a la propia Alina tiernamente y llegaron a don Pedro. No jugaba don Pedro con las cosas de la imaginación. Don Pedro se hizo de la muestra olvidada entre los papeles del reparto y se dispuso a intervenir, drásticamente. Aquella noche le esperaba.

AMARGO

Andaba muy caído con la muerte del médico; es ahora fácil reconstruir, simple el decirse: Don Angel estaba escrito... Nadie está escrito. En cuanto que termine este repartimiento, se mete en casa. ¡Al diablo! ¡Todo! Su paga no le ha de faltar. Para tres que eran... Le ayudaba Alonso; copiaba listas inacabables; ponía en limpio las notas de cada sesión. Pero la felicidad, y ¡qué difícil! ¡Pues no le habían dicho que Alonso tenía novia, y que la novia era Alina, Alina Castro! No, no, ¡qué disparate! De esta noche no pasa.

Apretar, bien que les ha apretado a los ricos en el reparto, al pueblo grande. ¿Entonces? ¿A qué esta tarde, en el correo, le viene ese nombramiento? No es posible cortar una forma de vida, romper súbito; los actos se encadenan. Como en tiempos, cuando le hicieron juez. Nada cómodo ejercicio, un juez sin guardias, infectados pueblo y caseríos de bandolerismo: Bezudo, Malampo, el Terremoto...

En la indagatoria, la cantinera le tiró un tajo con un cuchillo de cocina; no le alcanzó y la cantinera se deshacía en llanto. Declaró; estaban a solas; la dejó libre. Fue amonestado por el juez de instrucción; el sumario concluso, dimitió su cargo. Le sobrecogió la muerte de Inés. Cada cinco años se enlutaba el pueblo de una tragedia pasional. Las mujeres elegían un mismo camino: el pozo. Inés no era el primer caso; no sería el último. Le tocó a don Pedro el levantamiento del cadáver, los arreglos de familia, el entierro en sagrado. ¿Y qué había hecho Inés? Morena y espigada, Inés era una de esas mujeres recocidas de silencios, pobres, y que un día no lo piensan más: al pozo. Las campanas la lloraron. Y fue entonces cuando metió en los calabozos a Gregoria, la Goya, en cuya cantina se gestó el motivo determinante de aquel drama. Hubiera sido Inés madre soltera, una deshonra para el pueblo. La Goya confesó. Nunca, a nadie, ni en los autos ni en confidencia relató don Pedro las declaraciones de La Goya.

Pero ¿a qué esos recuerdos? El asunto es otro. El nombramiento que Zacarías ha puesto encima de la mesa, es este: Visitador de cañadas reales. La Mesta que, señoreante de Extremadura, se sucedía a sí misma; se achicaba, con el título de

Asociación de ganaderos del reino. Si algo no era él, es esto: ganadero. Podía haber sido —pero ya ni por la viña iba— jefe de la oposición en el reino de los ganaderos. ¡El Visitador! Cuando su vocación última fuera la de meterse en casa, para ni asomar a la puerta, para siempre...

La tarde en su mitad, es dulce y un punto más de lo que por la fecha correspondería en la escala de las calores. ¿Y qué hará el Visitador? Conmueve a la casa cuando pide sus botas de montar. Quizá, piensa don Pedro, si el tiempo sigue, así, de mayo hortelano, convendría adelantarse, azulear la viña; los brotes ya estarán naciendo... Y sale para la finca.

Va de camino, va visitador visitando otras fincas, viendo otras viñas. Los olivares apuntan su flor diminuta pálida. ¡Qué raro le ha parecido el majuelo de Natalia, en la trocha de los Molinos! No es posible que sea del sulfatado; ni el azufre. Debería haberse vuelto, haber echado pie a tierra. Pero ahí, llamándole, se yerguen rizadoras del azul, como un esmalte, las blancas, olorosas columnas de humo del carboneo; y don Pedro sabe que ese carbón se está cociendo en la Dehesilla con leña de encina moza del más beneficioso de sus Naipes. Sólo que... fruto para otros.

Este mayo, cálido, no le irá al trigo tan bien como al vino. Y en la viña, que empieza casi en la cancela y sube hasta la casa para desde la casa continuar y abajarse al río, don Pedro salta del caballo y ni lo ata. Se mete rápido, como empujado, mandado por el corazón, entre las cepas. Las labores, mullido, binado, fueron hechas con limpieza: no debía verse, y no se veía, sino lo que debía verse: la cepa, los brotes. Alzó la cabeza, regresó a la vereda y soltó el caballo.

El guarda, seguro que andaba en la Dehesilla, con los cocedores. ¡Quién iba a figurarse que el capitán se plantara en la finca! Mejiéndosele su amargura, con una punta de ironía, para más amargura, no culpa, y es como si a todos, guardajurado inclusive, les concediera derecho a tener no sus cosas propias, sino las cosas del capitán...

Echa un cigarro al arrimo de la vieja casa y cuando no sabe si de nuevo coger el camino de la cancela o si bajaría a los pastos que hace dos meses arrendó al Señorito, se le encara un perro, ¡pero qué perro: Martino!, receloso, el gañido en la garganta, y es que ni el más leal de los seres ya le reconoce.

—Martino, concho Martino...

La voz, sí; al oírse en esa voz, Martino ha brincado, loco de gozo y de lloros y ha llegado a emocionar al duro, el capitán. Martino hace una carrerita hacia abajo, y torna, juguetón, para volver a su carrerita un poco más abajo, alegre, ladrando y volviéndose a don Pedro que, paso a paso, distraído, le sigue.

Se mete Martino entre las cepas, va y viene, y adentrándose en la viña desvía a don Pedro de la vereda que baja al regato. Brinca Martino como buscándole las vueltas a un amago de canchalera y ahora don Pedro advierte el juego y ese algo que puede haber detrás de la canchalera. La conciencia del peligro le lleva a cortar en descubierta para enfrentarse por la cara oculta con la canchalera.

Es un hombre y quizá le haya visto, pero, los brazos caídos, la mirada en el suelo, no se mueve. Es...

—¡Daniel!

Levanta la cabeza, y a don Pedro le sube un calofrío, porque es como si el viejo guarda no le hubiera querido ver.

—Pero ¿qué pasa?

Daniel en silencio, alza los brazos, clamante, y se lleva a la boca un puño y se lo muerde, en una desesperación de rabia, y abre los brazos y los deja caer, impotente. Don Pedro se ha llegado al guarda y lo agarra de uno de esos brazos, pero el guarda tiende a una cepa la mano libre, y grita en rugido sordo, de cólera y ahogo:

—¡Dios!

Había ido en la viña viéndola crecer, cosecha como nunca, grano a grano, frutada. Se agacha don Pedro y mira la pámpana, las agallas en la hoja. Daniel ha cavado una cepa; ahí están, la cepa, las raíces al aire, el azadón. Va don Pedro palpando una a una las leves hinchazones; la voz estrangulada, entropregunta y dice:

—¿Filoxera?

—Filoxera.

—¿Ha visto más?

—¡Para qué! La filoxera que ve usted aquí, ya está en la viña toda. Y estará en todas las viñas, las que no sean de vid americana, las viñas del pueblo y los otros pueblos.

—Americana, ¿quién tiene vid americana?

—Pues no, casi nadie. No sé. Me parece que el majuelo de la viuda.

—¿Doña Natalia? No. Ese lo he mirado al pasar, y el mismo aire, las mismas cepas. Tanto, que me extrañó. Pero ¿quién lo iba a pensar!

—Es la ruina.

—La cosecha.

—De todas las cosechas.

—La ruina del pueblo.

—La catástrofe.

Lo es. Como un castigo bíblico, terrible. De la noche a la mañana, hundidos en la miseria. Centenera vivía, no del carboneo de unos encinares cuyo vuelo es de otros términos; vivía del vino. Leña y vino. El plantío de viñedo cosechaba de entrada, desde los cuatro o cinco años. El secreto de la vida era este: el vino; miles y miles de arrobas del mejor vino; los apañadores no regateaban. Se vendía en la finca, a la vista de la cosecha. Mil habitantes, ochenta mil cántaras. Vendidas, sin moverse, a los trajineros. Ocho millones de pesetas. Y quedaban los carbones, los pastos, la caza para un día sin jornal.

Muchos brazos pedía la viña, de cuidado continuo, bien de jornales. Con una cuba de vino vivía una familia; rendía seis veces más que el trigo. No había problema. Cada tres, cada cuatro años, un reparto cubría las obligaciones del concejo; el

vecindario era ni rico ni pobre; era feliz. ¡Quién dijo labrar! Los pequeños labradores, ¡a qué los mil y un trabajos de este suelo de pizarra que no devolvía ni la simiente!

Con la epidemia les llegaba la leyenda de las plagas asoladoras. La ruina total. Desaparecía la plantación leguas a la redonda. La catástrofe no admitía recurso. Era un hachazo en la torre del pueblo: se desplomaba el pueblo. Un huevo en mayo, este mayo, y en el invierno es veinte millones de filoxeras.

Progresaba de manera concéntrica, tal aquella otra de sus mayores en el país mismo, hacia el interior. Ya hubo noticia de la filoxera, pero ni los más viejos recordaban que hubiera llegado aquí. Las tormentas, decían; ¡el amparo de las tormentas! Credulidad amarga...

De la mañana a la noche, los hombres se metían en los viñedos. La viña propia, la viña sudada, y las otras viñas vecinas. En grupos. Silenciosos. Era en ésta un redondelito de cepas, de hoja descaecida, mustia; en los brotes se acusaban los entrenudos muy cortos, la tendencia a ramificarse, contenidos los sarmientos en la gracia de sus ondulaciones y longitud.

Se asomaban a esa otra y veían las hojas, disminuidas, de contorno más agudo; la color verde amarillenta. Los racimos que aún granaban, raquíuticos, traían a la memoria y los jugos de la boca aquella uva gorda, traslúcida, jugosa, dulce desde los finales de agosto, entre la pámpana brillante y la muestra en la punta del sarmiento.

Don Pedro tuvo en sus manos ese bichito de cizalla en las antenas, pulgoncillo rubio inmóvil, y lo miraba, enternecido, a la luz de su lupa. Todo se intentó. El azadón removía los pies de la cepa, descubría la raíz atacada, la seguía en ancha zanja y con el almocafre hasta la zona de las últimas raicillas casi invisibles. Un granito de arena de la Maestranza, la plaza de rueda amarillo, menos, cada pulgón. La epidemia tomaba el aspecto de la mancha de aceite, se expandía, implacable, o trasladada por los mil insospechados medios de la naturaleza aparecía en otro, el más remoto, rincón del término.

—Norteamérica. De allá nos vino.

—Es el final. Es la guerra. Porque estas cosas son como nuncio de la guerra.

Y abatido el ánimo, los hombres presentían, y hasta lo deseaban, un mundo de horizontes incendiados, una guerra que de verdad fuere la Guerra, el exterminio universal. Iras de Sinaí, de manos que se arrancaban los pelos de la cabeza, y mudos encuentros, con la mirada ancha de terror, un punto cruel en la caída de los ojos, como una rogativa sin preces, ni santos, a los dioses de la desesperanza.

—Vid americana, o la bodega vacía.

—Ya se notó el año pasado.

—Yo no.

—Era su primera cosecha. Pero las hojas habían caído antes de tiempo. Y eso dicen que es un síntoma.

Empezó a ser eludido el nombre, como un tabú; se decía: la plaga, la peste.

—Yo no hago vino americano.

—No es tal en calidad, desde luego. Pero con un injerto a conciencia, desmerece menos de lo que usted se figura.

—Antes, quemo la viña.

No le iba a ser preciso. Las hojas declinaban y se desprendían a poco de formarse; moría la planta.

Alguien había malmetido: la piruja, la bruja que saca los cantares, el joroba, la coja, la bisoja, el sacristán o el enterrador.

—La plaga ha venido de la viña del capitán. Castigo de Dios. Es el demonio de la finca maldita...

Maldita... Don Pedro apostó aquella noche hombres en la casa nueva. Maldita... El guarda y él, tercerolas al brazo. Maldita... Se les presentó una ayuda insospechada: Telesforo, el mozo, al que mandaba con otros dos, armados, don Bonifacio, patriarca de los Álvamos.

Doña Natalia, toda de lutos, paseó el pueblo corriendo la voz de que la plaga provenía de su majuelo. La nube se disipó. ¡Maldita! Don Pedro al descargar su tercerola sintió la punzada de que le hubiera sido inútil. El hombre había nacido para matar. El mundo todo se acababa y enloquecía: estaba encima la guerra. Los observatorios advertían grandes manchas en el sol.

12

LAS MINAS

BLANCO

Cet âge est sans pitié...
LA FONTAINE

Hay juegos nuevos: hay la dinamita. Todas las mañanas, a mediodía; de tarde al tramontar, retumba. El pueblo un momento se paraliza, queda a la escucha del estampido inmediato, y dice:

—Barrenos.

Los pescadores de la charca y otros nuevos pescadores que van río arriba de poza en poza, lo saben prohibido, pero —la caña, qué atraso; qué disparate el meterse horas y horas, pantalón remangado, reuma en las rodillas, la noche a las luces hirientes del carburador— pescan con dinamita. El niño en los corros juega la pólvora; se pocean las tierras, es imitado el topo, ahonda la galería y se estira en laberintos de barro. Son las minas.

Llenan de calle en calle la madrugada los cantes retadores, ásperos, de la mina. En la ermita, abajo, pegada al camposanto, las paredes del Evangelio a la Epístola se cuajan de exvotos, exóticos en Centenera: lamparitas, soguería de cera malva, esportones en mimbre de plata, miniatura de esparteñas para los pies de una virgencita de coro.

Preside la pólvora un mundo de magia, hermoñado, varonilmente. Nunca, ni de fiesta, han lucido los cielos la arborescencia de la cohetería, como este año en Centenera.

Es año inolvidable: para Alonso; para el mundo: ha estallado la guerra. Alonso, en las horas que su tercero de bachillerato le deja, más las que él se toma, inventa ejércitos, construye navíos, puebla de aviones —soldados, aviones, barcos, de papel— su cuarto de estudiante. Es un regreso a los años primeros; el día que en aquel patio de piedras de la antigua casa, la casa de los rayos, con su mano en la rueda, herido de vacunas, al sol de una mañana de febrero, vivió la sugestión nunca más encontrada de ir despegado, al aire, en la rueda de su invención, una rueda que se le había hecho voladora.

La guerra y sus pasiones, las maniobras, avances y retrocesos, batallas, la lucha total incierta, atraerían el interés de este pueblo, desolado por el infortunio de los plantíos, sus hombres en la desesperanza; pero la mina denunciada en los alrededores sofoca toda otra preocupación, les ajena de los negocios universales.

Naturalmente, la mina estaba, de siglos, en Centenera. Su explotación es consecuencia de la guerra; la demanda de materiales y la seguridad propia de este rincón, alejado. Dure la guerra, y la mina prosperará, y aun aparecerán nuevas minas, llamadas a enriquecer a vecinos y extraños en Centenera. Sólo que, éstas, son especulaciones y no enteramente convenidas, de los mayores.

Para Alonso el año es una invisible rueda cósmica giradora. Hace memoria, recuenta, se pierde. Toma un compás, traza un círculo amplio cuanto se lo consienten las piernas, más el alargamiento con el tiralíneas, del compás; clava un papel en el tablero de dibujo, y divide el círculo en doce segmentos: los doce meses del año.

Enero, que es la molina de aceite de los Leones. Gozaba el arrendatario de que algún día al amanecer acudiesen a la molina los hijos y los amigos de los hijos de don Benito, quien, liberalísimo, de cierto que le habrá hecho la concesión por nada, por el presente de una zafra y trujal para las olivas del huerto.

Eran los Reyes. Pero en el pueblo no había Reyes; se celebraban con un baile en el salón —y ahora qué de bailes, y prohibidos, y de cantes, para sólo el minero—, y una rifa donde por su buena estrella fue Alonso agraciado con la enorme caja pinturera en la que roscada y dulcísima, perlina, escarchada de almíbares y confituras, yacía la serpiente de mazapán.

En el asentado redondel de la plaza jugaban al peón. Iban de la plaza a la fragua y de la fragua venían de cambiar la púa, inútil, de las peonzas de comercio sin forma ni agarre, por otro pico bien metido, a fuego, en la madera y labrado y pulido en su grosor luciente, relijado el cono de acero, de punta cosquillosa suavísima a la palma de la mano, punta que se dormía inmóvil en el giro, de un acabado perfecto.

Inscribió enero en la rueda un trompo maravillosamente bello, los perfiles a tinta china, las líneas concéntricas de movimiento y color tales que estaban pidiendo cuerda para envidia de la plaza donde cada niño jugaba y exhibía su peón y se lo guardaba, arrollado el zumbel de guita, de rabiza con nudo y al extremo opuesto una tranquilla para que, poniéndola entre dos dedos, al dar el impulso no escapase tras la peonza, y que volvía como un tesoro al fondo del único bolsillo de forros no rotos en el pantalón.

Venía el juego de los zancos; altos zancos, a quién más, unos de mano de carpintería, cumplidos, apenas apreciados de los muchachotes increíblemente firmes en los zancos naturales de una rama y la horqueta de otra rama, ángulo donde el pie se incrustaba y que deformaba los cueros de la bota con el forzamiento de la postura y les sacaba brillos de roce imposibles de borrar. Era prueba de resistencia y equilibrio: competiciones de agilidad en las calles guijeñas, difíciles, a la pata coja y el otro zanco al aire, revolviéndose a la redonda y donde caiga caiga pero sin perder

pie; o en las crecidas, vadeando el río, aprisionado un zanco en la ciénaga o hundido súbito en una hoya invisible con las turbias en las que el niño, para final, se mojaba y enfangaba hasta la coronilla, inevitablemente.

Pero los estudios, ¿qué? ¡Y quién se acordaba de los textos aunque ya en tercero, entrado el mundo en guerra, la villa en las minas, el hombre a su felicidad frontera de la muerte!

Isabel. Ella es quien, ausente el padre, conseguía que Alonso viviera la casa y aun le interesaba en las faenas de la bodega; porque don Pedro no había cerrado la bodega; en vendimia, a esa bodega, la mayor del pueblo y de muchos otros pueblos, llegaban los burritos y hasta carros de reata, con su carga de cuévanos, y principiaba en las prensas el trabajo de la elaboración.

La seguía Alonso del mecido al trasiego, las mechas amarillas del azufrado y el olor insufrible, al anochecer, en lo alto unas bombillas debilísimas, velada su luz, poca, por las telas de araña que se superponían y condensaban, polvorientas. Remataba las visitas a la bodega esos días de febrero en que era probado el vino de canilla, con el descuelgue de un jamón de Mota del Angel, afamado entre los que más por su cura de sierra y el apretado del grano, magro, succoso, de sabor impregnante como un jugo de sal y dulce juntamente, en la boca.

Llegaba en marzo Francisco, vecino de otro pueblo, podador, los dientes blancos durísimos, la talla noble y el sombrero para atrás; y de casa en casa, entre cañitas del añejo, ajustaba la poda de las viñas. ¿Por qué Alonso participaría, niño, de la vida de los mayores, y presenciaba toda operación, hasta las faeneras del campo, de su casa? Pero antes; eso era antes, cuando las viñas...

Hoy marzo es el hinue en las barranqueras de la charca. Aguzado el palo derecho y corto, la punta endurecida, tostada a fuego lento de leña, para que, de tan recio, sacudiera al clavarse y derribara los otros guinchos hincados en la tierra, blanda, pero en su punto: ni seca, donde no penetraría con el calado preciso para sostenerse y resistir las cargas del contrario, ni fangosa tanto que la propia picota no agarrase.

A la vuelta, en su cuarto, encendía un cigarrillo de los suaves, canarios que había traído por los mineros don Manolo, el del estanco. La madre le daba en secreto unas perras para que no fumase del malo, y don Manolo, indiano que regresó con mujer inmensa, de rumbeo y garganta en la habanera, y aun se trajo muebles de talla, taraceas delicadísimas, chucherías en que se recreaba y que de llegar un mal momento se ilusionaba con vender a precios de capricho, le reservaba unos estuchitos de lo fino.

En las calles más sentadas, el juego del aro. No los aros de madera, de niñas de la capital, con su palito pulido y torneado, en los viales del parque de arena limpia entre el boj y los evónimos. Marzo es en Centenera el aro de hierro dulce o de latón, imperfecto cuanto de mayor anchura, como sacado de un tonel; la guía de alambre remataba en una doblez para manija, y un gancho en U de extremo donde el aro

encajaba y que valía de gobierno directo de la rueda, y aun de freno, si por dentro, arriba, en las bajadas de pendiente excesiva, la mano conductora lo llevaba al redondel.

Una serie de aros y su inobediencia a las leyes de la fatiga hicieron de Alonso el campeón de los juegos de marzo. Llegó a redondear sin etapas, sin tropiezo ni caída, la vuelta a la villa, como la diera el fundador mismísimo de una colonia, el sacerdote de la arada remota, aguijante de los boyancones tardos, rumios, de larga cola melada.

¿Es ahora abril? En la iglesia velos negros, la matraca en la calle al cante de las horas, parado el reloj, las campanas enmudecidas hasta que el domingo un año más reviente la gloria de los mundos, se eche la mañana a grillos en la pradera del alcornocal y, con la noche, tibia, la muchachada en la plaza corra y se disperse jugadora de la maya. Alonso, mientras, tendido, gozará en la acera ancha peraltada, a las puertas del casino de abajo, del tacto de esa piedra, templada y lisa, que llaman la cancha caliente.

Enero, febrero..., junio de fruta sanjuaniega; agosto en la carreta de la paja; la vendimia, la siembra; la bellota por Todos los santos, y el año acaba engarabitado al son de los dedos de la aceitunera. Pero, en la rueda ¿qué juegos? ¿Ha puesto, con los zancos, ese otro remedo de zancos de los dos botes vacíos y riendas de cordel, sobre cuyos botes el muchacho, en un apuro de la fantasía, anda difícil y sonoro, propicio al pierde y aun a la torcedura de un tobillo?

Pues, ¿el olor del estanco del indiano, en que se mezclan con el aroma de los cigarros de Vuelta Abajo la especiería traída de allá, la miel de los tabacos rubios de pipa, las maderas nobles, y ese mundo vaporoso que trasciende del tocador de la madama, los polvos de arroz y los compactos y la esencia y lacas, lápices, leches, de que tan derramadamente usa doña Zita, hembra sin hijos, desbordada, con su destino fatal de generosa, cogida de la luna?

Todo le es grato en el estanco: desde la muestra de la puerta, a dos tintas, de colgadura nacional, hasta el yesquero insólito. Y los estudios, ¿qué?

Alonso este año no repasa con el cura. ¡Bueno está el señor cura con lo de las minas y los problemas que a la moral eso le representa! Y Alonso, pues seguro que las aprueba, de todas todas: ¡y en junio! Pero no se pierde nido de golondrina ni pedrada a cigüeña ni carrera en los forrajes, ni humo de polacos, y caza y corta y descorche. Claro que nadie se mete en cazas, absorbidos por la mina. Y nadie, sino portugueses, acuden a la corta, poca y no del pueblo, ni la saca de los alcornocales, que siempre puede esperar. Entonces, Alonso estudia.

Están para darle gusto: tita Fermina y las muchachas, la rueda de primitas, se afanan en transformar un capote de gala, precioso, de don Pedro, en uniforme a su medida. Le prueban y vuelven a probar. Es uniforme de minero. Metido en él, le llevarán a la mina. No ve ahora a su padre casi nunca. Y le han prometido que, si deja de jugar a los barrenos y no roba la pólvora que, por un caso, muy lejos de los detonadores y a buen recaudo tiene el capitán, bajará a la mina. Todas las minas se

llaman Isabel. Puso los nombres el ingeniero jefe y tuvo esa galantería. Como el jefe y casi los ingenieros todos son de Bélgica y Francia y así, cada mina lleva el nombre de Isabel en idiomas distintos, la mina Elsa, Elisa, la Isabela, y los mineros no se confunden. Alonso, lo primero, que se entrene en el pozo enrejado, ha dicho el padre. Y en cuanto no le dé vértigo, descenderá y, ¿por qué no?, andará una de las galerías.

La rueda del pozo. Esa rueda, a la colección: la rueda negra del pozo de mina, la rueda que baja y sube y baja, vertical, como un plato rodante, no, redondo, no, en el eje del aire que está debajo del aire, en el eje de la noche, aunque afuera sea día, mediodía de sol radioso, en el eje de la muerte, la redonda muerte, la rueda de la muerte: la mina.

AMARGO

No volverá el minero.
¡Ay, será siempre joven!
¡Ay, bajo el verde valle!
¡Ay, bajo el verde monte!

M. P.

Todo parecía perdido; la plaga progresó voraz; sólo se veía esta salida: emigración. Irse familia tras familia, ¿a dónde?, ¿con qué? Don Pedro apuraba la desventura: en la ruina, como los demás, fue malmirado, fue contado entre los malhechores: la maldición, que pesaba sobre la finca, el cenizo de la finca por el que se le atribuía la tragedia...

Todavía un ochenta por ciento del importe de Los Naipes carga en su debe; sin explotación el monte, los pastos arrendados, la vega para capricho, sin viña, y ¿ahora? La guerra no hará sino complicarlo todo; nadie ganará con la guerra; subirá el coste de la vida. Alonso, Alonso... Y Alonso va por el tercero de bachillerato. Entre sueños, aquella noche le pareció que llamaban a la puerta. Se tapó la cabeza con la sábana. Iba quedándose traspuesto. Entró en la alcoba Isabel.

—Llaman.

—¡A estas horas! ¿Qué hora es?... Quédate con el niño.

Desde el dormitorio, atenta largo rato a las palabras, la extraña parla que, como en otro idioma, venía del despacho, Isabel arrimó una silla a la cama de Alonso, y a intermitencias, en el desvelo de una a otra cabezada, se estremecía de la destemplanza pero el presentimiento de que algo decisivo, inimaginado, tramaban aquellos hombres que llegaran a casa tan a deshora y su marido. Amanecía cuando se marcharon; don Pedro la llamó para pedirle una taza de café.

—Muy cargado, muy cargado.

—¿Quién era? ¿Qué te querían?

—Anda... Es largo de contar. Y todavía pronto para decirlo.

Con la segunda taza, don Pedro le ha dado a entender los motivos de la visita, entre encarecimientos del mayor sigilo.

—Las rozas, mira, ¡quién te lo iba a decir! ¿Tú te acuerdas de aquellas piedrecitas que trajo alguna vez el niño, y que eran negras y brillantes: las turmalinas? Pues éstos son unos franceses, unos belgas, hablan francés pero son belgas, y vienen a ver si les cedo o les vendo la raña.

—Estupendo. Es lo que no vale de Los Naipes.

—¿Lo que no vale? *Es* lo único que vale. Oye: me voy a la capital. A escape. Hay que denunciar la raña, porque la raña, que es el coto, es una mina. Cállatelo, por Dios. Di que estoy en Los Naipes, que han venido unos forasteros, de madrugada, y hablábamos de plantar la viña de otra vid. O no. Que me he ido a consultar a los peritos. Que me tienen medio convencido. Y todos se agarrarán al mismo pensamiento.

Don Pedro tomó el tren. A las tres horas de esa visita, sin perder minuto, sin afeitar, estaba a la puerta de la jefatura. Cuando subía para inscribir la denuncia de su polígono, los forasteros bajaban. En la escalera de la oficina, don Pedro les saludó, impasible. Le habían madrugado.

—No, no. Usted, don Pedro, es el hombre de las minas. No se preocupe. Lo dicho, dicho. Hablaremos.

—Gracias, señores; son las nueve y cinco... Cinco minutos que valen por una mina.

—Que no; no es eso; no es lo que usted piensa.

—Pues, díganme.

—Las cosas están como estaban. A las doce, en que habremos echado un sueñecito, usted nos tiene a su disposición. ¿Almuerza con nosotros? Le aguardamos en la plaza, en el hotel de la plaza.

Don Pedro se desentendió. Subió a la oficina. Protestó a voces. No les habían aceptado la denuncia a los madrugadores. Tampoco a don Pedro se la aceptaban. En materia de fosfatos manda la propiedad. No figuraba don Pedro como propietario de Los Naipes. Que vieran de entenderse.

Y a eso estaban.

—Yo sólo quiero trabajo para el pueblo.

—¡Y bien! Póngase al frente de la mina...

Volvieron juntos. Don Pedro, con poderes. Iban a ver qué encerraba el corazón de una finca maldita; quizá de sus tesoros mismos maldita. La Unión Minera se asoció a los trabajos. Los primeros ingenieros, los belgas, alquilaron la casa del Señorito; no la había mejor, sino la de don Pedro, en Centenera. El pueblo tuvo aquella noche entre incredulidades y delirios la noticia: Los Naipes era una mina. Empezó la afluencia de visitas y de peticiones a la casa del capitán.

No se enriquecería; había cedido, no iba a vender; la mina era suya y no lo era; le hubiese llevado un pleito la defensa de su integridad: *usque ad coelum et usque ad centrum*; suelo y subsuelo. No hubo irresolución ni tardanza. ¡Y es igual! Don Pedro no pretende minas; quiere lo que quiere: trabajo para él y para el pueblo. Hasta

celebra los tropiezos de su destino. Piensa en lo doloroso que hoy le resultaría el abrir las entrañas de las rozas, si en vez de retamar las circunstancias le hubieren permitido la realización del viejo sueño: la transformación de esa pedrera en finca de cultivo. Le sacan de apuros y vuelven a la vida su sentido: el capitán es ya el hombre de las minas.

Rápidos, sin aguardar otros cumplimientos, sin plazos, ni registros, doscientos picos, enloquecidos, potenciados por la máquina y la dinamita, principiaron a revelar un paisaje, torturado paisaje de sorpresas.

La mina era un compás, era esperanza. Porque la mina, tampoco vale engañarse, nacía de la guerra. Estaba, pues, que un hombre de guerra fuera a ese puesto: al frente, el capitán, al oscuro frente de pozos y zapa y trincheras de la mina. El pueblo no tenía por qué entender. El pueblo se había levantado feliz una mañana, y como reguero de pólvora de casa en casa, de corro a corro, le cogió la noche: la fatalidad de una plaga de condenas de Antiguo Testamento, que era la desolación, para siempre. Todavía en el estupor de esa caída, se despertaba el pueblo y recibía como un deslumbramiento la noticia de un tesoro de cuentos de infancia: la mina, el tesoro escondido... El pueblo era manejado por el azar terrible, mítico y geológico de la finca maldita. Hubieran aquella noche asesinado al capitán y esta mañana le pondrían en altares. Y todos sin vacilación abandonaron la servidumbre del campo.

Oscuros escoriales principiaron a caer sobre la vega, talud abajo, asolando novillero y regadío; aluviones de impurezas que iban a la tierra fértil y la henchían y esquilaban.

El ronco tambor de los malacates, la rabia de la dinamita, ensordecían y rasaban el cálido azul de la raña. Bajo la manta de jara y retamar se desentrañaban las varias coloraciones de los fosfatos: verdes de la esparraguina; añil, rosa, de los apatitos; negro resinoso del volframio; negro vítreo de los chorlos; violas del fosfato de hierro. Y el perlado claro de las micas.

Don Pedro lo pensaba y volvía y no paraba de pensar: ¿para qué la fosforita? Y era una fosforita nodular, compacta, palmeada. Con ácido sulfúrico la fosforita se transforma en superfosfato. ¿Por qué estos hombres de países en guerra, y casi en las últimas, entregan sus energías todas, vida, plata, a la producción de abonos? Abono, ¿de qué cementerios de guerra?

Estaban esas cuadradas laminas verde metálico, y aquellas otras, que tan displicente veía el laboratorio, amarillas de lustre adamantino. Es decir: el fosfato de urano y cobre, que no era el carmín renegrado de los cobres; es decir: las micas del uranio. Se lo guardó. Con la tristeza infinita de saberse centro de una explotación de intereses de alcance incalculable.

Lucentísima, la noche era una fiesta. Una ardentía en tierra, de reverbero espectral, lamparitas que azuleaban al compás de los pasos, en el carburador. Escarchadas esas lucecitas sobre el telón de las tinieblas, lucecitas a miles, de araña gigantona de sobrerrealidad tal que a intervalos figuraban, tan junto al cielo, estrellas

vivas, candelabros en muchedumbre de una Apocalipsis. Intermitentes lucecitas verederas, fundiéndose y reluciendo. En las casas acomodadas, pocas y de una manera o de otra al beneficio de la mina, un cierto rencor dictaba las palabras:

—¡Acuérdate! Pero ese tipo venía en alpargatas...

—¡Huy, en alpargatas! Claro que me acuerdo. ¡Y tantos, que los veías y te amarrabas el bolso o prevenías la mano como para darles una limosna!

Porque no se bastaban los hombres de Centenera ni aun de los pueblos vecinos, y hubo que alistar a gentes de tierras desconocidas y apartadas; mineros auténticos, de los que entre dientes jugaban la brizna de la albahaca. Estaban esos mineros pidiendo el café de copla y cantaora. Lo suyo era un poner a cada carta la vida y les crecía en júbilos el cante y subía del pecho a la luz. Coplas de minera y duende, taranto de letra atormentada.

Atardecía y el minero se iba derecho al quicio aquel ardido de crepúsculos, donde la moza, recién peinada, quebraba el talle y en los labios se le fundía la sangre de un alhelí.

El café de cantaora pedía noche, espejos, sonanta, mantilla y pavoneo en los repiques del tablado. Pero sin confusiones: la moza, moza; el cante, relator de los trabajos y la pena, seco, sentido; para las despedidas el café, cuando se enciende un habano con billetes de Banco y, antes de ponerlas sobre la hermosa, las manos pecadoras se lavan en champán.

Abrió café Centenera, café cantante, y a las esquinas tabernas, porque al minero le sobraba para la moza, el naipe, la melancolía, el pozo y el delirio.

Era, naturalmente, prosperidad forastera, mano de obra que atenazaba las vidas en letargo de los enraizados: una vieja pensión, un tradicional concepto de la existencia. Las ascuas, los penachos de humo, las bocaminas, las vagonetas yendo, viniendo, en los carriles de tren infantil, ¿no era eso?

¿Y para eso tanto cante y si no lo quiere usted lo deja y adonde vamos a parar, y la perdición de los hombres, y lo comido por lo servido? Pero ¿quién es aquel que trabaja y no canta y trabaja su propia sepultura? ¿O es que no hay adentro nada, y nada abajo, ni tras la caseta de los lavaderos? Pues llega con su uniforme de gala immaculado Alonso y animoso. Y ahora se va a ver.

Alonso, no baje así como así. Lo primero, que vea. Y ve la jaula, y el vacío, el aire negro respirado, los candiles que afantasman la fosa, y los hombres de la fosa. Y no la ve, pero si baja cincuenta metros, cien metros, quinientos metros del brocal, se le haría esta luz círculo de nada pura, donde la vida es azul y la distancia opresoramente remota para el que la sigue desde los hondos del abismo, irrenunciable... ¡Qué lejano el café, la ronda, la ventanita de la esquina, la flor de aquellos labios!

Saltó Alonso a un pozo de antepecho y tela metálica. Le dejaron que ahí se ilusionara de los riesgos y los penetrales de la tierra, media mañana entrando en el pozo, saliendo del pozo. Anduvo las sobrevivencias de la finca, su finca; los caminos

de su mina, las minas. Preguntó a un capataz, y el capataz se recreó en las explicaciones porque el chiquillo parecía bravo y a lo mejor daba minero.

Y puede que picador, entibador, barrenero... ¿Mulero? Pues mulero. Abajo es mucho el calor y hay a las veces agua, surte un agua de turbias, terrera agua ansiosa. ¿Que si duele? El cuerpo todo. Y la sangre.

Duele la sangre. La sangre. Agujereas la roca, la tierra, y ahondas y vas como hormiguita en el hormiguero. ¿No ha visto por dentro un hormiguero? Muchacho noble: no ha roto en su vida un hormiguero. Pero que se deje de brincar, de entrar y salir, en ese fondo de pozo. Aunque esté alambrado. Ya verá los tirones de la cuerda y cómo avisa para que a uno le suban. Luna la rueda del pozo, remota y nidia, agrandándose, tornándosele sol de pura tierra.

Ha vuelto a saltar, y se ha alejado Alonso del pozo, condenado pozo en que gastó las horas de la mañana. Y de golpe, un ruido sordo y arrastrado, hondo, retumbante, de tierras sobre tierras, de terremoto imprevisible y fatal. El pozo del que hace nada escapó es sima horrisona, ruidos y gemidos. Es un hundimiento.

Otras veces, y el hundimiento es cuatro rostros, cuatro hombres lívidos, en los ojos polvo y sangre en la boca, la copla rota en la garganta, atrapados en la quiebra de una galería, y luego a hombros de los otros que no estaban en la cruz húmeda, sofocante, de la muerte negra.

La taberna cerrada, medias oscuras, tocas de luto, más quebrado el talle de la moza, la color más blanca... Y más champán en las manos y billetes al cigarro de la noche, cuando, alta la noche retiemble en el tablado y la garganta rice su rito ronca, dolorosa, como la garganta de la mina maldita: garganta pozo de la finca maldita.

Y Alonso, ¿él qué sabe? En volandas lo han traído a casa, pero las campanas no doblan los toques acordados de la agonía... No fue nada.

¡Qué presión en la vida día por día, la vida de los no alistados! Se les hace imposible a los últimos del tiempo viejo. ¿No le robaban a don Pedro hasta un cartucho de dinamita? Los pescadores, que se han hecho insaciables.

—Ha venido el otro día Tiritas, el mozo, bueno mozo, ese que está de chófer de don Guillermo. Se me olvidó decírtelo. Don Guillermo, ¿que cuándo vamos? Que un día nos queremos ver y ya no nos veremos. Y que nos manda el coche cualquier domingo... Está Sara con él, y ¡quién lo diría!, don Guillermo desde lo del pobre Angel, ni sombra de lo que era; me lo ha dicho Tiritas: deshecho.

—Es verdad. Ahora hizo un año. Y sí que vería con gusto a don Guillermo; aquella paz de piedras y de nieblas...

Y volvía en silencio a ver el muro de cantos del cercado, la casa fuerte, los árboles con nidos de cigüeña, la cigüeña negra campera; en la coscoja el lago diminuto, los adelfos. Patético el castillo, enhiesto, solo, testigo del contraste. Viejo admirable no adaptándose, don Guillermo, erguido en la protesta. No podrá sostener el castillo. Esto debe de ser para él un golpe, un trauma terrible. Para sus intereses. Para su carácter.

—¿Por qué no te acercas con Alonso un día? Alonso no puede ir a la mina. ¡Figúrate! Ha sido un milagro. No, no vuelve... Oye: he notado que me faltan unos cartuchos.

—Eso. Claro. Eso te decía. Que el Tiritas vino por unos cartuchos. Van a hacer no sé qué reformas en la plaza, aquella placita de las tiendas... Se los hubieras dado, ¿no?

—¡No! ¿Estás loca?... Pero no sabes lo que has hecho. Mira, acuérdate: que no, que tú no sabes nada de nada de cartuchos...

Y empezó la noche, la tranoche, don Pedro rastreando en las retamas de la memoria, la torvisca de raíz venenosa, la cicuta amarga. Recordaba y despertaba a Isabel, atterradoramente:

—¿Oyes? Nos lo dijo el médico: se mata. Se vuela la tapa de los sesos.

—¡Ay, Dios! El que se ha matado es Angel...

—Bueno. Lo verás. Y nunca, nunca, a nadie, nunca digas que esos cartuchos salieron de aquí.

—¿Qué dices? ¿Cómo quieres que se mate con un cartucho de dinamita? Por favor... ¡Vuelve sobre ti!

—El médico se le llevó a Sara, su vida. Es verdad: era su vida... Y se le llevó su muerte: la muerte que le es propia a don Guillermo.

—¡Pedro! ¡Ay, Señor! Pero ¿qué dices?

Las aulagas, el brezo, las matas del tomillar y ciervos retadores, a la luz de la luna, amantes, en el picadero.

Y vinieron más noches. Aquella mañana, tiraban la puerta. No le pasó nada a don Guillermo; nada a Sara. En ejercicio de su protesta, ¿era eso?, no lo podía sostener y esa era la protesta, había metido un cartucho, y allá otro cartucho, y otro y otro: cargas brutales; los ahorros todos de don Pedro en dinamita.

Con el primer canto del gallo, Sara en el coche, Tiritas al volante, los papeles en regla, tomaban el camino de Portugal. El tercer canto no hubo quien lo oyera. Habían principiado las explosiones. Un sol indeciso pugnaba por iluminar, ya entrada la mañana, las ruinas brasa y humo del castillo.

13

LA RUEDA DE LOS CAMINOS

BLANCO

Cuatro los puntos cardinales, cuatro eran los caminos del éxodo. Alonso ha vuelto a su refugio: el álbum de familia; ha aprobado en junio el curso y aun la reválida: es bachiller elemental. Puede estas vacaciones leer sin cortapisa: puede buscar la sensación helada de las aventuras de Salgan o los misterios tenebrosos de *El conde de Montecristo* o las delicias de arrogancia de *Los tres mosqueteros*. En el pueblo, puede ir y venir.

Está ahora en la sala de las muchachas en casa de tita Fermina. Escucha los cantares de la coral de familia, sus nueve primas, en voces que no bajarán de nueve, pues por prima que momentáneamente falte, siempre en la sala hay voluntarias de la canción de moda. Tita Fermina serena, triste, silenciosa, sigue atentísima su cuenta de lencería sobre las tablas altas y estrechas, ¿de qué madera?, en díptica, lobuladas, como un dibujo de tablas de Moisés, donde se relaciona la ropa lavandera y junto a cada nombre corre una línea de puntos, de agujeritos y una clavija para el agujerito, que sume el total de piezas, entregadas o recogidas en el cesto enorme de mimbre, colmado desbordante del blancor añil de espuma de la ropa jabonada a puño, aclarada, con una pinta de azulete y tendida al aire de la ribera en la zarza de moras o el musgo tupido, lavadísimo y soleado como prenda por prenda la propia ropa debe quedar.

La presencia de tita Fermina entre las hijas, que repasan y zurcen la semana lavandera botón a botón, hilo por hilo, o bordan de realce en los bastidores un puro ejercicio del primor excusado, ordena las palabras, el cante, las pausas, y da a las horas un tono de compostura, de tolerancia digna, de amable ironía.

—Y pues ¿qué vas a hacer este verano, hijo?

—No lo sé, tita. Ese es el gran gusto de la vacación: que no hay de qué preocuparse ni pensando en qué se vaya a ir el tiempo.

—Y ya eres un señor bachiller. Ya tienes Don y todo.

—Eso es, tita. Aunque Don ya lo tenía, por papá.

—Estará contigo muy contento. No le das otros motivos.

—Apenas nos vemos. Llega de la mina, la noche que viene a casa, entra casi siempre con unos, con otros, se meten arriba, en el despacho, y allí se les pasan las horas, hablando, y pegando voces. A mí, tita, que las cosas no van de lo mejor.

—No, ¿verdad? Pero tú no debes hacerte de oídas; no estaría bien. Y dime, ¿te gustaron los lazos?

—Muchísimo. El de lunares rojos, y el de avispa, y el liso todo amaranto; mucho mucho: no sabría elegir...

Y cuando sale, Alonso ve en la puerta a su tío: don Román, el tito distraído. Le quiere don Román como a un hijo; los suyos, muchos y ninguno varón... Don Román viste con elegancia antigua: pantalón estrecho abotinado, la chaqueta de tres y aun cuatro botones, marcado el talle; cuello alto y lazo. Don Román el tito distraído no hace nada, no trabaja en nada. Vive de sus rentas, menguadísimas, con los apuros de una familia donde son tantas como las musas —en atractivo, no menos de tres, como las gracias— sus hijas.

Don Román el tito distraído está ahora en la puerta, a la vuelta de su paseo, la mano en el puño de plata del bastón, canturriando, estregando una vez, y otra, y otra, en el limpiabarros la suela de las botas, que relucen y seguramente no pisaron pizca de lodo. Pero es que el tito Román haga lo que haga se distrae en lo que hace; se detiene; pone los ojos en una nube, mira y remira el perfil, color, volumen, movimiento, intenciones de la nube; y tararea. Hoy, al acercarse Alonso, ensayaba el coro de doctores de *El rey que rabió*.

—Que el perro está rabioso, está rabioso, está rabioso o no tiene sed...

El tito distraído colecciona en sus habitaciones, y sus habitaciones ocupan la planta alta de la casa, los periódicos y va sacándolos para una lectura sin prisa, por el orden de fechas. Como el tiempo camina a velocidad superior que la de la lectura de don Román, pero don Román ni se inmuta de esas diferencias ni altera el ritmo de su curiosidad leyente, resulta que llegada la gran guerra, por ejemplo, el periódico que ese día le toca, describe minucioso, con sus brindis y felicitaciones, la firma de un entendimiento para cien años de paz entre alemanes y franceses. Gozo refinadísimo, porque naturalmente don Román está al tanto de los acontecimientos internacionales y otros temas de la actualidad; con que su lectura es un volver a ver, un revivir, magnificado por los años, asentadamente, la vida conocida aun de manera elemental por el curso mismo de la vida.

Se despide Alonso, llega a casa y en el zaguán se encuentra con el santero: Nicanor, santero. Es como el capataz de la Virgen. Nicanor la cuida, guarda las llaves de la ermita clara, espaciosa, de atrio ajardinado y árboles que sobrepujan las tapias del camposanto, contiguo. Vive de la caridad y como es pueblo poco, no mucha la caridad, Nicanor todos los lunes va al pueblo grande y pide para la Virgen; va los martes al mercado de la Mota, y pide para la Virgen; siempre andando acude los miércoles a la estación y pasa el cepillo aun a riesgo de que el tren arranque y se lo lleve sin billete; ni posibles, porque Nicanor moriría antes que abrir por su mano, sin

las licencias precisas, el cepillo de la Virgen. La segunda mitad de la semana Nicanor va de casa en casa limosnero de la Señora. Y el domingo, Nicanor lo consagra a descansar.

Isabel está al espejo probándose un vestido y rastreando en las aguas su figura de ayer. Veinte años la ha copiado ese espejo, que ya presidía la alcoba en la casa de los rayos, y veinte años lleva Isabel pidiéndole consejo a la luna, en la que empiezan a esquiarse los mapas del tiempo: los paños y deslustre del azogue. Veinte años atrás no tenía marcadas Isabel las comisuras de la boca, ni caídas, en ese gesto con que Alonso la sorprende, infinitamente padecido rictus hoscoso, de renuncia y desilusión. Los ojos de Isabel, en el espejo, no encuentran aquellos otros ojos anchos, encendidos, ojos que le eran propios y la miran y acusan de las mil torpezas y las irreflexiones acumuladas en su camino de matrimonio. Alonso un instante vencido de ternura ve, sí, a la madre guapa y se abraza a ella, sin palabras, con que Isabel, que no lo esperaba, ha dado un gritito y muy turbada y cariñosa ha cogido entre sus manos la cabeza de Alonso, lo ha llevado luego al diván, lo ha subido a sus rodillas y a punto de lágrima le ha dado un cachetito:

—Bobo, tontuelo mío... Que vamos a acabar llorando como dos críos, los dos...

Alonso, que había visto en el zaguán al santero, quien de cierto sigue a la espera de Isabel, ha recordado la cercanía de la fiesta.

—¿No voy a estrenar, mamá?

—Hijo, no veo nada bien las cosas de la mina. Papá hay noches que ni duerme. Se lo calla, pero yo creo que no le debemos ir ahora con peticiones, no te diré imposibles, que le puedan ser penosas... Déjame a ver.

Alonso tiene un traje de pantalón largo, pero le ha encogido escandalosamente. Los pantalones de ese traje, de color tórtola, han resultado pantalones tornasol, y le sonrojan la decoloración y estrechez de su primer traje de hombre. Querría otro, aunque fuera en pantalón de pana, como los muchachones que, sin que falte uno, estrenan el día de la Virgen. Se ve humillado, pues ¿cómo, ahora que le dejan, podrá ir de baile tan en derrota, así? Y él es Alonso Mora, bachiller elemental... Inesperadamente, entra en la habitación el padre. Queda un momento sorprendido, y exclama:

—En mi vida he visto zapatos más sucios. ¡Niño, vete ahora mismo —y tú, ese camposanero qué se le ocurre—, que no vuelva yo a ver ni de mamá, ni tuyos, ni míos, un solo zapato como éstos!

Y don Alonso, bachiller, termina la tarde embetunando y, como si una premonición le dijese: tú serás académico, tú serás académico..., bruñendo un cesto inmenso de botas, altas y de borceguí, zapatos bajos, zapatitos, negro, marrón, corinto, y fija y lustra y da esplendor...

Se encarniza Alonso en la faena; las manos se le tintan como para que ni lejía ni jabón algunos puedan luego lavar y enjuagar. Cepilla con ensañamiento. Y que no está alegre pero ni tan triste, lo prueba el que hoy no se acompañe de cante, ni silbe,

ni se enterezca. Alonso piensa que es pueblo; eso piensa. Un niño, un muchacho sin. Natural de un pueblo sin. Y zapato a zapato lleva la cuenta.

Negros. Sin fábrica de luz. Que todavía no ha llegado del pueblo ganadero, el pueblo de los ricos, donde habrá siempre un criado que lustre los zapatos. Y que aun de siesta, al señor, tumbado, le dé aire de abanico y haga cosquillas en la planta de los pies.

Marrón. Pueblo sin plaza de fuente, ni portales en la plaza, sin plaza de mercado ni de toros. Sin castillo, que el del Hidalgo estaba en término ajeno y además lo dinamitó. Sin orquesta los salones, dos salones, en ferias y domingos. Sin banda, pues que la de percusión y viento, dorada, azul, ostentosa, vendrá del otro pueblo a la ronda de vísperas y para el día grande abrir calle a la Virgen, morena, casamentera, en procesión. Hasta el flauta, que se ha quedado con el baile de la calleja de la Iglesia, es forastero, de la Mota, que eso es un pueblo.

Pueblo él. Corinto. Ni traje marinero, sino el cortado por tita Fermina, de anchísima banda blanca y lazo al costado, el día de su comunión. Si llega a ser, como le preconizan, abogado, ¿vestirá la toga? Irá novio, ¿con Purificada?, y qué traje de bodas llevará...

Corinto, marrón, negro... Pueblo sin funcionarios de uniforme, de bata azul. Ni factor de estación; sin estación. Pueblo sin ganados ni veterinario quien, de natural centenero y queriendo al pueblo en que nació, como que en él tiene de estudios a sus hijos, sirve la titular del pueblo grande. Sin botica, ni aun para qué, pues que la gente se muere del médico que les tocó en el reparto general de inutilidades del reino. El comerciante de la tienda mayor, forastero como el flauta; como el sacristán y el cura, el maestro de niños, el alguacil.

Se cansa. Atenúa su rabia lustradora. Se para. Las manos, imposibles ni para sacar el pañuelo de los bolsillos del pantalón. El pantalón tornasol que lucirá, ¡lucirá!, este año en la fiesta... Claro que tienen a Silvestre, acordeonista sin rival en el partido. Y a Igitto, pregonero.

¡Para qué la feria, o el teatro, o un reloj que marchase y desmintiera las letras de su leyenda en la tostada torrecilla del campanario! Él, ¡qué alegría!, y qué envidia todos, cuando se acerca de permiso el primo, el carabinero. ¡Cómo se prestigiaba de aquel su andar grave, y el bambú que le disimula casi enteramente una cojera levísima contraída en acto de servicio, la medalla de sufrimientos aun en el traje de paisano, su libra de tabaco de Gibraltar, la voz cantora del tiento y la milonga, y las idas y venidas entre Alcándara y Centenera en autos de alquiler! No es el carabinero que alerta y estremece, cuando súbito se planta en las bodegas del casino, perseguidor del alambique... Es pueblo.

Está en eso, Alonso, orgulloso de pueblo. Nadie aquí hará mal a nadie. Nadie se las bastará para dañar con intención malsina al prójimo.

Y en éstas, ya en el crepúsculo, encendidas las luces de la calle, un retumbo de motores de la vieja camioneta y voces de hombres y golpazos, le hacen salir, y es que

le traen, fabuloso, la estantería de las minas. ¿Cómo habrá, sin un pinchazo, salvado esa media legua de carretera en que se afana el picapedrero de gafas de alambre y martillito de mango estricto y alargado, machacando la dura piedra y amontonándola en las cunetas, montecitos de grava ahí, al lado de almendrilla? Pero la estantería está en casa. Volverá a ver mañana la apisonadora, se andará otra media legua hasta el arranque de las obras, y todavía falta para que el arreglo llegue a los paradores, la entrada del pueblo.

La estantería tiene las tablas de abajo distanciadas, mucho más anchas. Y que ni pensado: para los juguetes. Alonso Mora, bachiller elemental, sigue encerrando en su cuarto de estudios juguetes en muchedumbre. Los estantes de encima, biblioteca. Una biblioteca de nada, ni doscientos libros. Alguno de esos libros los estudió el padre, de ingreso en la Academia militar; como las Matemáticas del nombre incompleto, de esbelta letra severa pero que, mal medidas, dicen *Pedro Mor*, sin espacio para la A de *Mora*. Inacabado el nombre con que va por la vida: su propia vida, inconclusa, rota.

AMARGO

Y no pudieron levantarse de las ruinas de su propia verdad violada.

RUSKIN

—**P**ero, ¿qué pasa? Ni la ocasión en que más, ni la Patrona en fiestas de rumbo como ninguna por lucimiento de su mayordomía, nunca el pueblo se ha estremecido de gozo colectivo tal hoy, en que los cohetes, la traca, las rondas, las partidas llenan la calle porque en la mina, de ingenieros belgas, han dado vacación, paga extraordinaria, el acabóse, con la noticia de la paz.

El acabóse, naturalmente. Es el final de la guerra. Y es, mañana, la semana próxima, al mes que viene, el cierre de las minas. De la alegría unánime, gratuita, se va a un definitivo hundimiento sin remedio. La plaga, de coros de fatalidad impasible, es nada ante este último desastre de la comunidad trabajadora. Don Pedro había dicho: “¡Espléndida biblioteca!, para Alonso”, y ya tiene en casa la estantería. Lo que usted guste. A precio de nada, por liquidación. Estantería de los laboratorios... Comprende. Es que se acabó. Y acaricia aquellas hojas apiladas en los entrepaños: aquellas hojas rosa. ¿Qué será de cada una de esas hojas, atrayentes, todas por hacer?

Esta semana no hay trabajo, pero al lado quizá, tal vez en término de la Mota, abran otras minas. Podemos en tanto empeñar ese reloj; ¿para qué un reloj, cuando el tiempo todo es de uno y sobra? El gramófono, el tapiz que en una inspiración habíamos traído de la capital aquella mañana de aburrimiento, rendidos a la gracia de la vendedora... El asunto, salir de ésta. Todo se andará.

¡Todo! Nada. Todo es lo que se venía abajo. Los mineros, los de mina en mina, llegados de otras tierras, los del cante que la noche es joven, cazalla en vidrio gordo el mundo, la pena garganta responsoria de la muerte, la muerte negra de pozo, larga la muerte en los acechos de la galería, ni se inmutaron: sabían partir. Les era como un destino: partir. Volverían a partir.

Quedaba el pueblo. Un pueblo de fe sin preguntas, que se alistó a la vida nueva. Ese pueblo se negaba a ver. No creía a sus ojos. Iba a la mina y venía de la mina. En

cuadrilla. Atónitos de aquella tierra de las entrañas al aire, noche y día pudriéndose, rota de pozos que se derruían y agrandaban, las chimeneas como índices de una imprecación al azul implacable donde hay estrellas que presiden la injusticia.

Miró el pueblo sus campos, pero los campos le presentaban factura del olvido, vindicaban su derecho al matorral, testimonio de un abandono de insensatos de la ganancia fácil, la deserción o la entrega a cambio de unas fantasías, alegres, tentadoras. En la devastación señoreaban el espino y la sola flor purpúrea cima suavísima en el nido salvaje de los cardos, los puñales.

Por los escombros el minero desahuciado paseaba en día de trabajo y sin trabajo. El capitán entre los cuatro muros de la casa, negándose a ver a nadie, ni el asomarse a la puerta, se apretaba el cinturón. Fue el pueblo haciéndose a la realidad amarguísima de este único remedio: huir. Por todos los caminos. Con sólo lo puesto: huir.

El final de la guerra, y era una pura coincidencia, había marcado el techo de la explotación; en adelante la mina, esas pocas minas, se hacían ruinosas: se tocaba la menor ley del mineral. Los procesos de producción fueron siempre menguados, como provisionales, en tierra extraña y ahogada por su lejanía del ferrocarril. El personal directivo apresuró el retorno a sus países, donde les aguardaba, entre los gozos de la liberación, un trabajo de nivel increíblemente más alto. No consiguió el consorcio ni subarrendar; cedieron a unos aprendices de negociante, de Alcándara, el arte de los restos, el aprovechamiento de la miseria. Don Pedro se negó a participar; hurgaban, raían las escorias, sacudían las cribas en el agua. Apalabraban cuatro brazos, para que no les caducase la concesión, lo único ya explotable.

Volvió a ver el hombre la mina, tierra suya inútil, removida, de relumbres al cielo azul, los malacates mohientos, las oficinas en derribo. Lo que usted desee. ¿Ese mazo de papeles rosa? Para usted. ¿No se lleva aquel manómetro? En el alrededor crecía una hermosura de flores, las flores de la raíz amarga.

De la mina a casa, don Pedro se detenía mirando, remirando. Allá en La Jarilla, ¡pronto!, pastoreaban los rebaños. Volvería a oír el son del hacha furtiva. Apremiarían las campanas cuando al resistero o a la medianoche, en el ejido, en los confines, rojeasen las eras, crepitaran las encinas, de los cercos del fuego. Todo abajo. No quedarían en el pueblo ni aun aquellos resistentes de la plaga, los iluminados de un milagro y para quienes la mina fue el milagro. Quizá, quién sabe quién, aguantaran los últimos del sentimiento o los venidos a menos y que no se atrevían a penetrar en el túnel de la noche triste ni aun con el presentimiento de un amanecer tantas veces prometido.

Ni los leales al primer sonrojo: la estanquera, madre al cabo de diecisiete años de matrimonio sin hijos y que dio mesa y lecho al ingeniero joven, francés o belga. Muñecas acariciadas de la perla y el oro, manos hoy costureras, las pestañas quemadas del llanto pues ¿quién dice que de la costura, y quién la da? Mujeres que ante el pozo de aguas verdes florecidas un día sienten la atracción y no lo piensan dos veces.

O los fieles a la tierra: un hidalgo que no se hubiere precipitado y volado su castillo... Esos quedarán. Y andarán el pueblo como sombras, en un mundo de sombras, merodeando las calles de la ruina; huyendo por el laberinto, adementados, de la evocación.

Iban apareciendo los dineros de escondrijo; cada revelación era un drama íntimo desgarrante: ilusiones que nunca llevarían a realidad el sueño, ni el gozo ni la maravilla. Las mujeres no acababan de entender. El absoluto es un término sin género femenino. Estaban pero que en la miseria, y no admitían el hecho ineluctable. La emigración, el tiro, el pozo. Pero ¿la indigencia? Y era absoluta: una pobreza absoluta. Regresaban las modas al vestido de telas mates, falda y blusa y pañuelo a la cabeza. El mal era mal de todos: no había casa intocada, no había una sola puerta a la que llamar.

Los adelantados del éxodo, escribían: pintaban una vida escandalosamente fácil. No pretendían engañar; defendían su fracaso: contagiaban. La muchachada principió a mover los ánimos del pueblo perdido. ¡Vender! ¡A marcharse! En el desierto es todo igual: todo es camino. Y por los caminos todos, incluso entre raptos de entusiasmo, Centenera se despoblaba.

¿Era una muerte? Leía don Pedro un libro que el médico, aquel amigo suyo y de la muerte, el de la muerte propia, la difícil muerte, les dejó, y el éxodo le parecía otra general inmensa muerte, de felicidades insospechadas. Cerraba el libro. Se esforzaba en recobrar.

En el instante decisivo —venía a decir ese libro— un sentimiento de ventura, de exaltación dulce y serena, arropa como las alas del ángel de los olivos la noche del alma.

Van los recuerdos idealizándose, en los umbrales del tránsito. No se sufre ni en la agonía más aparatosamente cruel. Las muecas de dolor, la inquietud, las contorsiones que sacuden el cuerpo, el extravío de la mirada, son gestos al margen, desatados por el mecanismo biológico, pero que no irrumpen, ya la conciencia muerta, en el agonizante.

Trágica en la forma, la muerte acoge mansa y afable. Momentos antes de apagarse la vida, se alza un bienestar que ya no desaparece. Falaz euforia, todavía enciende alucinaciones y proyectos; un contraste, en la muerte, en el éxodo, con la degradación física, y la miseria. Todavía...

El no. Estaba hecho a resistir. Le habían condecorado en la defensa; su ideal estratégico era el cuadro. ¡Adentro! El cuadro es aquí las cuatro paredes de la casa. ¡A la formación del muchacho! Iría su paga de capitán perdiendo poder adquisitivo; es ley de moneda: el abuelo contó en maravedíes, el padre por reales; la moneda se empapela. Pero con esas cuatro tierras se permitiría hacer frente a una situación: una marcha de Alonso, por ejemplo, a la universidad. Y hasta, ilusorio, se confesó feliz de su retiro en Centenera.

En los campos la oveja se podía ensañar. Se ensañaba. El pueblo era una vida en

precario, un último despojo. Obsesionaba la memoria de los viñedos: la catástrofe era aquélla; no ha sentido en igual medida el hundimiento de la mina; no es pueblo minero; sus raíces lo agarraban al plantío. La plaga del plantío... La novedad de la minería les valió de anestesia. Pasado el efecto de la anestesia, no echa el pueblo de menos la anestesia; el pueblo se duele de su mal primero: la pérdida de las viñas.

Partían en cuadrilla: éxodos temporales, de pueblo no sólo pobre, que pobre lo fue siempre Centenera, sino de —la siega, la cuadrilla...— pueblo inferior. Cuando antes alguien, como el educando o el indiano aventuraban, el pueblo vivía hasta con cierta solemnidad, el rito de las despedidas, y seguía pendiente del que marchó: los triunfos resonaban, se le justificaba un fracaso, ¡pobre!, no sacó el examen por culpa de los nervios, o que, en oposiciones, no pudo con las influencias del contrario. Las primeras doncellas, salidas de la rueda de niñas bien, mandaban al hermano unas corbatas demodadas, la gabardina en buen uso al padre, que a lo mejor era secretario de juzgado o carrero de carro propio y yunta, con su casa ancha de tinadas, matanza y averío. Era un poco el tanteo de una vida superior a la de Centenera.

Pero ¿esto? Esto es el éxodo. Se arrancaba de noche, o a primera luz, aún con estrellas, rabiosamente echados al carro los restos. Vísperas, la casa era una almoneda. Un dolor indecible, porque los ojos se prendían de cada cosa y tiraban de los ojos y los atormentaban. La colcha de la cama de matrimonio, que rara vez sino la noche de bodas luciera en el lecho, lecho de la felicidad, lecho para una muerte. La máquina de coser, la cómoda, el espejo de la sala... Y eso, lo que ni se podría vender ni llevarse: el cesto de la loza fina; cada pieza un recuerdo; cada recuerdo una premonición fatal. Dejarían las llaves al amigo; se les diera la dicha de volver y el amigo otra noche, les invitaría a una cena servida en la vajilla misma que en depósito le dejaron. Era un expolio.

¿Qué iba a pasar? Los yunteros no se veían con fuerzas ni para sostener la yunta. Sólo el poderoso, ¿y dónde los poderosos de Centenera?, con tierra y con medios, arriesgaban, se disponían a aguantar. Ea: deshacerse del carro. ¿Las bestias?

Día y noche el hombre, la mujer, el niño, cuidadores de la bestia, en el trabajo, en la cuadra, tirándose de la cama con el canto del gallo a echar en los pesebres el último pienso; hablándoles, cólera y mimo, en la senara, la trilla, la pastura. Todas —Meleno, Torda, Botinera—, por su nombre; con sus noblezas —Salerosa, Bailaora, Leal, Bonito, Zamorana; Retuerto, Coquera, Esparavanes, Atravesá— y sus vicios. Y el camino a solas, desde el mercado, la tarde en que la yunta, el macho, la muleta, quedaran allá; inconsolable el niño que en las ausencias y jornadas festeras los llevó de pasto y abrevadero.

Desconcertaban la alegría estúpida, los locos del optimismo, las ilusiones de estreno: pues Fulano está de vigilante en unas obras y ¿qué trabajo es eso? Los muchachos se animaban a dejarlo todo... Todo, a quienes no tardarían en seguirles, de par en par los caminos de la despoblación. Permanecían, en su veleta el gallo de la garra letrada, la cigüeña en la torre, el gato al merodeo de las cuatro casas. Que día a

día iban desmoronándose de la gotera sin reparo, la grieta en el tapial, los temporales de piedra y la tormenta, azotadores del caos.

Y de la nada: aquella tarde en el camposanto, a la sombra de los lilos, a los pies del nicho, todos allí en familia, mirando, suspirando. ¿Quién ya en adelante aceitará la mariposa el día de difuntos? ¿Qué mano de cariño limpiará las letras de oro. ¡Ay, Señor!, y el florero de las rosas. ¡Si él lo viera!, moradas, desvaídas, del panteón?

En el desierto, entre el acabóse y el éxodo un hombre, que era hombre de guerra, se entregaba a la instrucción de un muchachito, horas el muchachito pensativo de Alina, Laura, Purificada, entre los misterios del álgebra moderna y las hojas rosa, de estadillo de las minas, apiladas en la estantería: hojas para el entretenimiento de un avión volador del patio sin cristales, para un barquito que nunca se hará a la mar, para el forro del texto en cartóné, y una pajarita, y el rasgueo de la pluma nueva... ¿Qué dirá a todo esto don Román, el tito distraído?

Don Román iba en el periódico por acontecimientos de cuando aún no había estallado la guerra, una guerra que ya terminó; que ya ha cosechado, y es hombres a millones en los remotos cementerios de crucecitas blancas, y cenizas de la felicidad de un pueblo como Centenera... Pero don Román, esta noche, ha pasado un rato con Alonso, han hablado larguísimo de mil cosas de nada y, al despedirse, le ha regalado un libro. Es libro de pastas en piel y traen sus páginas, una por una, esta sola línea: la fecha y santoral; de esquina, un recuadrillo encasilla los días del mes y, ¿qué año?, uno entre los años. ¡Hermoso libro, Alonso! Un libro en blanco, un libro como un pueblo: sus caminos todos por hacer...

ÁLAMO DE NADA

In quella parte del libro de la mia memoria dinanzi a la quale poco si potrebbe leggere, si trova una rubrica la quale dice: *Incipit vita nova.*

DANTE

Alonso, catorce años, quinto de bachillerato, hijo único, lee, ronda calles, enamora, habla con los mayores, sueña, se acerca de vez en cuando a la calleja de los Almendros y busca una, dos, tres rayas corteza arriba, pegado a un árbol que ha ido también creciendo, más lento pero a su compás, y que Alonso mucho tiempo ha creído álamo: un álamo blanco, de corazón amargo. Las ramas son grises, la hoja dentada: verde el haz, terso, brillante; el envés claro tormentoso.

Como de treinta metros, y no es álamo. No encuentra Alonso en el tronco grueso y encenizado las marcas de la talla de su edad, sino letras y signos y números:

grabadas iniciales que son nombres
de enamorados, cifras que son fechas...

El suceso de la mañana ha puesto fin a este largo capítulo de su vida: la niñez. Alonso Mora sabe que las páginas de su libro de Centenera han sido ya escritas. Estaba en la plaza, con el pueblo, y sintió cosa propia las luchas del pueblo por su libertad. Los vio llegar, morenos, pálidos, el costalillo a la espalda, y entre los belloteros, que eran tres, un niño, más niño y menos que el que nunca Alonso fuera. Caminaron junto al guarda la calle de la Iglesia, gacha la cabeza, los brazos caídos, en la mirada un recelo de bestias acosadas. Cuando llegaron a la plaza, el guarda los metió en el Ayuntamiento.

Fueron los hombres arrimándose, congregándose, primero a distancia, en grupos; poco a poco más cerca del Ayuntamiento. Los tres y el niño subieron a la escuela, en vacación esos días de Navidad; les echó la llave el alguacil, salió el guarda y se cerraron las puertas del Ayuntamiento.

Crecía el público en la plaza; la escuela ocupaba la planta superior del Ayuntamiento. Alonso iba de corro en corro; escuchaba, transmitía. La noticia era ésta: unos belloteros cogidos en la dehesa, cada uno con su talego.

No había calabozos municipales, la secular mazmorra demolida cuando don Pedro fue juez. Los belloteros quedarían encerrados hasta que en la Mota proveyesen. Comentaban los grupos la dureza de ejemplaridad tal. Todos en Centenera traían de los encinares su media fanega para cebo de la matanza o, caso extremo, venderla, y seguro que la bellota apañada por los cuatro infelices no les daría mucho más de una cena de arroz, patata y bacalao. La dehesa es propiedad de los Álvamos, pero está en término de Centenera.

Días atrás en esa plaza, clamantes, el pueblo se oponía a que salieran unos carros de harina. La guardia civil, a pie aunque era puesto montado, tomó las bocacalles. Se discutió, se habló mucho. Las mulas fueron enganchadas a los carros y desenganchadas repetidas veces. La guardia civil no intervenía. Iba un carro a partir, y racimos de hombres, y aun las mujeres, se plantaban impávidos ante la reata; el

carro no partía. Al fin, descargaron las sacas; harina de un pueblo sin trigo y donde ni los guardias podrían a diario comprar pan.

Fue esa mañana como el día de las sacas de harina. Pero los guardias no tomaban la plaza, ni animaban la escena las mujeres. Hablaban. Se condolían de la suerte de los belloteros. Y de pronto, abriéndose camino, un mozo de tranco suelto y decidido avanzó, se fue como un rayo al Ayuntamiento, dio una patada increíble, una coz delantera poderosa y echó abajo las puertas. El pueblo entonces asaltó Ayuntamiento y escuela. Pasaba el niño, rescatado, de los brazos de un hombre a los brazos de otro hombre. Los belloteros, ¿de qué pueblo, amigo?, a quien nadie en Centenera conocía, estaban libres.

Era una versión de *morceaux choisis*, de reválida, y Alonso, camino adelante, iba traduciendo, en la memoria pero con ahínco:

Ese álamo lo hemos conocido todos...

Alonso hoy va, con su padre, de viaje; suben a la Mota. Han pasado a caballo la calleja de los Almendros y no ha visto ningún álamo, sino el eucalipto, altísimo más que la veleta; eucalipto farmacéutico del que huyen el fínfano y el pájaro; eucalipto de hojas de laurel, de enfermo, y bayas que no fruto, y un perfume pegajoso, alejante... ¡Pensar que Alonso cuando miraba esa cima lo tenía por álamo y aun álamo blanco!

—Pero ¿qué dices álamo? Aquí no hay ningún álamo. ¿O no ves que eso es un eucalipto?

—Eucalipto... Sí, ¿pero no era un álamo?

Fuese no el padre, y cualquiera pensaría que es Alonso aquel niño de capital que jamás estuvo en el campo, recluido desde su nacencia en la tristura de una habitación sin más luces ni otro paisaje que los de ese patio donde en un puchero roto crece una matita de perejil, y que un día es llevado, aquel niño, a una casa de campo; abre entonces la ventana, sobre los altos pinos o los cipreses, tiende un brazo y grita:

—¡Mamá, mamá: perejil!

O para él que los árboles se ponen y se quitan a favor de las sombras de la noche y, ahí donde se alzaba un chopo esbelto, a la mañana surge una olma de raíces vetustísimas y manifiestas...

El padre no habló más. Cada cual en su montura, Alonso vivía este viaje como una despedida gloriosa de la niñez. En las alforjas, las bigarradas alforjas de madroño guarnecidas de pasamanería, había echado el dietario del tito distraído. Tranquilo de su secreto, porque ya nadie le iba a escudriñar en su vida moza íntima.

Con su padre y orgulloso de su padre, acude a la cabeza de partido, piensa que a interceder por el loco liberador de los belloteros y que no haya proceso ni se provoque a un pueblo, cuando, exasperado, no hizo sino impedir la comisión de una crueldad. ¡Se podría así como así encerrar a un niño, aquel pobre niño!...

La cuesta era legua y media de serrata, blanda de las lluvias, difícil. Tropezó la jaca, dobló de manos y mansamente dio con Alonso en el suelo.

—No ha sido nada...

Y de camino seguía representándose las intenciones y aun la palabra no dicha de su padre. El cual, le instruía sobre la manera de caer bien a caballo y adiestraba en el dar y tomar y tener las riendas.

Hicieron un alto en la escalada. Vio Alonso abajo el molino y lo sabía a dos pasos de la finca, sobre las aguas que la mina inficionó. Venderán, si es posible. Habrá que pagar unos últimos cargos de la casa. El capitán, ¿dimite, insiste? Doña Natalia ha injertado; pronto no se verá más vid que la americana.

Alonso en ese molino jugaba con un hijo del molinero, un muchachito amigo de sus años de niñez. Desde el molino contemplaban maravillados un castillo, las recortaduras de un castillo, y eso es para Alonso el pueblo de la Mota.

El abuelo del niño, a la lumbre, era un viejo tullido, ladeada la cara, la voz intemperante. Pero una tarde en que se acercaron de la vega al molino, increpaban al viejo y era el molinero —¡Y esto te lo hace tu hijo!—, su propio hijo quien le chillaba.

Alonso recuerda la intención; no recobra las frases —Esto te lo hace tu hijo...—, ninguna sino esa del abuelo que escucharon, atónitos, parados en la puerta, al llegar. No pasó Alonso; le dio al amiguito un barco, un bergantino que pensaban botar a las aguas del rebalse.

—Toma. Para ti.

Y el niño se adentró de un salto en la oscuridad del zaguanillo que parecía lecho y cocina juntamente. El molinero entonces le agarró; lo tundía, gritándole palabradas que jamás Alonso, y era pueblo, atribuyera a la escala de improperios del pueblo. Le mandó a un rincón donde se desdibujaba el bulto en cuclillas de la molinera. Y oyó Alonso cómo su amiguito, en una falsa lágrima, transmitía la injuria y pegándose a la madre, con un desahogo de hipos —Putá, putá...—, farfullaba.

Le volvió a ver; era en el pueblo grande, por ferias; Alonso iba de la mano de tita Fermina, junto a doña Sara y el médico. Se vino a ellos el molinerito, que no le había reconocido, y tendió la mano, limosnera, mientras, a cuatro pasos, corvo, aferrado a su cayata, acechaba el abuelo que le prostituía y atormentaba desde que el padre murió en un hurto una noche en las eras de un escopetazo de perdigón zorrero. Solo en el mundo del delito, abandonado y empujado por un viejo que le maltrataba, en el martirio el delincuente, el niño...

No quiere Alonso recordar más. Alonso en este viaje dice adiós al pasado. Ya íntimamente se ha despedido, ha puesto las manos en los hombros de su niñez, larga y consentida, y ha rechazado tiernamente, para atrás, la figura en que se le condensaban los años chicos. El molino, ahora, no es tampoco ese otro niño; es un rincón del mundo en que los niños sufren, un capítulo de la historia del mundo: la crueldad gratuita, la que penan los infiernos en el círculo de los seres sin corazón.

Es un hombre, Alonso; es ya un hombre. Atrás se le ha quedado el bosque, encineras y alcornocales de un pueblo que, lo supiera ser, sería personaje de sí mismo; un pueblo que se entregara a esta pasión: el rescate de la tierra perdida, la tierra propia resurrecta. ¡Cómo se le atreverían al bellotero! ¿A quién robaba?

Va acercándose el castillo. Se les cruza un afilador; se para, se vuelve, llama a don Pedro:

—¡Mi capitán!

Don Pedro no le recuerda, pero se le alborozan las pajarillas: capitán, capitán...

—¿Cómo has llegado aquí?

—Detrás da roda, capitán...

Era inmensa, de piedra, era la rueda andante; cansado, el afilador se montaba y seguía, rueda que rueda, la colosal rueda voladora. Y se empeña en servir, ¿pero no traen ni una mala fiambra?, en vaciarles un coitelo, cuchillo, navaja... Como no, abre el estuche que vale de cabeza en la rueda de amolar:

—¡Toma! —Y pone en manos de Alonso una tremenda navaja cabriterá—. Mimosiño. Ven pr'acó, mozo. Ten' esta navalla da ponta bicuda. Velahi que d'unha noite calquera sairán as meigas; non é qu'eu seipa, mais elas veñir veñen.

Le pediría Alonso, ¡O teu chifre do afiador!; no, no, le pediría a moa que rola rola...

Don Pedro ha galopado y ha animado a Alonso con euforia repentina. Ya dice a lo que va. Hablará al juez, que, en vacatura la plaza, no es de carrera, sino cacique: Barrantes, padre del Señorito, liberal de ley. ¡Nada: tierra al asunto! Si es preciso, llamarán al hijo de los Álvamos, Boni, Bonifacio II, que se ha hecho de las fincas y casó con una prima, rica no menos que él, así de agraciada, y es hombre su poquito más al día.

El fondista en el zaguán les colma, alabancero; les tiene el estribo; carga con los caballos. Y Alonso ve en un repente cómo el de las cucamonas, del que su padre había dicho, “Le debieron poner Dulce, don Dulce...”, se va a un mocoso que, arrobado, el tirante de los calzones en la boca, presenciaba la recepción, y le suelta — ¡Largo!— una patada.

Almorzaron en la fonda, al son de un hilo de fuente que en el patio ni se veía por el cerco de maceteros de la planta más varia, y luego su padre compró tabaco de lo fino y, sonriendo, le pasó una cajetilla:

—Yo, que no te vea. Pero este año vas por el último de bachillerato. Habrá que ir haciéndose...

Alonso aquella noche buscó palabras para su Diario. Las palabras que más. Unas palabras que se le hacían difíciles de tan cabalmente hermosas. Porque Alonso quería agradecer, y escribir, y como soñándose lo decía:

—Mi padre era el general. La batalla se enconaba. Habían puesto el mando a la sombra de los álamos —“Este es un álamo blanco: tiene que tener el corazón amargo”—. El ayudante iba y venía en su rueda voladora. Nunca supe cómo podía

ser una rueda voladora. Pero detrás de la rueda, el ayudante corría la línea y transmitía las órdenes del general: mi padre, el general Mora, don Pedro Mora, mi padre el general...

Alonso despertó ya muy lejos del niño que había sido. Lo que ahora presenciaba era la lucha del hombre por su tierra. Quizá ni lo supieran los arremolinados en la plaza al motín de los belloteros. Aquel niño, preso y niño, sacudió los sentimientos de esa justicia que, de tarde en tarde, un pueblo incruenta o luctuosamente se toma por su mano. El niño mismo empezaba a ser para Alonso tema de la libertad. No ve álamos. Se le ha perdido el álamo. En el libro que el tito distraído le regaló, bajo la fecha del tres de enero, día de Genoveva de París, y que era la primera página en blanco, se puso Alonso a copiar. Principiaba:

Ese álamo lo hemos conocido todos y lo hemos perdido, porque no existía más que en nuestra niñez y en nuestra imaginación...

Benidorm, agosto de 1969;
Badajoz, enero 1970.



PEDRO DE LORENZO (Casas de Don Antonio —Cáceres—, 7 de agosto de 1917 - 20 de septiembre de 2000) fue un escritor y periodista español.

De entre su obra cabe destacar *Los cuadernos de un joven creador* (1971), conjunto de cuadernos en los que repasa su vocación y concepción literarias, y el movimiento de la Juventud Creadora; y *Viaje de los ríos de España* (1968), su ensayo más conocido, llevado a una serie documental de RTVE en 1975.

En segundo lugar, su obra sobre Extremadura: *Y al Oeste, Portugal* (1946), *Extremadura la fantasía heroica* (1961), *Capítulos de la insistencia* (1975), *Despedida por extremeñas* (1992), *Redoble para Extremadura* (1997) y *Siete alardes al asedio de Extremadura* (1997). El lema de Pedro de Lorenzo fue: "Amó a su tierra; escribió las memorias de sus muertos". Manifestó en numerosas ocasiones: "No quisiera ser nada si para serlo tuviera que dejar de ser extremeño". Por eso Extremadura es protagonista en buena parte de su obra. La ve como una fantasía en cuatro actos, en devenir: Mérida o la romanidad; Badajoz, reino moro; Cáceres señorial y Trujillo, expansivo, abierto a América, junto a Guadalupe y Yuste.

Por último, el grupo de *Novelas del descontento*. Están protagonizadas por un *alter ego* del autor llamado Alonso Mora. Para el novelista forman "una novela de una familia en una familia de novelas". Su estilo es sumamente preciosista y de gran riqueza léxica, con resonancias de Gide, Azorín y Gabriel Miró. Su argumento gira en torno a los avatares de la vida de Alonso: su infancia en *Los álamos de Alonso Mora*, su noviazgo y adolescencia hasta el año 31 en *Cuatro de familia*; su desencanto

y huida analizados en la noche del 21 de junio de 1936 en un monólogo extenso, *Gran Café*; los días de la guerra, con un tiempo reducido a la tarde-noche del 23 de agosto de 1938 a base de diálogo dramático en *La soledad en armas*; esos mismos días pero en narración de cuadernos en *Una conciencia de alquiler*; la cuarentena franquista en *Episodios de la era del tiburón*; retiro y declive del personaje en *El hombre de La Quintana*.